

WALTER LESLIE WILMSHURST

El Significado de la Masonería



Traducción de
Alberto Moreno Moreno



masonica.es

El Significado de la Masonería

WALTER LESLIE WILMSHURST

El Significado de la Masonería



Orfeo y Eurídice, de Louis Ducis
(1775-1847)

Londres, 1922



masonica.es

El Significado de la Masonería

WALTER LESLIE WILMSHURST

Título original:
The Meaning of Masonry

Traducción:
Alberto Moreno Moreno

SERIE AZUL



masonica.es

El Significado de la Masonería

Título original: *The Meaning of Masonry*

Autor: Walter Leslie WILMSHURST

editorial masonica.es

SERIE AZUL (Textos históricos y clásicos)

www.masonica.es

© EntreAcacias, S. L. (de la edición)

© Alberto Moreno Moreno (de la traducción)

EntreAcacias, S. L.

Apdo. Correos 32

33010 Oviedo

Asturias

(España)

Correo electrónico: info@masonica.es

1ª edición: marzo, 2010

Edición digital (PDF)

ISBN: 978-84-92984-08-4

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

*Esta traducción está dedicada
al querido y entrañable Hermano*

M.: G.:

*que continúa su progreso espiritual
en el Oriente Eterno.*

ALBERTO MORENO MORENO



Walter Leslie Wilmshurst
(1867-1939)

*A todos los constructores
en el espíritu.*

WALTER LESLIE WILMSHURST

¿Y qué es la purificación sino la separación del Alma del cuerpo, el aura de reunión y recogimiento del alma hacia sí misma, fuera de los avatares del cuerpo; la morada en su propio espacio y sola, al igual que en otro lugar también sola, en otra vida o en esta, tanto como pueda? ¿Qué es la purificación sino la liberación del Alma de las cadenas del cuerpo?

Fedón, de PLATÓN

Índice

Introducción

LA SITUACIÓN Y POSIBILIDADES DE
LA ORDEN MASÓNICA

Capítulo I

EL SIMBOLISMO PROFUNDO
DE LA MASONERÍA

Capítulo II

LA MASONERÍA COMO FILOSOFÍA

Capítulo III

SOBRE EL SIMBOLISMO MASÓNICO

La forma de la Logia

La situación de los Oficiales de la Logia

Las Grandes Luces y las Pequeñas Luces

Apertura y cierre de la Logia:

Grado de Aprendiz Entrado

Grado de Compañero

Grado de Maestro Masón

El mandil masónico

Oración para el cierre de la Logia

Capítulo IV

EL SANTO ARCO REAL DE JERUSALÉN

El Santo Arco Real de Jerusalén

La ceremonia de Exaltación

Capítulo V

LA FRANCMASONERÍA EN RELACIÓN CON LOS ANTIGUOS MISTERIOS

Introducción

LA SITUACIÓN Y POSIBILIDADES DE LA ORDEN MASÓNICA

Los documentos aquí recogidos han sido escritos únicamente para los miembros de la Orden Masónica, constituida bajo la Gran Logia Unida de Inglaterra. A todos ellos les son ofrecidos en el mejor espíritu de fraternidad y buena voluntad, y con el deseo de devolver a la Orden una pequeña parte del provecho que el autor ha recibido de su participación en ella a lo largo de treinta y dos años. Han sido escritos con la intención de promover una comprensión más profunda del significado de la Masonería, y para proporcionar una explicación de la misma

que resulta siempre necesaria, más aún teniendo en cuenta el creciente interés existente por la Orden, así como el aumento de membresía que experimenta actualmente.

El significado de la Masonería, en cualquier caso, es una materia dejada habitualmente al margen y que por ello permanece desconocida para sus miembros, salvo para aquellos que la estudian por su propia iniciativa. Las autoridades de lo que, en todos los demás aspectos, es una comunidad de organización elaborada y admirablemente gobernada, no han puesto los medios hasta ahora para la enseñanza y explicación de la *Noble Ciencia* que la Masonería proclama ser y que tiene la obligación de impartir. Se ha dado por sentado que la iniciación en la Orden vendrá acompañada por la capacidad para apreciar inmediatamente y en su completo

valor todo lo que el neófito halla en ella. Pero la realidad es la contraria, pues la Masonería es una expresión velada y críptica de la difícil ciencia de la vida espiritual, y su comprensión requiere de una guía especialmente perfeccionada, por una parte, y por otra de un deseo genuino y serio de adquirir conocimiento, así como de no poca capacidad de percepción espiritual por parte de aquellos que buscan ser instruidos; y rara vez se encuentran hermanos que pierdan el interés en la Orden o abandonen las logias porque descubran que la Masonería no significa nada para ellos si la explicación y guía les ha sido adecuadamente proporcionada. Si tal instrucción se suministrase, se asimilara y se respondiese a ella consecuentemente, la vida de la Orden se vería enormemente mejorada y profundizada, y su eficiencia como medio de iniciación resultaría nota-

blemente intensificada, al tiempo que ello redundaría en una protección añadida contra la admisión en la Orden de miembros poco apropiados, lo que no significa únicamente personas incapaces de satisfacer un patrón mínimo, sino también aquellos que, aun dando la talla en ese aspecto, sufren tal retraso espiritual que les imposibilita beneficiarse de la Iniciación en su verdadero sentido, aunque pasen formalmente a través de los ritos. Calidad espiritual más que número de miembros, la capacidad para comprender el sistema masónico y extrapolar sus implicaciones a la experiencia personal, más que la representación mecánica de los rituales, es lo que debe perseguir la Orden hoy en día.

Estos textos han sido compilados como una contribución destinada a mitigar la ausencia de enseñanza. Los dos primeros han sido leídos a menudo como lecturas

de instrucción en las tenidas. Las numerosas peticiones de que fuesen impresos y más ampliamente accesibles me llevaron a extender su contenido en mayor detalle del que se emplea en las lecturas ocasionales, y por consiguiente resultan ampliados con un texto que contiene notas más completas en lo referente al simbolismo de los tres primeros grados. Para completar la perspectiva del sistema simbólico era necesario también añadir un capítulo que resulta ser la corona y culminación de los grados simbólicos y sin el cual resultarían imperfectos: la Orden del Arco Real. Por último se ha añadido un capítulo que versa sobre el importante contenido que forma el trasfondo del resto: la relación de la moderna Masonería con los Antiguos Misterios, de los que es heredera directa, aunque notoriamente atenuada.

De esta forma, con los cinco textos he buscado proporcionar una panorámica de todo el contenido masónico tal y como es expresado por los grados simbólicos y el Arco Real, que se espera que pueda ser ilustrativa para el creciente número de hermanos que sienten que la Masonería encierra algo más profundo y más grande de lo que, en ausencia de la apropiada guía, habrían sido capaces de percibir por sí mismos. No se pretende que esta sea más que una visión elemental, lejos de ser exhaustiva. De ser la intención compilar un tratado más ambicioso y académico, la materia podría ser tratada mucho más profundamente, empleando terminología más técnica y con abundantes referencias a los autores. Pero para el masón medio tal tratado prestaría tal vez peor servicio que un resumen expresado en términos sencillos y sin la carga de interminables

referencias literarias. Puede encontrarse alguna repetición de los puntos ya tratados en capítulos anteriores debido a que los documentos han sido redactados en períodos distintos, aunque la nueva redacción puede ser ventajosa al enfatizar ciertos aspectos y mantener la continuidad de la exposición. Por razones explicadas en el capítulo correspondiente, la parte correspondiente al Santo Arco Real probablemente presentará dificultades de comprensión para aquellos no versados en la literatura y psicología del misticismo religioso; de ser así, la lectura de este texto puede ser pospuesta, o puede no leerse. Pero dado que una idea global del sistema masónico estaría incompleta, como lo estaría el mismo sistema masónico sin la referencia al Grado Supremo, y puesto que ese grado trata con asuntos referentes a avanzadas experiencias psicológicas y es-

pirituales cuya explicación siempre es difícil, el tema ha sido tratado aquí con tanta sencillez de expresión como es posible más que con una perspectiva que señale a qué grandes cimas de logro espiritual apuntan los grados simbólicos, mostrándose como alcanzables, y en la esperanza de que será cómodamente comprendido por lectores sin cierta experiencia mística previa y, quizá, sin estar familiarizados con los testimonios de los místicos hasta ese momento.

Estas lecturas evitan intencionadamente adentrarse en asuntos de historia de la Orden o de interés únicamente anticuario o arqueológico. Fechas, particularidades de las constituciones masónicas, cambios históricos y desarrollo de los aspectos externos del Oficio, referencias a antiguas logias y a los nombres de los hermanos sobresalientes ligados a las mismas, estos

y otros asuntos pueden leerse en otros libros, y son al fin y al cabo aspectos menores subordinados a lo que es realmente importante y que tantos hermanos ansían: el conocimiento del propósito espiritual y linaje de la Orden y el valor de los ritos de Iniciación en el momento actual.

Al publicar estas páginas se ha tenido la precaución de observar la debida discreción en lo referente a aspectos esenciales. La naturaleza general del sistema masónico es, de todas formas, ampliamente conocida hoy en día para los profanos y puede hallarse en los libros ya publicados. Además, a lo largo de los últimos años ha existido un amplio interés, acompañado de una extensa producción literaria, en torno las religiones místicas y la ciencia de la vida interior que ha familiarizado a buena parte de la sociedad con una materia de la cual, como se muestra en estas

lecturas, la Masonería no es sino una forma especializada. Explicar a grandes rasgos la Masonería no es, por lo tanto, divulgar un contenido reservado exclusivamente a sus miembros, sino tan solo mostrar que la Masonería se alinea con otros sistemas doctrinales que transmiten los mismos principios pero sin compromiso de secreto, y que es un método especializado y altamente efectivo de inculcar esos principios. La Verdad, ya sea expresada por medio de la Masonería o de otro modo, es en toda época y lugar un secreto abierto, pero es una columna de luz para aquellos capaces de recibirla y extraer provecho de ella, mientras que para todos los demás no resulta sino una columna de oscuridad e incomprensión. Es preciso un secretismo elemental y formal como precaución contra la intrusión de personas inadecuadas y para impedir la profana-

ción. En otros aspectos los secretos vitales de la vida, y de cualquier sistema que ver-se sobre la vida, se protegen por sí solos aunque sean proclamados desde las azo-teas, pues no significan nada para aquellos que no están capacitados para el conoci-miento y que distan de ser aptos para asimilar esa doctrina e incorporarla a su pensamiento y conducta habituales.

A la vista de la gran difusión y populari-dad de la Masonería — solo en Gran Bre-taña existen ya unas tres mil logias — con-viene igualmente considerar su actual comportamiento y tendencias, así como prestar atención a sus posibilidades futu-ras. La Orden es una institución semise-creta y semipública. Secreta respecto a sus actividades en logia, pero por lo demás de total notoriedad pública, con sus puertas abiertas a la admisión de cualquier candi-dato de buen carácter y reputación. La

mayoría de aquellos que entran lo hacen ignorantes por completo de lo que encontrarán allí, y habitualmente lo hacen porque tienen amigos masones o saben que la Masonería es una institución consagrada a elevados ideales y a la beneficencia y con la que es socialmente deseable relacionarse. Y pueden o no sentirse atraídos y obtener provecho de lo que se les revela, y puede que vean o no más allá de la desnuda forma del símbolo o que escuchen o no más allá de las meras sílabas de las palabras. Su admisión es una lotería, y su Iniciación se queda en las formas muy a menudo, no resultando un verdadero despertar a la Orden ni a una nueva calidad de vida previamente desconocida. La pertenencia a una logia, salvo que tal despertar se derive de un minucioso estudio y la práctica fiel de las enseñanzas de la Orden, no ejerce — si es que ejerce alguna —

mayor influencia sobre el miembro que la que se derivaría de la pertenencia a un club meramente social.

La “Iniciación” —pues hay tantos candidatos que, a juzgar por sus preguntas, no son conscientes de lo que implica— ¿qué es realmente lo que significa y supone? Supone un nuevo comienzo (*initium*); una ruptura con la vieja forma y orden de vida y la entrada en un método de más amplio autoconocimiento, más profunda comprensión y virtud intensificada. Supone una transición desde un estado y condiciones de vida meramente naturales hacia un estado y patrón sobrenatural. Supone el cambio de perseguir los ideales mundanos del mundo exterior, por la convicción de que esos ideales no son sino sombras, imágenes y sustitutos temporales de la Realidad eterna que subyace bajo ellos, a la dedicada e irrenunciable búsqueda de

esa Realidad misma y la recuperación de esos genuinos secretos de nuestro ser que yacen enterrados y escondidos en el centro o parte más interna de nuestras almas. La Iniciación comporta el despertar de las más altas facultades del alma, que hasta ahora permanecían dormidas, y que dotan a su poseedor de Luz bajo la forma de una nueva conciencia realzada y mejorada y una facultad perceptiva incrementada. Y finalmente, en palabras que resultarán familiares para cualquier masón, la Iniciación supone que el postulante dedicará y consagrará desde ese momento y en lo sucesivo su vida a lo Divino en lugar de a sí mismo o a cualquier otro fin, de forma que por los principios de la Orden él pueda ser el más idóneo para mostrar esa belleza de santidad que previamente no se había manifestado a través de él.

Para completar esta definición de Iniciación —que podría revelarse útil aplicándola como prueba a los profanos que aspiran a entrar en la Orden, igual que se podría emplear con nosotros mismos que ya estamos dentro— es obvio que una especial calidad mental y de intenciones es esencial en el candidato que se beneficiará de la Orden a la manera que la doctrina contempla, y que no es necesariamente el hombre ordinario y mundano, el amigo personal o el colega, según las normas sociales, quien está adecuadamente preparado o podrá beneficiarse en algún sentido vital de la recepción en la Masonería. El verdadero candidato necesita ser, como la palabra *candidus* implica, un hombre blanco, blanco por dentro al igual que está vestido simbólicamente de blanco por fuera, de forma que ninguna mancha ni suciedad pueda empañar en su alma el

amanecer de esa Luz que él reconoce como principal deseo de su corazón en el momento de la admisión. Pues, si él está realmente deseoso de aprender los secretos y misterios de su propio ser, debe estar igualmente preparado para despojarse de toda concepción previa y hábitos mentales del pasado, y hacerlo con mansedumbre infantil y docilidad, y someter su mente a la recepción de unas verdades, quizá novedosas e inesperadas, que la Iniciación promete impartir y que se desvelan progresivamente, justificándose por sí solas en la mente de aquellos, y solo aquellos, que están, y continúan manteniéndose correctamente preparados para ellas. *¡Conócete a ti mismo!* era la leyenda inscrita sobre las puertas de los antiguos templos de Iniciación, pues con ese conocimiento se prometía el conocimiento de todos los secretos y todos los misterios. Y la Masoner-

ía fue creada para enseñar autoconocimiento. Pero ese conocimiento propio implica un conocimiento mucho más profundo, más amplio y más difícil de lo que popularmente se concibe. No se adquiere por el paso formal a través de tres o cuatro grados en cierto número de meses; es un conocimiento imposible de adquirir plenamente hasta que el conocimiento de cualquier otra clase ha sido apartado, y se haya recorrido un largo y sinuoso camino, en una búsqueda agotadora que es la única que puede conducir y guiar al iniciado a su consecución. El más sabio y avanzado de nosotros no es en realidad sino un Aprendiz Entrado en este conocimiento, sea cual sea su rango titular. Aquí y allí puede haber quizá alguno merecedor de ser llamado Compañero en su verdadero sentido. El Maestro Masón completo, el hombre justo y perfeccionado que ha atra-

vesado la totalidad del camino realmente y no sólo de forma ceremonial, que ha superado todas sus pruebas y ordalías, y ha sido elevado a una comunión de conciencia con el Creador y Dador de Vida y alcanzado la capacidad de transferir y enseñar a otros ese orden de vida es en todo tiempo y lugar difícil de encontrar.

Un logro tan elevado, tan ideal, puede advertirse, se halla más allá de nuestro alcance. No somos sino hombres corrientes y mundanos ocupados en nuestras más básicas obligaciones cívicas, sociales y familiares, y seguimos el curso habitual de la vida. Sin embargo, la Masonería moderna se instituyó para señalar ese logro como posible para nosotros y como nuestro destino, para indicar el sendero de la perfección personal a aquellos que osan ponerse en camino y se atreven a recorrerlo, y para realzar ese hecho se han escrito

estas páginas. Pues o la Masonería significa esto o no significa nada que merezca una búsqueda seria por parte de los hombres amantes del pensamiento, ni nada podría buscarse dentro de la Orden que no pudiese encontrarse fuera. La Masonería proclama que existe un sendero de vida más elevado que aquel que normalmente recorremos, y proclama que cuando el mundo exterior, con sus búsquedas y sus recompensas, pierda su atractivo para nosotros y se revele insuficiente para satisfacer nuestras necesidades más profundas —lo que antes o después sucederá—, nos veremos obligados a volver sobre nosotros mismos, y a buscar y a llamar a la puerta del mundo interior. Y es sobre este mundo interior, y el sendero que a él conduce y que en él se adentra, donde la Masonería promete luz, marca su rumbo, cartografía el camino e indica los requisitos y condi-

ciones de progreso. Este es el único objetivo y fin de la Masonería. Tras su simbolismo más elemental y obvio, tras su exhortaciones a la virtud y a la moral convencional, tras sus expresiones monótonas y frases grandilocuentes (que hoy en día bien podrían ser sometidas a una revisión inteligente por aquellos a quien compete) con las que, según la moda de su tiempo, los compiladores del siglo XVIII velaron su enseñanza, ahí permanece la estructura de un esquema de iniciación a esa forma de vida más elevada donde únicamente hay que aprender los secretos y misterios de nuestro ser. Más aún, un sistema, como se verá posteriormente en estas páginas, que reproduce para el mundo moderno el carácter de los Antiguos Misterios, y que ha sido bien descrito por un sagaz autor como “un compendio, o su reflejo a larga distancia de lo que una vez fue la Ciencia

Universal". Pues debido a que durante mucho tiempo y para muchas personas la Masonería ha significado menos que esto, no ha cumplido todavía su propósito original de ser el eficaz instrumento iniciático para el que fue diseñado. Sus energías se han desviado de su verdadero propósito didáctico a una dinámica social y filantrópica, excelente por sí misma, pero extraña y ajena a la intención primigenia. De hecho, tan poco se aprecia y se percibe esa intención central que frecuentemente se escucha en boca de hombres de eminente situación en la Masonería, y cálida devoción hacia ella, que tan solo el interés en su gran estructura de Caridad mantiene viva su conexión con la Orden. La Ayuda es sin duda una obligación para el masón, pero su interpretación masónica no tiene por qué estar limitada a las necesidades físicas. Los pobres y afligidos, tanto espiri-

tual como económicamente, siempre están con nosotros, y la Masonería tiene por designio la obligación de ejercer su ministerio. Teóricamente todo profano, en el momento de su entrada en la Orden, se reconoce dentro de la categoría de los espiritualmente pobres, así como feliz de renunciar a las riquezas temporales si con ese sacrificio su necesitado corazón pudiese ser repleto con las cosas buenas que el dinero no puede comprar; pero igualmente se afirma que, a pesar de su pobreza espiritual, los verdaderamente iniciados pueden ayudarle.

Pero si la Masonería no ha satisfecho su primer propósito y, aunque comprometida en unas actividades admirables pero secundarias, continúa siendo un instrumento iniciático de escasa eficacia, puede ser que, al aumentar sus funciones, esa eficacia haya decrecido considerablemen-

te. Durante los dos últimos siglos la Orden se ha ido transformando desde sus mínimos y austeros comienzos hasta la actual organización vasta y sumamente elaborada. Hoy en día el número de logias y de miembros de la Orden se está incrementando por encima de cualquier precedente. Podemos preguntarnos qué supone este interés creciente, y a dónde tenderá, o a dónde se puede hacer que tienda. Este crecimiento coincide con el correspondiente descenso de interés en las religiones ortodoxas y en la adoración pública. No es preciso preguntarse ahora en qué medida están los sencillos principios de fe e ideales humanitarios de la Masonería ocupando en algunos hombres el lugar antaño correspondiente a la teología ofrecida por las distintas iglesias. Sin duda lo hacen en cierta medida. Pero el hecho es que los ideales de la Orden Masónica están esti-

mulando los mejores instintos de un gran número de hombres, y que la Orden se ha convertido imperceptiblemente en la mayor institución social del Imperio. Sus principios de fe y ética son sencillos, y de aceptación virtualmente universal. Proporcionar medios para la expresión de la fraternidad universal bajo una Divinidad Paterna común, y con lealtad común hacia el gobierno establecido del Estado, deja espacio para las divergencias en las creencias privadas y en otras materias sobre la que la unidad de opinión es impracticable, y seguramente indeseable. La Masonería está totalmente limpia de política y de sus intrigas, pero aun así se ha convertido inconscientemente en verdadero, aunque discreto, elemento de valor político, tanto para estabilizar a la sociedad como para tutelar la amistad entre las naciones. Lo elaborado de su organización, el cuidado

y admirable control de sus asuntos por parte de sus más altas autoridades, son dignos de alabanza, mientras que sus logias individuales realizan un progresivo esfuerzo por elevar el nivel del trabajo ceremonial a un grado de reverencia e inteligencia mucho mayor del que era posible bajo circunstancias no muy lejanas en el tiempo. La Orden Masónica ha crecido y se ha extendido de una forma impensable para sus padres fundadores y, a su actual ritmo de crecimiento, su potencialidad e influencia en el futuro resultan incalculables.

Lo que resulta ahora necesario para intensificar la valía y utilidad de esta gran hermandad es profundizar en la comprensión de nuestro propio sistema y educar a sus miembros en el más profundo significado y verdadero propósito de sus ritos y filosofía. De alcanzarse este objetivo, la

Orden Masónica se convertiría, en proporción a ese logro, en una fuerza espiritual mayor de lo que puede ser si continúa satisfecha con una perpetuación de ritos formal y al mismo tiempo incomprendida, permaneciendo su verdadero y sagrado propósito perennemente desapercibido, y no significando su membresía más que la asociación con una agradable institución social semirreligiosa. Llevado a su máxima expresión, ese logro implicaría la recuperación, en una forma adaptada a las condiciones modernas, de las antiguas enseñanzas de la Sabiduría y de la práctica de aquellos Misterios proscritos hace quince siglos pero de los que la Masonería es representante y descendiente directo, como se verá en estas páginas.

El futuro desarrollo y valor de la Orden como fuerza moral dentro la sociedad depende, por lo tanto, de la perspectiva que

sus miembros tengan de su sistema. Si no lo interiorizan espiritualmente, progresivamente irán primando los elementos materiales. Si fracasan al interpretar su contenido velado, al adentrarse en la comprensión de su filosofía subyacente, y al traducir su simbolismo de la manera correcta, entonces estarán confundiendo la sombra con la esencia, lo externo con lo fundamental, y secularizando lo que fue designado como medio de proporcionar instrucción espiritual y gracia. Hoy en día la Masonería no sufre de falta de deseo de aprender, sino de falta de instrucción. Y dado que se aprecia en todas partes que ese deseo de instrucción existe, se ofrecen estos textos a la Orden como una contribución que facilite satisfacer esa necesidad de enseñanza.

Permítaseme concluir con un epílogo y un deseo.

En las Crónicas de Israel puede leerse como, tras una ardua labor preparatoria, tras emplear el material más selecto y los artesanos más habilidosos, el Rey Salomón pudo crear un colofón adecuado que realizase la belleza de su Templo, y dedicó al servicio del Altísimo ese trabajo perfecto, todo lo perfecto que las manos humanas eran capaces de crear. Y las Crónicas narran que entonces, y solo entonces, su ofrenda fue aceptada. Y esa aceptación se manifestó por un descenso Divino sobre ella de tal forma que la Gloria del Señor brilló a través del colofón y llenó la totalidad del Templo. Así puede suceder con el Templo de la Orden Masónica. Desde el comienzo de la masonería Especulativa ese Templo ha sido un edificio que se ha expandido durante trescientos años. Compuesto de piedras vivas que conforman una estructura orgánica de amplia

presencia, ha sido llevado gradualmente, bajo el correcto gobierno de sus dirigentes, a la elevada perfección de su aspecto temporal y de su observancia externa, y ha sido capaz de llevar a cabo nobles propósitos y de proporcionar un testimonio divino en un mundo oscuro y agitado. Que se invoque sobre la base de estos esfuerzos preliminares esta corona y bendición culminante, y que el Espíritu de la Sabiduría y la Comprensión se derrame abundantemente sobre el trabajo de nuestras manos, promoviendo su prosperidad y llenando y transfigurando todo nuestro Templo.

Capítulo I

EL SIMBOLISMO PROFUNDO DE LA MASONERÍA

El candidato que se propone entrar en la Francmasonería rara vez se ha formado una idea definida de la naturaleza de aquello a lo que se está comprometiendo. Incluso tras su admisión permanece por lo general perdido y no es capaz de explicar satisfactoriamente qué es la Masonería y con qué propósito existe la Orden. Escucha, desde luego, que la Masonería es “un sistema de moralidad velada en alegorías e ilustrada por símbolos”. Pero esa explicación, si

bien es cierta, es al mismo tiempo parcial y no le lleva muy lejos. Para muchos miembros de la Orden ser masón implica únicamente formar parte de una institución que parece combinar la naturaleza de un club con la de una sociedad benéfica. Encuentran, desde luego, un cierto elemento religioso en ello, pero conforme se les dice que la discusión religiosa — lo que significa, desde luego, la discusión religiosa sectaria — está prohibida en la Logia, infieren que la Masonería no es una institución religiosa, y que sus enseñanzas solo pretenden ser secundarias y suplementarias de cualesquiera preceptos religiosos que resulten tener previamente. A veces se escucha enfatizar que *la Masonería no es una religión*, lo que en cierto sentido es bastante acertado, y a veces que es una religión suplementaria o secundaria, lo que es bastante incierto. Más aún, con frecuen-

cia se supone, incluso por sus propios miembros, que la Masonería es un método extraordinariamente antiguo que nos ha llegado casi exactamente igual a como era en tiempos de los egipcios, o al menos en tiempos de los antiguos hebreos, punto de vista que apenas posee un ápice de verdad. Para resumir, cuanto más vigentes e inmediatos parecen ser los propósitos de la Masonería, así como sus posibilidades, más vagas nos resultan las nociones acerca del origen e historia del la Orden, que permanecen desconocidas para la mayoría de sus propios miembros. Nos reunimos regularmente en nuestras logias, realizamos nuestro trabajo ceremonial y repetimos lecturas de instrucción, noche tras noche, con mayor o menor grado de inteligencia y perfección verbal, finalizando ahí nuestro trabajo, como si la habilidad para representar el ritual fuese la razón de

ser y el fin del trabajo masónico. Y rara vez, o nunca, empleamos las tenidas para ese propósito, mucho más importante que los asuntos ceremoniales, para el que se crearon: para adentrarse y profundizar en los misterios de la Masonería. Y quizá nuestra reticencia a hacerlo radica en que hemos asumido erróneamente que esos misterios forman parte de lo que corresponde a la Orden descubrirnos a nosotros, habiendo sido para ello creada tal y como lo ha sido. Aun así existe un amplio número de hermanos que desearían reparar esa deficiencia obvia, hermanos que sienten en su naturaleza una profunda llamada por parte de la Masonería, y que sienten que su pertenencia a la Orden es un privilegio que les ha llevado a la presencia de algo más grande de lo que conocían, y que ello cubre un propósito y podr-

ía desvelar un mensaje más profundo de lo que son actualmente conscientes.

En un breve escrito como este no tiene sentido intentar solucionar adecuadamente todo lo que hemos sugerido como deficiencias en nuestro conocimiento de la Orden a la que pertenecemos. A lo más que se puede aspirar es a ofrecer ciertas pistas o indicaciones, que serán desarrolladas de forma privada por aquellos que así lo deseen. Pues en última instancia nadie puede comunicar los más profundos elementos de la Masonería a otro hermano. Cada hombre debe descubrir y aprender por sí mismo, aunque un amigo o hermano sea capaz de dirigirle a cierta distancia en el sendero de la comprensión. Sabemos que incluso los secretos más obvios y superficiales de la Orden deben ser guardados y no comunicados a personas inapropiadas, y la razón de esta prescrip-

ción no es tanto porque esos secretos tengan un valor específico, sino porque ese silencio se supone que debe ser habitual en todo lo concerniente a los mayores y más profundos secretos, algunos de los cuales, por razones bien fundadas, no deben ser comunicados, mientras que otros no son comunicables de ninguna manera, pues trascienden el poder de la comunicación.

Es correcto enfatizar, pues, para empezar, que la masonería es un sistema sacramental que posee, como todos los sacramentos, un lado exterior y visible que consiste en su ceremonial, su doctrina y sus símbolos, que podemos ver y escuchar; y un lado interior, espiritual e intelectual, que se oculta tras el ceremonial, la doctrina y los símbolos, y que es accesible únicamente al masón que ha aprendido a usar su imaginación espiritual y que pue-

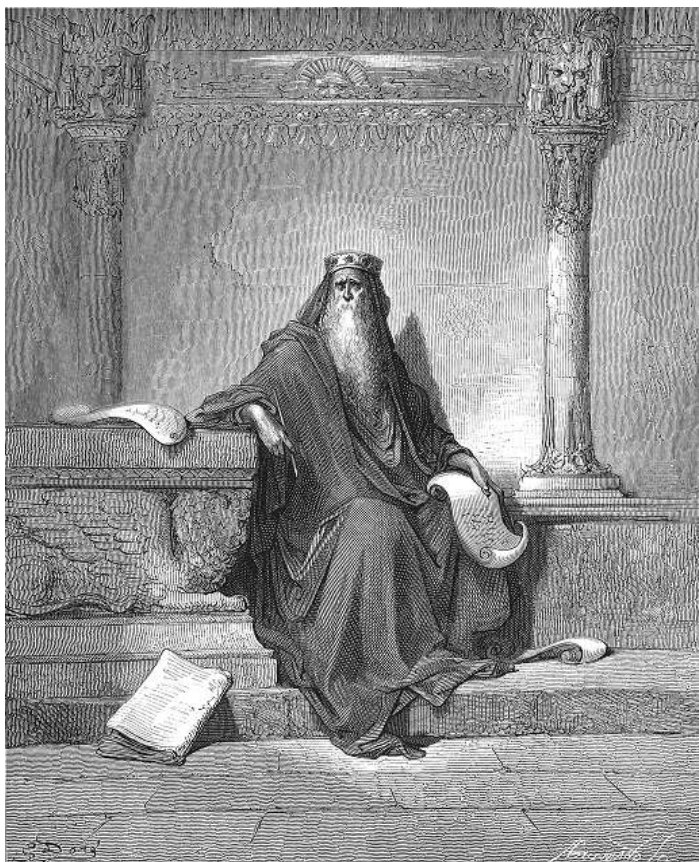
de apreciar la realidad que subyace tras el símbolo externo. Cualquiera puede, desde luego, entender los más sencillos significados de nuestros símbolos, especialmente con la ayuda de las lecturas de apoyo; pero aun así puede todavía no percibir el significado del sistema como un todo vital. Es absurdo pensar que una vasta organización como la Masonería fue ordenada únicamente para enseñar a cultivar a los hombres del mundo el contenido simbólico de unas escasas herramientas de albañiles, o para defender virtudes tan elementales como la templanza y la justicia (a los niños en cada pueblo se les enseñan tales cosas); o para extender principios morales tan básicos como el Amor Fraternal, que cualquier iglesia y religión propugnan, o la Ayuda, que es tan practicada por los no masones como por nosotros, o la Verdad, que los niños aprenden

en el regazo de sus madres. Seguramente no hay, además, ninguna necesidad de integrarse en una sociedad secreta para que a uno le enseñen que el Volumen de la Ley Sagrada es fuente de verdad e instrucción; ni tampoco de atravesar la gran y elaborada ceremonia del Tercer Grado meramente para aprender que todos tenemos que morir. La orden cuyo trabajo somos enseñados a honrar con el nombre de “Ciencia” o “Arte Real” tiene probablemente alguna finalidad mayor que inculcar únicamente la práctica de virtudes sociales comunes a todo el mundo y que no son en absoluto monopolio de los francmasones.

Nos corresponde entonces preguntarnos en qué consiste esa finalidad de mayor envergadura, y por qué el trabajo en pos de alcanzar ese propósito es digno de ser llamado “Ciencia”, y determinar qué son

esos “Misterios” que nuestra doctrina promete que serán finalmente alcanzados si nos esforzamos lo suficiente para comprender lo que la Masonería es capaz de enseñarnos. Teniendo en cuenta, pues, lo que no se puede considerar que sea la Masonería, preguntémonos qué es. Pero antes de responder a esa cuestión, permitidme que os ponga en conocimiento de ciertos hechos que os facilitarán apreciar la respuesta una vez que la formulemos. En todos los periodos de la historia del mundo, y en cada parte del globo, las órdenes y sociedades secretas han existido al margen de las iglesias oficiales con el propósito de enseñar lo que es llamado “Los Misterios”; es decir, para impartir a mentes adecuadas y preparadas ciertas verdades acerca de la vida humana, ciertas enseñanzas sobre las cosas divinas, sobre las cosas que atañen a nuestra paz, sobre la naturaleza humana y

el destino de los hombres; verdades que no sería deseable que se publicasen a una multitud que no haría sino profanar esas enseñanzas y aplicar el conocimiento esotérico que le fuese comunicado para fines perversos e incluso desastrosos. Estos Misterios se enseñaban al principio, tal y como se nos enseña, “en las más elevadas colinas y en los más profundos valles”, lo que es una figura retórica para expresar, en primer lugar, que se impartían en circunstancias de la mayor privacidad y secreto, y en segundo lugar, que se enseñaban de forma tanto sencilla como avanzada según fuese el entendimiento de los discípulos.



*El rey Salomón, por Gustave
Doré (1865)*

Es bien sabido que los grandes sistemas secretos de los Misterios (a los que nuestras lecturas hacen referencia bajo la perífrasis “las nobles órdenes de arquitectura”, o lo que es lo mismo, “la construcción del alma”) existían en Oriente, Caldea, Asiria, Egipto, Grecia, Italia, entre los hebreos, entre los mahometanos y entre los cristianos; incluso entre las razas salvajes africanas pueden encontrarse. Todos los grandes maestros de la humanidad, Sócrates, Platón, Pitágoras, Moisés, Aristóteles, Virgilio, el autor de los poemas homéricos y los grandes autores griegos, así como San Juan, San Pablo e innumerables otros fueron iniciados en los Sagrados Misterios. La forma de la enseñanza comunicada ha variado considerablemente según la época, y ha sido expresada bajo distintos velos. Pero puesto que la verdad última que los Misterios pretenden ense-

ñar es siempre una e idéntica, siempre se ha enseñado, y solo puede ser enseñada, una doctrina única e idéntica. Lo que la doctrina era, y todavía es, lo consideraremos ahora según podamos hablar de ello, y según la Masonería lo exprese. Por el momento déjeseme decir únicamente que, detrás de todos los sistemas oficiales de religión del mundo, y detrás de los mayores movimientos y avances en la historia de la humanidad, siempre se han hallado los que San Pablo denominaba los *guardianes* o *servidores de los Misterios*. La misma cristiandad vino al mundo a partir de esa fuente. De ellos nació la gran escuela de la Cábala, maravilloso sistema de tradición hebrea secreta y oral, importante elemento que ha sido introducido en nuestro sistema masónico. Y de ellos también surgieron muchas fraternidades y órdenes, como por ejemplo las grandes órde-

nes de Caballería y de los Rosacruces, y la escuela de alquimia espiritual. Finalmente, también surgió de la misma fuente, en el siglo XVII, la moderna Francmasonería especulativa. Trazar la génesis del movimiento, que entró en actividad aproximadamente hace doscientos cincuenta años (nuestros rituales y ceremonias fueron compilados hacia 1700) es algo que queda más allá del propósito de estas notas. Baste dejar constancia de que el movimiento mismo incorporó el sencillo ritual y el simbolismo elemental que, previamente y durante siglos, había sido empleado por las Guildas de Constructores medievales, pero imprimiéndole un contenido mucho mayor y un alcance considerablemente más amplio. Siempre ha sido costumbre en las Guildas de Comercio, e incluso en las modernas Sociedades Benéficas, otorgar un componente espiritual a sus activi-

dades y dar un tinte moral a sus métodos. Ninguna labor, quizá, se presta mejor a tal tratamiento que la de los constructores; pero donde quiera que una gran industria florezca, ahí se encontrarán muestras de contenido alegórico empleadas para la simple instrucción moral de aquellos que son miembros operativos de la industria. Tengo conocimiento, por ejemplo, de un sistema ceremonial egipcio de hace unos cinco mil años que enseñaba las mismas cosas que enseña hoy en día la Masonería, pero en términos de construcción de barcos en lugar de vocablos arquitectónicos. Los términos de arquitectura fueron empleados por aquellos que crearon la Masonería porque estaban a mano, porque estaban en uso entre ciertas guildas que existían en aquel momento y, finalmente, porque son extremadamente eficaces y

significativos desde un punto de vista simbólico.

Todo lo que deseo señalar en este momento es que nuestro actual sistema no proviene de la remota antigüedad, que no hay continuidad directa entre nosotros y los egipcios, ni siquiera con los antiguos hebreos que construyeron, en el período del Rey Salomón, un cierto Templo en Jerusalén. Lo que es extremadamente antiguo en la Masonería es la doctrina espiritual oculta en el interior de su fraseología externamente relacionada con la Arquitectura; pues su doctrina es una forma elemental de la doctrina que ha sido enseñada en todas las épocas, sin importar en qué lenguaje pueda haber sido expresada. Nuestra propia enseñanza, por ejemplo, admite que Pitágoras pasó numerosas iniciaciones en distintas partes del mundo, y que adquirió gran protagonismo en el ar-

te. Y sin embargo es totalmente cierto que Pitágoras no era un masón en nuestro actual sentido de la palabra, lo que no obsta para que sea evidente que era un maestro sumamente avanzado en el conocimiento de las escuelas secretas de los Misterios, de cuyas doctrinas somos depositarios, en una pequeña parte, en nuestro sistema masónico.

¿Cuál era el propósito que los creadores de nuestro sistema masónico tenían en mente cuando lo compilaron? No encontraréis una respuesta satisfactoria a esta pregunta en los libros de Masonería habituales. Desde luego, no hay nada más aburrido ni decepcionante que la literatura e historia masónicas, habitualmente consagradas a la consideración de material prescindible y nada esencial, relacionado con el desarrollo externo de la Orden y con su aspecto anticuario. Fracasan to-

talmente en el tratamiento de su esencia y significado vital; un fracaso que, en algunos casos, puede ser intencionado, pero que por lo general se debe a falta de conocimiento y percepción, pues la historia verdadera de la Masonería no ha sido bien conocida e interpretada ni por la misma Orden. Hay miembros de la Orden para los que resulta más o menos conocida, y que a su debido tiempo pueden considerar justificado hacer público, de forma gradual y medida, algo de lo que es conocido en los círculos internos. Pero antes de que ese momento llegue y de que la misma Orden pueda discernir lo que conviene o no revelar, es deseable, por no decir necesario, que sus propios miembros realicen un esfuerzo para interiorizar el significado de su propia institución y muestren síntomas del más sincero deseo de considerarla, no ya un sistema arcaico de ritos

mecánicos, sino una realidad vital capaz de penetrar y dominar sus vidas; no únicamente como una agradable orden social, sino como un sagrado y solemne método de iniciación que les adentre en las más profundas verdades de la vida. Está escrito que *a aquel que tiene se le dará, y al que no tiene hasta lo poco que tiene le será arrebatado*. Y corresponde a la misma Masonería determinar por su propios hechos si esa realidad formará parte de su herencia o si, por el contrario, al fracasar en su deber de salvaguardar el valor de aquello de lo que es depositaria, permitiendo y sufriendo que sus propios misterios se vulgaricen y profanen, su organización degenerará, perderá su buen nombre y se desvanecerá en un merecido olvido, como ha sucedido con otras muchas órdenes secretas en el pasado.

Hay signos, de todas formas, de un aumento universal de interés, de un genuino deseo de conocimiento del contenido espiritual de nuestro sistema masónico, y cerebro ser capaz de ofrecer a mis hermanos un breve e imperfecto esbozo de lo que considero que es el verdadero propósito de nuestro trabajo, y que puede ayudar a profundizar en el trabajo de la Orden a la que pertenecemos, y (lo que es de mucha más envergadura) ayudar a hacer de la Masonería un factor vital para el masón y una realidad viva y solemne por encima de lo que sería únicamente un agradable añadido a la vida social.

Para resumir brevemente, la Masonería nos ofrece, de forma representada dramáticamente y por medio de un rito ceremonial, una filosofía de la vida espiritual del hombre y un diagrama del proceso de regeneración. Veremos que esa filosofía no

solo es asimilable a la doctrina de cada sistema religioso enseñado fuera de la logia, sino que explica, dilucida y define con suma precisión la doctrina fundamental de todo sistema religioso que existe o ha existido en el Mundo, ya sea cristiano o no. Aunque las religiones del mundo intentan enseñar la verdad, la expresan de formas distintas, y solemos fijarnos más en las diferencias que en las semejanzas de lo que enseñan. En algunas logias masónicas el candidato penetra por primera vez en el templo entre el estrépito del choque de espadas y los sonidos de lucha, para hacerle entender que está abandonando la confusión y estridencias de las sectas religiosas del mundo exterior y que se está adentrando en un templo donde los hermanos viven juntos en unidad de pensamiento respecto a las verdades fundamen-

tales de la vida, verdades que no permiten diferencia o facción.

Aunque no está unida a ningún sistema religioso externo, no por ello deja la Masonería de ser una síntesis, un concordato, para hombres de toda raza, de todo credo y de toda tendencia; y siendo sus principios fundacionales comunes para todos, no admiten variación alguna. *Como era en un principio, así es ahora y lo será por siempre jamás, por los siglos de los siglos.* Por ello sucede que cada Venerable Maestro de una Logia es instado a jurar que ninguna innovación es posible en el cuerpo de la Masonería (esto es, en su doctrina sustancial), dado que todavía contiene un mínimo, pero a pesar de ello suficiente, de verdad, a la que nadie puede añadir nada, ni puede ser alterada, ni de la que nada puede ser quitado; y puesto que la Orden concede perfecta libertad de opinión a

todos los hombres, las verdades que tiene para ofrecer son enteramente “libres” para nosotros en función de nuestra capacidad de asimilarlos, mientras que aquellos que no se sienten llamados, aquellos que consideran que pueden encontrar una filosofía más satisfactoria en otra parte, gozan de total libertad para estar libres de ellas, y los hombres de honor llegarán a la conclusión de que es su deber retirarse de la Orden más que perturbar, con su presencia, la armonía de pensamiento que debería caracterizar a la Masonería.

La admisión de cada Masón en la Orden es, tal y como se nos enseña, “una representación alegórica de la entrada de todos los hombres en esta existencia mortal”. Reflexionemos sobre estas palabras llenas de contenido. Ante esas preguntas tan profundas como persistentes que aparecen por sí solas en cualquier mente pensante,

¿Qué soy?, ¿De dónde vengo?, ¿A dónde voy?, la Masonería ofrece respuestas tan categóricas como luminosas. Cada uno de nosotros, se nos enseña, proviene de ese místico *Este*, la eterna fuente de toda luz y vida, y nuestra vida aquí es descrita como aconteciendo en el *Oeste* (es decir, en un mundo que es la antípoda de nuestro hogar original, y bajo condiciones de existencia totalmente alejadas de aquellas de las que venimos y a las que estamos retornando, tal y como sucede con el Este y el Oeste en nuestra concepción ordinaria del espacio). Por ello cada candidato se encuentra en la admisión, en un estado de oscuridad, en el Occidente de la logia, y con ello repite simbólicamente el acontecimiento de su verdadero nacimiento a este mundo, en el que entró como un bebé ciego e indefenso, y en cuyos primeros años, no sabiendo a dónde se dirigía, tras

muchos traspies y pasos mal dados, tras muchas desviaciones del verdadero sendero y tras muchas tribulaciones y adversidades en la vida humana, puede por fin ascender, purificado y expiado por la experiencia, a una vida mayor en el Oriente Eterno. Por ello en el grado de Aprendiz Entrado preguntamos: *Como masón, ¿de dónde vienes?* y la respuesta, viniendo de un Aprendiz (es decir, del hombre natural que no ha desarrollado el conocimiento) es *De Occidente*, pues él supone que su vida se ha originado en este mundo. Sin embargo, en el grado avanzado de Maestro Masón la respuesta es que el masón viene *De Oriente*, pues el masón ya ha aumentado su conocimiento hasta el punto de ser consciente de que la fuente primigenia de la vida no se halla en *Occidente*, no se halla en este mundo; sabe que la existencia en este planeta no es más que

una estancia transitoria, empleada en la búsqueda de los *genuinos secretos*, las realidades últimas de la vida; y que igual que el alma humana debe retornar a Dios, que la creó, él está retornando de su mundo temporal de secretos sustitutivos al *Oriente* del que vino originalmente.

De la misma manera que la admisión de cada candidato en una logia presupone su anterior existencia en el mundo exterior a la logia, igualmente nuestra doctrina presupone que cada alma de este mundo ha vivido previamente, y procede de un estadio de vida anterior. Ha vivido en algún lugar antes de entrar en este mundo, y vivirá en algún lugar cuando finalice su vida humana, breve paréntesis en medio de la Eternidad. Pero al entrar en este mundo el alma está obligada a adoptar una forma material, es decir, se ve sometida a un cuerpo físico que la capacita para sus rela-

ciones con el mundo material, y para llevar a cabo las funciones correspondientes a esta fase concreta de su existencia. ¿Es preciso que diga que la forma física con que todos hemos sido investidos por el Creador en nuestra entrada al mundo, y de la que nos desprenderemos cuando abandonemos esta logia que es la vida, está representada entre nosotros por nuestro mandil masónico? Este cuerpo mortal nuestro, este velo de carne y sangre que envuelve nuestra alma más interior es el verdadero *mandil de inocencia* con el que el Gran Arquitecto se ha complacido en investirnos; atuendo que es más antiguo y más noble que el de cualquier otra Orden

¹ El autor juega en este párrafo con la polisemia de la palabra inglesa *badge*, cuya traducción más apropiada en castellano sería *insignia*, o en este contexto, *hábito*, pero que coloquialmente se emplea también para referirse al mandil masónico en lugar del término, más formal, *apron*. (N. del T.).

que haya existido. Y aunque no sea más que un cuerpo humillante comparado con el cuerpo incorruptible que es la herencia prometida para aquel que persevere hasta el fin. Nunca olvidemos que si no hacemos nunca nada para pervertir nuestro hábito de carne y hueso con el que Dios nos ha dotado a cada uno de nosotros, el mandil nunca será para nosotros causa de oprobio e indignidad.

Hermanos, os insto a que contempléis vuestro mandil como uno de los símbolos más preciosos y expresivos que nuestra Orden puede daros. Recordad que la primera vez que lo llevasteis era una pieza de pura piel de cordero blanca; un emblema de esa pureza e inocencia que siempre asociamos con el cordero y con el niño recién nacido. Recordad que al principio lo llevasteis con la babeta levantada, conformando así una figura de cinco puntas,

que indica los cinco sentidos, por medio de los cuales nos relacionamos con el mundo material que nos rodea. Pero también indica, por la porción triangular de la babeta, en conjunción con la porción cuadrada inferior, que la naturaleza del hombre es una combinación de cuerpo y alma; el emblema de tres lados añadido al emblema de cuatro lados hace siete, que es el número perfecto, pues, como está escrito en la antigua doctrina hebrea, de la que la Masonería es pariente próximo, “Dios bendijo y amó el número siete más que todas las cosas bajo Su trono”. Lo que significa que el hombre, el ser de Siete Dimensiones², es lo más querido de todas las

² Las Siete Dimensiones del ser humano a las que el autor se refiere, y que comenta posteriormente, son el Espíritu (*Pneuma*), el Alma (*Psyche*), el Intelecto (*Nous*), el nexo entre Espíritu y Alma, el nexo entre Alma e Intelecto, la naturaleza sensitiva interna (astral) y la naturaleza sensitiva externa (física).

obras del Creador. Y es por ello que la Logia tiene siete oficiales principales y que, para ser perfecta, requiere de siete hermanos; aunque el significado más profundo de esta frase es que el hombre individual constituye por sí mismo la Logia Perfecta, si es capaz de conocerse a sí mismo y analizar su propia naturaleza correctamente.

Igualmente, a cada uno de nosotros se le han otorgado tres luces menores, que iluminan la logia que se halla en nuestro interior. El Sol simboliza nuestra conciencia espiritual, las más elevadas aspiraciones y emociones del alma; la Luna encarna el razonamiento y las facultades intelectuales, las cuales (al igual que la Luna refleja la luz del Sol) deberían reflejar la luz que proviene de la facultad espiritual superior y transmitirla a nuestra conducta diaria; y

finalmente, el Venerable Maestro de la Logia es una expresión simbólica que denota la fuerza de voluntad del hombre, que debe capacitarlo para ser señor de su propia vida, controlando sus acciones y sometiendo los impulsos más bajos de su naturaleza, igual que el golpe de malleto del Venerable Maestro controla la logia y llama al orden y la obediencia a los hermanos. Por medio de la ayuda de estas tres luces menores de nuestro interior, un hombre está capacitado para percibir lo que, también simbólicamente, es denominado la *forma de la Logia*, es decir, la manera en que su propia naturaleza humana ha sido compuesta y constituida, la longitud, anchura, altura y profundidad de su propio ser. También con su ayuda percibirá que él mismo, su cuerpo y su alma, son “suelo sagrado” sobre el que debe construir el altar de su propia vida espiri-

tual, un altar al que no debe herir ni man-
cillar empleando *herramientas de hierro*,
ningún hábito degradante de pensamiento
o de conducta. Por medio de esas tres lu-
ces, también percibirá cómo la Sabiduría,
la Fuerza y la Belleza han sido empleadas
por el Creador como tres grandes pilares
maestros de la estructura de su propio or-
ganismo. Y por ellas finalmente discernirá
que hay una escalera mística de muchas
vueltas y artificios, es decir, que hay in-
numerables caminos o métodos por medio
de los cuales los hombres son elevados
hacia la Luz Espiritual que nos rodea a to-
dos, y en la que vivimos y nos movemos y
se halla nuestro ser; pero de los tres méto-
dos principales, el más grande de estos, el
que comprende todos y nos aproxima más
al Cielo, es el Amor, cuyo ejercicio como
Virtud Divina permite al masón alcanzar
la cima de su experiencia; esa cima es Dios

mismo, cuyo nombre es Amor. No es preciso que os insista, hermanos, en el hecho de que las referencias efectuadas a la Logia a lo largo de nuestros rituales no conciernen al edificio en el que nos reunimos. Ese edificio no es más que un símbolo, una alegoría velada que oculta algo más. *¿Acaso no sabéis?*, dice el gran iniciado San Pablo, *¿que vosotros sois templos del Altísimo, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?* La verdadera logia a la que se hace mención en nuestros rituales es nuestra personalidad individual, y si interpretamos correctamente nuestra doctrina a la luz de este hecho nos daremos cuenta de que revela un aspecto totalmente nuevo del propósito de nuestra hermandad.

El recién iniciado es colocado en el rincón Noreste de la logia tras ser investido con el mandil. Con ello se pretende que

aprenda que en su nacimiento a este mundo la piedra angular de su vida espiritual ha sido debida y honestamente depositada e implantada en su interior, siendo su deber desarrollar su vida interior y crear una superestructura sobre ella. Dos senderos aparecen abiertos ante él en esta etapa: un sendero de luz y un sendero de oscuridad, un sendero de bien y un sendero de mal. La esquina Noreste es el lugar que simbólicamente separa ambos caminos. En lenguaje simbólico, el Norte siempre implica el lugar de imperfección y falta de desarrollo. En los tiempos antiguos los cuerpos de suicidas, réprobos y niños no bautizados eran enterrados en el lado norte o exento de sol del camposanto. El asiento de los más noveles miembros de la Orden está ubicado en el norte, representando la condición del hombre no iluminado espiritualmente; el novicio en el que

la luz espiritual latente de su interior no se ha elevado sobre el horizonte de su conciencia, dispersando la nube de intereses materiales de su vida inferior y meramente sensual. Se pretende que el iniciado ubicado en el rincón noreste aprecie entonces que a un lado de él mismo se halla el sendero que conduce a la perpetua luz del Oriente, en el que se le insta a perseverar, y que en el otro lado se halla la vía que conduce a la oscuridad espiritual y a la ignorancia en la que puede permanecer y degenerar. Es una parábola de los senderos duales de la vida abiertos ante cada uno de nosotros: a un lado el camino del egoísmo, los deseos materiales y la indulgencia sensual, de la ceguera intelectual y podredumbre moral; al otro lado el camino del progreso moral e individual, en cuyo recorrido el hermano puede decorar y adornar la logia de su interior con los or-

namentos y joyas de la gracia y con el incalculable tesoro del verdadero conocimiento, que puede poner al servicio de Dios y de sus semejantes. Y obsérvese que, de esas joyas, algunas se dicen que son movibles y transferibles, porque cuando se desarrollan en nuestra propia vida y naturaleza su influencia se transfiere y comunica a otros, y colabora a mejorar y endulzar la vida de nuestros semejantes. Y otras son inmóviles porque están permanentemente fijadas y plantadas en las raíces de nuestro propio ser, y son de hecho la materia bruta que se nos ha confiado para que la trabajemos y saquemos del caos e imperfección, dándole debida y verdadera forma.

La Ceremonia del Primer Grado es, pues, un fugaz pero completo compendio de la entrada de todos los hombres, primero, en la vida física, y segundo, en la vida espiri-

tual; e igual que impartimos felicitaciones y bendiciones cuando un niño ha nacido al mundo, también recibimos con aclamación al candidato que, simbólicamente, busca renacer espiritualmente; y aquí emulamos lo que está escrito sobre el regocijo que existe entre los ángeles del cielo por cada pecador que se arrepiente y vuelve a la Luz. El Primer Grado es eminentemente un grado de preparación, de autodisciplina y purificación. Se corresponde con esa limpieza simbólica concedida en el sacramento del bautismo que es, en las iglesias, por así decirlo, el primer grado de la vida religiosa; y que es administrado, con toda propiedad, en la fuente, cerca de la entrada de la Iglesia, igual que el acto mismo tiene lugar al comienzo del camino espiritual. Pues para todos nosotros tal purificación y ablución es necesaria-

ria. Tal y como ha sido bellamente escrito por un hermano masón:

Es apenas cierto que las almas descienden desnudas

A tomar lugar en esta ciudad terrenal,

O pasan desnudas, y les es negada toda vestimenta,

Entramos con ropa descuidada y harapienta

Y cogemos tanta que al poco tiempo

No es tarea fácil encontrar sitio para guardarla

Limpia, por lo tanto, la suciedad que cuelga de nosotros

Te rogamos, Maestro, ante Tus moradas sagradas

Nosotros entramos, despójanos de lo superfluo

Y en Tu presencia vístenos de santidad.

Tis scarcely true that souls come naked down

To take abode up in this earthly town,

Or naked pass, of all they wear denied.

We enter slipshod and with clothes awry,

*And we take with us much that by-and-by
May prove no easy task to put aside.
Cleanse, therefore, that which round about us
cling,
We pray Thee, Master, ere Thy sacred halls
We enter. Strip us of redundant things,
And meetly clothe us in pontificals.*

(Extrañas Moradas de Sueño, por A.E. Waite)

En las escuelas de los Misterios, cuando los aspirantes a una vida más alta eran instados a abandonar el mundo exterior y a ingresar en los templos o santuarios de la iniciación, se asignaban prolongados períodos de tiempo a alcanzar prácticamente lo que es brevemente resumido en nuestro primer grado. Se dice que siete años o más eran el período habitual, aunque menos bastaría en ciertos casos meritorios. Se exigían las más severas pruebas de disciplina, pureza y equilibrio antes del que al neófito se le permitiese avanzar, y

se preserva en nuestro trabajo una reminiscencia de estas pruebas en los exámenes realizados por los dos Vigilantes, que someten al candidato a una prueba de habilidad meramente formal. Pues no es posible hoy en día, como lo era en tiempos antiguos, que un hombre alcanzase las más altas cotas de la perfección moral y conciencia espiritual que eran entonces, igual que ahora, el propósito y fin de todas las escuelas místicas y órdenes secretas, sin purificación y prueba. Pureza inmaculada de cuerpo y mente eran requisitos esenciales para el logro del gran momento final. “¿Quién?” —dice el salmista (y recordad que los Salmos eran los himnos sagrados empleados en los antiguos misterios)— “¿Quién ascenderá la colina del Señor, y subirá a Su santo lugar? Solo aquel cuyas manos estén limpias y tenga un corazón puro”. Y aquí tiene su

origen que portemos guantes blancos y mandiles como emblemas de haber purificado nuestros corazones y lavado nuestras manos en inocencia, y por ello nuestro santo patrón Juan enseña: “Aquel que puso su fe en Él se purificó, pues Él (es decir, el Maestro al que está buscando) es puro”. Pues aquel que no es puro de cuerpo y alma y aquel que es esclavo de sus pasiones y deseos, o de la atadura de los intereses materiales de este mundo resulta, por el mero hecho de su impureza, indigno de continuar avanzando. Nada impuro o que mancille al hombre, se nos enseña, puede entrar en el Reino. Y por ello se pregunta a nuestros candidatos si portan “dinero o metales sobre ellos”. De ser así, estos candidatos están sujetos a atracciones físicas y corrupción mental, y su iniciación real a la elevada esfera representada por nuestra iniciación debe ser diferida y pospuesta

hasta que el candidato sea purificado y apto para su pase.

Tras la purificación llega la contemplación y la ilustración, que constituyen el núcleo del Segundo Grado. En los tiempos pasados, el candidato a los misterios, tras prolongada disciplina y purificación que cualificaba su mente para adquirir completo control sobre sus pasiones y sobre su más baja naturaleza física, había avanzado, como puede avanzar hoy en día, en el estudio de sus facultades más interiores para comprender la ciencia del alma humana y desarrollar estas facultades desde su estado elemental, hasta tomar conciencia de que conectan y tienen su fin en la misma Divinidad. Los secretos de su naturaleza mental y los principios de la vida intelectual se han vuelto gradualmente cognoscibles para su percepción en esta etapa. Consecuentemente, hermanos,

percibiréis que el grado de Compañero Masón, con frecuencia considerado como poco interesante, tipifica en realidad un largo proceso de desarrollo personal que requiere el más profundo conocimiento de la faceta mental y psíquica de nuestra naturaleza. Implica no únicamente la limpieza y control de la mente, sino además una completa comprensión de nuestra constitución interna, de los misterios más escondidos de nuestra naturaleza y psicología espiritual. En este grado se llama nuestra atención sobre el hecho de que el Masón que ha alcanzado la aptitud en este grado es capaz de descubrir el símbolo sagrado, colocado en el centro de la logia y que alude al Gran Geómetra del Universo. Sin duda nos hemos preguntado a menudo lo que esa frase y ese símbolo implican. No necesito repetir que la logia aludida no es el edificio en el que nos encontramos,

sino que es nuestro propio yo, y que el sagrado símbolo en el centro del techo y del suelo de este templo exterior es simbólico de lo que existe en el centro de nosotros mismos y que fue expresado por el Maestro Cristiano cuando proclamó que “El Reino de Dios está en tu interior”; que en las profundidades de nuestro propio ser, oculto bajo los pesados velos de nuestra naturaleza sensual y más baja, reside ahí el principio vital e inmortal, al que nos referimos como Gran Geómetra porque no es otra cosa que la chispa de Dios Mismo inmanente en nosotros. Sobre los antiguos templos místéricos figura escrita la leyenda *Hombre, conócete a ti mismo, y conocerás el Universo y a Dios*. Feliz es el masón que se ha purificado y ha desarrollado su naturaleza al punto de comprender en su plenitud el significado del *símbolo sagrado* del Segundo Grado, y ha

encontrado a Dios presente, no en el exterior, sino dentro de él mismo. Pero en aras a encontrar los *perfectos puntos de entrada* a este secreto (y se nos dice en otra parte que “recto es el camino y estrecha la puerta, y pocos los que la encuentran”), se vuelve a poner énfasis en nuestra enseñanza sobre la necesidad de una absoluta rectitud moral, de absoluta exactitud de pensamiento, palabra y acción, ejemplificadas por la rígida observancia de los principios simbólicos de la escuadra, el nivel y la plomada.

Aquí de nuevo el simbolismo de nuestro trabajo se vuelve extremadamente profundo e interesante. Aquel que desea elevarse a las alturas de su propio ser debe primero aplastar y crucificar su propia naturaleza inferior e inclinaciones; debe recorrer a la fuerza lo que en otra parte es descrito como el camino de la Cruz, y esa

Cruz es indicada por la conjunción de esas herramientas de trabajo (que unidas forman una cruz); y ese “camino” está implícito en la escrupulosa tarea de todos los que sabemos lo que significan esas herramientas de trabajo. Perfeccionando su conducta por medio de la lucha contra sus propias inclinaciones naturales, el candidato está trabajando la piedra bruta de su propia naturaleza y transformándola en piedra cúbica, y yo os pediría observar también que el cubo mismo contiene un secreto, pues desplegado, contiene en sí mismo y desarrolla la forma de la cruz.

El desarrollo interno que el Segundo Grado simboliza es representado por la bajada de la babeta triangular del mandil sobre la porción rectangular inferior. Esto es equivalente al rito de Confirmación en las Iglesias Cristianas. Denota “el progreso hecho en la ciencia” o, en otras palabras,

indica que la naturaleza superior del hombre, simbolizada por la trinidad de espíritu, ha descendido al interior y está ahora permeando su naturaleza inferior. Hasta ahora, en su estado de ignorancia y ceguera moral, la parte espiritual de su naturaleza ha estado flotando sobre él. No ha sido consciente de su presencia en su constitución. Pero ahora, al haber asumido su existencia, la iluminación de lo alto le ha visitado, y la parte más noble de él ha descendido hacia su naturaleza inferior, iluminándola y enriqueciéndola.

El hombre que se desarrolla a sí mismo de esta manera, rápidamente se vuelve consciente de las dificultades de su tarea, y es más sensible a los obstáculos que la vida del mundo exterior coloca en el camino de la vida espiritual. Pero se le ha enseñado a resistir con fortaleza y prudencia, y a sacar lo mejor de sí mismo con

“fervor y con celo”. Por medio del autoco-
nocimiento, es decir, entrando en esa
cámara de contemplación que, como una
escalera de caracol, conduce al interior del
Sancta Sanctorum de su interior, se da
cuenta de que las dificultades y obstáculos
colocados en su camino son empleados
por la Sabiduría Eterna como medios ne-
cesarios para desarrollar el bien latente y
potencial en él, y que al igual que la pie-
dra bruta solo puede ser pulida a base de
astillarla y limarla, él únicamente puede
perfeccionarse a través del trabajo y el su-
frimiento. Aprecia que la dificultad, la ad-
versidad y la persecución sirven a un
propósito benéfico. En esto consiste su
“salario”, y él aprende que debe aceptarlo
“sin duda y sin reticencia, sabiendo que es
justamente lo que le corresponde, y con-
fiando en la integridad” de ese empleador
que le ha enviado a este mundo lejano a

preparar los materiales para construir el templo de la Ciudad Celestial. Y así, como el peculiar signo de este grado sugiere, se atreve a desnudar y examinar su corazón, a extirpar cualquier impureza de él, y él permanece, como Josué, orando porque la luz del día se extienda sobre él hasta que haya cumplido la misión de derribar a sus enemigos internos y todo obstáculo que impida su completo desarrollo.

El aspirante que alcanza la aptitud en el trabajo de perfeccionamiento personal al que alude el grado de Compañero ha abandonado el lado Norte de la logia, el lado de la oscuridad y la imperfección, y ahora se sitúa en el Sureste, en la luz del Mediodía y la iluminación moral (en la medida en que el hombre natural puede poseerla), pero permanece todavía alejado de esa completa realización de sí mismo y de los misterios de su propia naturaleza

que puede ser alcanzada por el adepto espiritual o Maestro Masón. Antes de que el logro sea alcanzado queda pendiente para él “esa última y suprema prueba” por la que solamente él puede acceder al gran consuelo y entablar relación con las supremas deidades de la existencia. En los lugares donde los grandes Misterios fueron siempre enseñados, lo que se representa ritualmente en nuestro tercer grado no era una mera representación simbólica, tal y como hacemos nosotros, sino que era una experiencia real, vital y sumamente severa para la personalidad, cuyo naturaleza difícilmente puede hacerse inteligible, o incluso creíble, a aquellos no familiarizados con la materia. Por ello renuncio a hacer más que una mera mención de ello, llamando la atención únicamente sobre el hecho de que no implica la muerte física, tratándose tan solo de una experiencia

simbólica. Pues si sigues de cerca la ceremonia de pase a Tercer Grado, aunque se hace una referencia específica a la muerte del cuerpo, ello no obsta para que tal muerte se entienda como meramente simbólica o como otro tipo de muerte, pues el candidato es finalmente retornado a sus primitivas circunstancias mundanas y a sus comodidades materiales, y no se pretende que su experiencia masónica terrenal llegue a su punto final en este momento. Todo lo que ha sucedido en el tercer grado es que él ha pasado simbólicamente a través de un gran e importante cambio: un renacimiento, o regeneración de la totalidad de su naturaleza. Él ha sido entregado a la tierra como un *cuerpo corruptible*, y gracias a la virtud y la auto-disciplina ha sido levantado de él un *cuerpo incorruptible*, y la muerte ha sido anegada en la victoria que ha obtenido so-

bre sí mismo. En ocasiones temo que la exhibición demasiado ostentosa de emblemas y parafernalia mortuoria en nuestras logias pueda crear la falsa impresión de que la muerte a la que el Tercer Grado alude es únicamente la muerte física que nos aguarda a todos los hombres, cuando la realidad es que se pretende transmitir un simbolismo mucho más profundo. El masón que conoce el Arte Real sabe que la muerte del cuerpo es únicamente una transición natural por la que no debe sentir temor de ningún tipo; también sabe que cuando la muerte le señale, a su debido tiempo, esa transición será un bienvenido alivio y un desatarse de las ligaduras de este mundo, de su envoltura mortal y de las cargas diarias que implica la existencia en este inferior plano de vida. Todo lo que teme es que cuando el momento llegue, él no pueda estar libre de esas

“manchas de falsedad y deshonor”, esas imperfecciones de su propia naturaleza que pueden retrasar su progreso posterior. ¡No! La muerte aludida por la Masonería, que emplea la analogía de la muerte corporal bajo el velo de una referencia a ella, es esa *muerte en vida al yo más despreciable del hombre* a la que San Pablo se refería cuando afirmaba *Yo muero a diario*. Es sobre la tumba, no del propio cuerpo sino del yo inferior, sobre la que el aspirante debe caminar antes de alcanzar las Alturas. Lo que se quiere decir es que el completo autosacrificio y crucifixión propia, como todas las religiones enseñan, son esenciales antes de que el alma pueda ser elevada a la gloria “de una muerte figurativa y a una reunión con los compañeros de los antiguos trabajos” tanto aquí como en el mundo invisible. El cubo perfecto debe pasar por la metamorfosis de la

Cruz. El alma debe atravesar de forma voluntaria y consciente un estado de completa indefensión de la que ninguna mano terrenal puede rescatarla, y ante el intento de levantarla por medio de cualquier mano humana que desee socorrerla el alma resbalará. Hasta que finalmente la Ayuda Divina descendiendo del Trono del Altísimo y con la garra del león del “poder todopoderoso” levante al alma fiel y regenerada para unirla con ella misma y en abrazo de reconciliación y expiación. En todas las escuelas místicas, así como en todas las grandes religiones del mundo, el logro del fin espiritual que acabamos de describir es enseñado a través del velo de un episodio trágico semejante al de nuestro Tercer Grado; y en todos figura un Maestro cuya muerte debe imitar el aspirante en su propia persona. En la Masonería ese prototipo es Hiram Abiff; pero debe dejarse claro

que no existe base histórica alguna para la ficción legendaria de la muerte de Hiram. Toda la historia es simbólica y fue inventada con el propósito de servir a nuestra enseñanza. Si la examináis minuciosamente apreciareis qué obvias son las similitudes entre esta historia y la narración de la muerte del Maestro Cristiano que aparece en los Evangelios; y no es preciso decir que el masón que comprende el significado de esta última comprenderá la primera y la alusión velada que implica. En un caso el Maestro es crucificado entres dos ladrones; en la otra es llevado a la muerte entre dos villanos. En una aparecen el ladrón penitente y el impenitente; en la otra tenemos a los conspiradores que confiesan voluntariamente su culpa y son perdonados, y a los otros que fueron encontrados culpables y condenados a muerte. Las enseñanzas morales y espirituales

de ambas historias se corresponden. Al igual que a cada cristiano se le enseña que debe imitar la vida y muerte de Jesucristo en su propia vida, igualmente cada masón “debe imitar a uno de los más brillantes personajes de nuestros anales”; pero puesto que los anales de la Masonería están contenidos en el Volumen de la Ley Sagrada y en ninguna otra parte, es fácil ver a qué personaje se alude. Tal y como enseñó la gran autoridad e iniciado en los Misterios, San Pablo, únicamente podemos alcanzar la resurrección del Maestro “siendo hechos conforme a Su muerte”, y debemos “morir con Él si queremos ser levantados con Él”, y es en virtud de esta conformidad, de ser hechos individualmente para imitar al Gran Maestro en Su muerte, que somos merecedores de ciertos “puntos de perfección” con Él: pues los “Cinco Puntos de Perfección” del tercer

grado son las cinco heridas de Cristo. Los tres años de ministerio del Maestro Cristiano finalizaron con Su muerte, y a estos tres años refieren los tres grados de la Masonería que también concluyen en la muerte mística del candidato y su consecuente levantamiento o resurrección.

El nombre Hiram Abiff significa en hebreo “El Maestro (Gurú, o Iluminado) del Padre”. Un hecho que puede ayudaros a reconocer el propósito oculto de la enseñanza. Bajo el nombre de Hiram, pues, y bajo un velo de alegoría, vemos una alusión a otro Maestro; y es a este Maestro, a este Venerable Hermano, al que se alude en nuestras lecturas, cuyo “carácter preservamos, ya esté ausente o presente”, es decir, esté Él presente en nuestras mentes o no, y en cuyo honor “adoptamos el principio excelente, el Silencio”, salvo que en algún momento y lugar hubiese entre no-

sotros algún hermano de fe no cristiana, para el que la mención al nombre del Maestro Cristiano podría suponer posiblemente un sentimiento de ofensa o de provocación contenida.

Para ilustrar el avance llevado a cabo por el candidato en este estadio de desarrollo, el mandil aquí asume un mayor grado de contenido. El mandil está rematado en los bordes con cinta de color azul claro y unas rosetas igualmente azules, indicando que ahora una luz más sublime que la natural filtra su ser e irradia desde su persona, y que la estéril tosquedad del hombre natural está ahora floreciendo como la rosa, en las flores y gracias correspondientes a su naturaleza regenerada. Igualmente a cada lado del mandil hay dos columnas de luz descendiendo de arriba y que se adentran en las profundidades de todo su ser, finalizando en las siete borlas doradas que

simbolizan los siete colores en que se descompone el espectro de la Luz sobrenatural. El masón es ahora señor de sí mismo, es el verdadero masón, capaz de gobernar esa logia que se haya en su interior. Y una vez que ha pasado por los tres grados de purificación y perfeccionamiento, y ha cuadrado, nivelado y armonizado la triple naturaleza de cuerpo, alma y espíritu, él también porta, al haber alcanzado la Veneratura, la triple Tau, que comprende en sí misma la forma de un nivel, pero que también es la forma hebrea de la Cruz, correspondiéndose las tres cruces del mandil con las tres cruces del Calvario.

Para resumir la importancia de la enseñanza de los Tres Grados, se hace claro, por todo lo comentado anteriormente, que grado a grado el candidato es conducido de una vida vieja a otra enteramente nueva y de cualidades muy diferentes. Co-

mienza su carrera masónica como el hombre natural, y a través de la disciplina y el trabajo se convierte en un hombre perfecto y regenerado. Para conseguir esta transmutación, esta metamorfosis de sí mismo, el masón es enseñado primero a purificar y someter su naturaleza sensitiva, y después a purificar y desarrollar su naturaleza mental, y finalmente, tras la derrota total de su antigua vida y la pérdida de su alma para salvarla, se levanta de entre los muertos como un Maestro, un hombre que acaba de alcanzar la perfección, con más amplia conciencia y facultades, y que es un eficiente instrumento al servicio del Gran Arquitecto del Universo en Su plan de reconstruir el Templo de la humanidad caída, así como es capaz de iniciar y llevar a otros hombres a la participación en esa misma gran labor.



Hiram Abiff dirige la construcción del Templo en presencia del Rey Salomón.

Este hecho, la evolución del hombre en superhombre, fue siempre el propósito de los Antiguos Misterios. Y el verdadero propósito de la moderna Masonería no es su función social ni de caridad, a la que tanta atención se presta, sino acelerar la evolución espiritual de aquellos que aspiran a perfeccionar su propia naturaleza y otorgarle una calidad divina. Y esta es una ciencia definida, un Arte Real que es posible para nosotros poner en práctica; y entrar a formar parte de la Masonería por cualquier otro propósito que no sea estudiar y practicar esta ciencia es malinterpretar su significado. Por ello nadie debería aspirar a entrar en Masonería a no ser que de lo más profundo de su interior nazca el ansia de buscar la Luz para el problema de su propia naturaleza. Todos somos seres imperfectos, conscientes de que nos falta algo que podría convertir-

nos, en nuestros mejores momentos, en lo que desearíamos ser. ¿Qué es esto que nos falta? ¿Qué es aquello que está perdido? La respuesta es *los genuinos secretos del Maestro Masón, el verdadero conocimiento de nosotros mismos, la realización consciente de nuestras potencialidades divinas.*

La verdadera esencia de la doctrina masónica es que todos los hombres de este mundo se hallan a la búsqueda de algo en su propia naturaleza que han perdido, pero que con la apropiada instrucción y su propio trabajo y paciencia pueden aspirar a encontrar. Su filosofía implica que este mundo temporal está en las antípodas del otro, más real, del que venimos originalmente y al que podemos acelerar nuestro regreso por medio de ese método de autoconocimiento y autodisciplina que la enseñanza masónica inculca. Implica que es-

te mundo actual es el lugar donde las piedras simbólicas y la madera son preparadas *tan lejos* de esa Jerusalén mística donde un día se hallarán todos juntos y, de forma colectiva, elevarán ese Templo que es construido sin manos y sin el ruido o la ayuda de herramientas de metal. Y este mundo, que por lo tanto no es más que un tránsito temporal para nosotros, es necesariamente una de las sombras, imágenes y “secretos sustituidos”. Y hasta que llegue el tiempo de ser exaltados, no ya simbólicamente, sino realmente, en persona, conocimiento y conciencia, al sublime grado de Maestro Masón, nos preparamos para aprender algo de los “genuinos secretos”, algo de las realidades vivas que yacen escondidas detrás del aspecto externo de las cosas. Toda vida humana, habiéndose originado en el místico Oriente, y habiendo bajado a este mundo que es el

Occidente, debe volver de nuevo a su fuente y origen. Citando de nuevo el poema del hermano Waite:

De Oriente a Occidente hace el alma su viaje
En muchas fuentes amargas apaga su fiebre
Se detiene en extrañas tabernas, camino del
banquete
Retoma su carga y hace progresos dolorosos
De vuelta al Oriente

*From East to West the soul her journey takes;
At many bitter founts her fever slakes;
Halts at strange taverns by the way to feast,
Resumes her load, and painful progress
makes
Back to the East.*

La masonería, por medio de una serie de representaciones dramáticas, pretende servir a aquellos que intentan descubrir sus implicaciones y que sacan provecho

de las pistas que proporciona de forma alegórica, dando un ejemplo e instrucciones por las cuales nuestro retorno al Oriente puede ser acelerado. No hace referencia a ninguna arquitectura mundana, sino a la arquitectura de la vida del alma. No es una religión en sí misma, sino más bien una presentación de los procesos religiosos, dramatizados e intensificados, que inculcan todos los sistemas religiosos del mundo. Pues no hay ninguna religión que no enseñe la necesidad de purificación corporal de nuestro primer grado; ni ninguna que no comparta la enseñanza del segundo grado, que el desarrollo mental, moral y espiritual son esenciales y conducen al descubrimiento de un cierto centro secreto, *donde la verdad habita en su plenitud*, y que ese centro es *un punto dentro de un círculo* de nuestra propia naturaleza en el que ningún masón puede

errar, pues es el reino divino latente en nuestro interior, en el que todavía no hemos conseguido penetrar. Y ninguna religión renuncia a insistir en la lección suprema de autosacrificio y muerte mística a las cosas mundanas, tan gráficamente retratado en nuestro tercer grado; y ninguna religión enseña algo contrario a que, aun en la hora de la mayor oscuridad, la luz de la chispa divina primordial nunca se extingue por completo, y que siendo leales a esa luz, con paciencia y perseverando, el tiempo y las circunstancias nos encaminarán a los *genuinos secretos*, las últimas verdades y realidades de nuestra propia naturaleza. La Masonería nos enseña que estamos aquí como si estuviésemos en cautividad, junto a las aguas de Babilonia y en un país extraño; y nuestra doctrina nos dice verdaderamente que las más ricas armonías de esta vida no son nada compa-

radas con los cánticos de Sión; y que, cuando estemos instalados en las altas dignidades que el mundo o la Orden puedan ofrecer, más nos valdría olvidar toda malicia y ansia de los tesoros ilusorios de esta realidad transitoria y tener presente en nuestros actos la Jerusalén celestial que se halla detrás de ellos.

Nuestra enseñanza está intencionadamente velada en alegorías y símbolos y su contenido principal no aflora a la superficie del ritual. Ello se corresponde parcialmente con la misma vida humana y el mundo en que vivimos, que son únicamente alegoría y símbolo de otra vida y el velo de otro mundo. Y se corresponde solo parcialmente, de forma que solo aquellos de mentes respetuosas y comprensivas puedan penetrar en los más escondidos significados de la Orden. Los más profundos secretos de la Masonería, como los

más profundos secretos de la Vida, están pesadamente velados y cuidadosamente escondidos. Se hallan ocultos bajo una gran reserva; pero aquel que conoce algo de los mismos también sabe que son muchos y valiosos, y que son revelados únicamente a aquellos que actúan bajo la orientación dada en nuestras lecturas. “Buscad y encontraréis, pedid y se os dará, llamad y se os abrirá”. La búsqueda puede ser larga y difícil, y las grandes cosas no se alcanzan sin esfuerzo y búsqueda; pero puede afirmarse que para el candidato que está “apropiadamente preparado” (en un sentido mucho más amplio que el otorgado convencionalmente a la expresión) hay puertas que llevan a la Masonería y que, cuando son llamadas, se abren y le dan paso a unos lugares y conocimiento que en su vida profana no concibe. Para aquel que va a afrontar las mayo-

res iniciaciones se aplica igualmente la misma regla representada simbólicamente en su primera entrada a la Orden, pero esta vez ya no se tratará de un símbolo, sino de una realidad. Encontrará una espada siempre amenazadora frente a él, y que una soga rodea su cuello. El peligro, desde luego, aguarda al candidato que se lanza demasiado precipitadamente y en un estado de imperfección moral hacia los más profundos misterios de su ser, que son, desde luego, *serios, solemnes y terribles*. Pero por otra parte, para aquel que ha entrado ya por el sendero de la luz sería un suicidio volver atrás.

Y ahora, hermanos, para poner fin a este breve e imperfecto resumen de los más profundos significados y propósitos de nuestra Orden, suplico a Dios que todo lo anteriormente dicho pueda ayudar a algunos de vosotros a encontrar el retorno a

esa luz que es, en todo tiempo, el deseo predominante de nuestros corazones. Depende ya de nosotros que vivamos la Masonería en su lado externo y superficial y como una serie de ritos simbólicos, o bien que permitamos a esos símbolos adentrarse en nuestras vidas y materializarse en ellas. Sean las que sean las formalidades que hayamos atravesado en nuestra admisión a la Orden, no podemos afirmar que hemos sido *regularmente iniciados* a la Masonería mientras que contemplemos la Orden meramente como una cuestión de vida social y entendamos sus ceremonias como ritos de naturaleza arcaica y mecánica. La Masonería, como ya he comentado, fue dada al mundo desde unas fuentes aún más secretas, como un gran experimento y medio de gracia, y como una gran oportunidad para aquellos que tuvieron el interés de beneficiarse de lo que es

poco conocido, y menos enseñado, fuera de ciertos santuarios de secreto. Se pretendió que supusiera una sinopsis o epítome, de forma dramatizada, de la regeneración espiritual del hombre, y que sirviera para extraer sugerencias e indicaciones que pudiesen conducir a aquellos capaces de discernir sus propósitos más profundos y simbolismo a iniciaciones más profundas que las llevadas a cabo superficialmente en nuestras logias. Pues, si en la faceta externa podemos ser llamados a ocupar cargos de honor y oficios en la Gran Logia Provincial, o podemos ingresar en cuerpos colaterales de la Masonería, igualmente en el aspecto interior hay eminencias a las que podemos llamar así, pero que no nos ofrecen distinción social ni un beneficio evidente, y sin embargo son los verdaderos iniciados, los que han alcanzado los más valiosos conocimientos. A

este fin pueden aspirar todos los que buscan sinceramente hacerlo y se preparan discerniendo las verdades depositadas bajo la alegoría superficial y los velos simbólicos de la enseñanza masónica. Y puesto que parece haber hoy en día un verdadero y amplio deseo por parte de muchos miembros de la Orden de adentrarse en la más completa comprensión de lo que esta oculta, más que revela, creo que incumpliría mi deber de Maestro Masón si no aprovecharse esa posición para compartir con ellos al menos una parte de lo que he sido capaz de recolectar para mí. Pero finalmente debo recordaros que, conforme al diseño general de nuestro sistema, cada Maestro Masón no es más que un símbolo y una sustitución, y que detrás de él, y detrás de todos los demás grandes oficiales de la jerarquía masónica, se halla la “Gran Cabeza Blanca”, el “Gran Inicia-

dor” y Gran Maestro de todos los verdaderos masones a lo ancho y largo del Universo, sean miembros de la Orden o no. Ante el que nos inclinamos en señal de gratitud por el incalculable don que se nos ha otorgado en nuestra Orden, y a cuya protección y guía iluminadora hacia los más profundos misterios os encomiendo a todos.

Capítulo II

LA MASONERÍA COMO FILOSOFÍA

Todo parece indicar que una mayor conciencia masónica está despertando en la Orden. Sus miembros son cada vez más conscientes, en todas partes, de que bajo la superficie de los signos masónicos se encuentra mucho más de lo que aprecian el ojo y el oído. Están comenzando a pensar por sí mismos en lugar de asumir el contenido superficial de lo que ven y escuchan, y conforme su pensamiento se desarrolla, hechos que anteriormente pasaban desapercibidos cobran protagonismo y

significado. Y también son conscientes de que el sistema masónico es algo más profundo que un código elemental de moral que es preciso observar tanto si se es masón como si no. Se llega a la conclusión de que el notable crecimiento de la Orden a duras penas puede justificarse sobre el supuesto de que la moderna Masonería especulativa no perpetúa nada más que las asociaciones privadas que antaño existieron vinculadas a la actividad de los masones operativos, y resulta obvio que no hay ningún interés ni virtud peculiar en continuar imitando las costumbres de los antiguos gremios por el mero hecho de hacerlo, igual que no lo tiene mantener en pie una costosa organización para enseñar a los hombres el simbolismo elemental de unas pocas herramientas de albañilería y disfrutar de una jovial amistad. Basta con reflexionar un poco para darse cuenta de

que nuestro Tercer Grado y la gran leyenda central que constituye el clímax del sistema masónico no pueden tener, ni han tenido nunca, origen o conexión con la actividad de los masones operativos. Puede matizarse que tenemos nuestro gran sistema benéfico, y que la faceta social de nuestras obras constituye un elemento valioso y humanizador. Desde luego, pero otras asociaciones y grupos tienen una dimensión filantrópica y social igual que la Masonería, y no es precisa la existencia de una sociedad secreta para promover esos fines, que son únicamente un añadido al propósito original de la Orden. La lectura de estos hechos nos sugiere que la Masonería no se ha adentrado todavía en su verdadero legado ni en la comprensión de su propio sistema, y que aspectos colaterales relacionados con la Masonería que han adquirido tanto protagonismo, siendo

sin duda valiosos por sí mismos, no son al fin y al cabo la verdadera y originaria misión de la Orden. La misión de la Orden es iniciar en ciertos secretos y misterios, y obviamente, si la Orden fracasa en el desarrollo de sus propios secretos y misterios, y fracasa por consiguiente en la transmisión de verdaderas iniciaciones a los candidatos que atraviesan las ceremonias formales, no está cumpliendo su propósito original, independientemente de cualquier otro efecto beneficioso accidental que pudiera estar provocando.

Teniendo en cuenta que estos hechos son la base sobre la que se plantea esta lectura, permitidme que señale de entrada mi punto de partida, que es que el progreso de cada hermano admitido en la Masonería es gradual, en base a sucesivos estadios, de la misma manera que la comprensión de la doctrina y sistema masónicos es

igualmente progresiva. Formulado de la manera más sencilla posible, la teoría del progreso masónico consiste en que cada miembro admitido a la Orden entra en un estado de oscuridad e ignorancia en cuanto a lo que la masonería enseña, y que posteriormente será supuestamente llevado a la luz y al conocimiento. Expresado en otras palabras, entra a la Orden como una Piedra Bruta y es su cometido desarrollar tanto su carácter como su comprensión de forma que finalmente, en virtud de lo que ha aprendido y practicado, él pueda ser tan impecable y pulido como un perfecto cubo. El conocimiento del sistema masónico tiende a desarrollarse en base a una línea similar. Su significado no es asimilable todo a la vez, y salvo que nuestras mentes estén apropiadamente preparadas y nuestra comprensión cuidadosamente entrenada, es improbable que se pueda

participar nunca en los verdaderos secretos y misterios de la Masonería por muy a menudo que contemplemos la puesta en escena o por muy eficientemente que memoricemos los rituales y las lecturas de instrucción. La primera etapa, la primera concepción de lo que la Masonería implica, tiene que ver únicamente con el valor superficial de la doctrina, con una familiarización con el lado literal del conocimiento enseñado que todos obtenemos al ingresar en la Logia. Es de temer que la vasta mayoría de los masones nunca pasa de esta fase. Esta es la etapa de conocimiento en que la Orden es contemplada como una comunidad social, semipública y semisecreta, a la que es agradable pertenecer y que proporciona ventajas de índole social o de otro tipo, siendo el objetivo del adepto alcanzar oficios y llenar su pechera de condecoraciones. El masón percibe en esta

etapa una perspectiva superficial y literal de la doctrina, y se da preponderancia a la puesta en escena del trabajo ceremonial, que se realiza con dignidad y eficacia, aprendiendo de memoria el catecismo, de forma que ni una sílaba sea mal pronunciada; y se considera esto la cima de la habilidad masónica. Y tras llevar a cabo estas tareas con un cierto grado de soltura, la idea es cerrar trabajos tan rápidamente como sea posible para acudir al festejo del banquete.

Todo esto bien puede decirse que corresponde a una etapa en la que la Masonería se concibe desde el punto de vista de la Piedra Bruta. Por supuesto, no estoy refiriéndome a ningún hermano en particular. Confieso francamente que yo mismo me he encontrado en esta categoría, y creo que coincidiremos en que todos hemos pasado por esta fase que he descrito, por

la simple razón de que no conocíamos nada mejor y no teníamos a nadie capaz de enseñárnoslo. No nos lamentemos. Si echamos la vista atrás sobre el progreso de la Masonería durante los últimos 150 años, no podemos sino felicitarnos por el enorme, si bien gradual, avance llevado a cabo en el progreso masónico y en las maneras incluso en el estadio de Piedra Bruta. Cualquiera familiarizado con los registros de las viejas logias habrá tenido conciencia de tiempos en los que casi todo elemento de reverencia y dignidad brillaba por su ausencia. Las tenidas se celebraban en cantinas y tabernas. Fuese cual fuese la decoración oficial que ornase estos templos primitivos, las jarras de dos pintas y las pipas *de sacristán* figuraban abundantemente entre la parafernalia no oficial. En una de las grandes galerías pictóricas de Londres cuelga un famoso cuadro titulado

“Noche”, pintado por el gran artista y moralista de su época, Hogarth. Su propósito era plasmar una típica escena nocturna de las calles de Londres tal y como eran en su tiempo. Entre los típicos especímenes depravados que merodean esas calles de luz mortecina, el gran artista ha sometido al escarnio intemporal a la figura de un masón que se tambalea borracho de vuelta a casa, portando todavía su mandil y siendo ayudado por el guardatemplo de la logia. Ningún masón puede contemplar esta pintura sin experimentar un ardiente sentimiento de vergüenza, y sin prometerse a sí mismo que redimirá a la Orden de este estigma.

Hemos dejado atrás, espero, cosas de esta índole. Hemos recuperado un cierto sentido de dignidad y amor propio. La Orden está bien gobernada por sus más altas autoridades, y las logias individuales se

enorgullecen de poseer templos adecuados y de llevar a cabo sus tenidas con el debido respeto a la solemnidad de la doctrina masónica. Que la Orden nunca degenera a la condición primitiva y caótica de la que emergió.

Pero esta mejora en materia de modales externos, por positiva y bienvenida que sea, no es suficiente. Para impedir que la Orden caiga en un estado de autosatisfacción con sus privilegios sociales y la placidez de la amistad entre sus miembros, y para impedir que sus rituales se conviertan en un sistema de conocimiento tan mecánico como cómodo, la mejora de la que he hablado debe darse (y creo que está destinada a darse) por medio de un despertar al profundo significado de los propósitos internos de la Orden. Y ya que he hecho referencia a lo que he denominado *la concepción de piedra bruta* de ese

propósito, tenéis derecho a preguntarme ahora cuál es la más elevada consideración que puede contemplarse, y que compararíamos con la Piedra Pulida. No me extenderé tanto para responder a esta pregunta.



La Noche, de William Hogarth (1738). En esta litografía se muestra a un Venerable Maestro volviendo a casa borracho mientras que el Guardatemplo le guía. El Venerable porta la joya correspondiente, y el Guardatemplo luce todo su atuendo de la época: espada, lámpara y llave. A la derecha hay un personaje de espaldas al que se le ha roto la fregona, en referencia a la práctica de entonces de trazar en el suelo los signos y borrarlos al final de la tenida. Las uvas colgadas identifican la taberna donde se reunía la logia nº 4, que era la del propio Hogarth, autor del grabado.

Os invito a contemplar esta lectura en su totalidad como indicación de lo que debería ser la respuesta. Hubo una vez en que osé intentar formular una respuesta a esa pregunta, y si bien en aquella ocasión entré en los detalles y minucias del sistema masónico y sus símbolos, ahora trataré el tema en base a líneas más generales y tomaré en consideración la Masonería en su aspecto más extenso y filosófico. Afirmé en una ocasión — y debo repetirlo ahora — que en su doctrina más amplia y vital la Masonería era esencialmente un sistema filosófico y religioso expresado bajo la forma de un ceremonial dramático. Es un sistema concebido para proporcionar respuestas a las tres grandes cuestiones que reclaman inexorablemente la atención de todo hombre reflexivo: ¿Qué soy yo? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? Es una obviedad decir que en nuestros

momentos más sosegados y serios todos sentimos la necesidad de alguna respuesta fiable a estas preguntas. Obtener luz sobre ellas es el predominante deseo de nuestro corazón; y de la luz que obtengamos respecto a esas preguntas dependerá nuestra filosofía de vida y la regla de conducta por la que regiremos nuestra vida. En un sentido más amplio, el candidato masónico se supone que entra en la Orden buscando luz sobre estos problemas, luz que no ha sido capaz de buscar exitosamente en otra parte. Si su deseo de ingresar en la Orden está motivado por cualquier otra razón que no sea el conocimiento en torno a estos asuntos, que por encima de todos los demás son vitales para su paz interior, y por un sincero deseo de ser, por medio de ese conocimiento, servicial para con sus semejantes, entonces su candidatura no tiene ningún valor. La razón por la que

nadie debería ser invitado a formar parte de la Orden es que, en lo concerniente a estos asuntos de importancia capital y sagrada, el primer impulso y necesidad debe originarse en el interior del mismo postulante; el primer lugar de su preparación debe ser el interior de su propio corazón, y es ante el sollozo y la llamada de su necesidad interior, y por ningún otro motivo menor, que —al menos en la teoría, aunque rara vez en la práctica— debe abrirse la puerta de los Misterios, para que el postulante penetre a buscar la ayuda que necesita. En otra etapa de su progreso simbólico, el candidato aprende de sus hermanos mayores, que al igual que él mismo, se hallan a la búsqueda de algo que está perdido y que tienen esperanzas de encontrar. Y es aquí cuando el gran motivo de esta y de todas las búsquedas, así como la pista para el verdadero propó-

sito de la Masonería, aparecen prominentemente y es plasmado en términos categóricos. La Masonería consiste en la búsqueda de algo que ha sido perdido. Ahora bien, ¿qué es lo que se ha perdido? Consideremos este aspecto. ¿Por qué necesitamos nosotros, o el mundo en general, formas de religión y filosofía? ¿Cuál es el motivo y razón para la existencia de la Orden masónica y de tantas otras órdenes iniciáticas, tanto en el pasado como en el presente? ¿Qué necesidad hay de que existan? Podría reducir todo este interrogante a un solo punto, pequeño y personal, preguntándoos: ¿por qué habéis venido a escuchar esta lectura, y por qué me ha sido preciso esforzarme durante tantos años para adquirir el conocimiento que me capacite para escribirla? No estaríais aquí de no ser, como de hecho sucede, que todo hombre en sus momentos de reflexión se

percata de la sensación de que algún elemento de su propio ser se ha perdido; de no ser porque él es consciente, si es honesto consigo mismo, de la sensación de imperfección moral, de ignorancia, de conocimiento restringido sobre sí mismo y lo que le rodea; de no ser, en resumen, consciente de una deficiencia radical en su constitución, la cual, en caso de ser encontrada, satisfaría su ansia de información, de plenitud y perfección, y le llevaría de la oscuridad a la luz y le situaría más allá de la ignorancia y del alcance de muchas enfermedades de la que la carne es heredera. La cuestión es demasiado obvia para insistir en ella, y la respuesta debe ser encontrada tomando como referencia la gran doctrina que forma la base filosófica de todos los sistemas religiosos, así como todos los grandes sistemas de Misterios y de Iniciación de la antigüedad, a saber, lo que

es popularmente conocido como la Caída del Hombre. Sea como fuere que contemplemos este acontecimiento— y a través de la historia de la raza humana ha sido enseñado por medio de innumerables formas y por toda clase de parábolas, alegorías, mitos y leyendas, su único significado consiste en que la humanidad en conjunto ha caído de su fuente y lugar paterno original; que de estar inmerso en el centro eterno de vida, el hombre ha resultado proyectado a la circunferencia; y que en este presente mundo nuestro el hombre sufre un período de restricción, ignorancia, disciplina y experiencia que lo capacitará para retornar al centro del que provino y al que en realidad pertenece. “El Paraíso Perdido” es el verdadero tema central de la Masonería tanto como lo fue de Milton, y también lo es de todos los antiguos sistemas místéricos. La doctrina

masónica se centra y enfatiza el hecho y el sentido de esta pérdida. Bajo un velo de alegoría que describe la intención de construir un cierto templo que no pudo ser finalizado debido a un desastre atemporal, la Masonería sostiene que la Humanidad es el verdadero templo cuya construcción fue entorpecida, y que nosotros, que somos tanto los artesanos como el material de construcción de lo que pretende ser una construcción sin parangón, estamos, debido a un cierto acontecimiento desafortunado, habitando en este mundo en condiciones en las que los genuinos y perfectos secretos de nuestra naturaleza se hallan, por el momento, perdidos para nosotros; donde los completos poderes del alma humana están coartados por las limitaciones de la vida física; y donde, durante nuestro aprendizaje de prueba y disciplina, debemos conformarnos con el conoci-

miento sustitutorio que se deriva de nuestros sentidos, falibles y limitados.

Pero mientras la Masonería resalta esta gran verdad, también indica — y esta es su gran virtud y verdadero propósito — el método por el que podemos recuperar lo que nos es perdido. Sostiene la gran promesa de que, por medio de la ayuda divina y de nuestro propio trabajo, las genuinas verdades de las que actualmente solo poseemos pálidas sombras nos serán devueltas, y que la paciencia y la perseverancia harán a cada hombre acreedor al derecho de participar de ellas. Este amplio tema queda reflejado en miniatura en el ritual de la Masonería simbólica. El Este de la logia es el centro simbólico, la fuente de toda luz, el lugar del trono del Maestro de toda vida. El Oeste, el lugar del sol poniente, es el mundo de imperfección y oscuridad del que la divina luz espiritual ha

desaparecido y que solo brilla cuando refleja la luz. Las ceremonias que atraviesa el candidato simbolizan los estadios de progreso que todo hombre — ya sea o no miembro formal de la Orden — puede atravesar por el camino de la purificación y construcción de sí mismo hasta que resulta muerto en su naturaleza presente y natural y es elevado sobre su estado de imperfección para ser llevado de nuevo a la perfecta unión con el Señor de Vida y Gloria a cuya imagen y semejanza ha sido creado.

Es en este amplio sentido, pues, que la Masonería puede convertirse — como de hecho se pretendió que fuese por aquellos que instituyeron nuestro actual sistema especulativo — en una filosofía de trabajo para los que nos hallamos bajo su influencia. Provee la necesidad de aquellos que están preguntándose honestamente acerca

del propósito y destino de la vida humana. Constituye un medio de iniciación al verdadero conocimiento para aquellos que sienten que su conocimiento y sendero de vida hasta ahora no han sido sino una serie irregular de pasos hechos al azar y con los ojos vendados, ignorantes incluso de hacia dónde se dirigían. No sin razón afirma nuestro catecismo que la Masonería contiene “muchos e incalculables secretos”. Pero estos no son, por supuesto, los signos formales y simbólicos, toques y palabras comunicadas ceremonialmente a los candidatos; son más bien aquellos secretos que, instintivamente, mantenemos encerrados en lo más recóndito y seguro de nuestros corazones; secretos de las profundas y escondidas cosas del alma, de las que rara vez hablamos y que, por un instinto natural, no tenemos el hábito de comunicar a nadie salvo a algunos de nues-

tros hermanos y amigos que comparten con nosotros un interés común y empatía en los más profundos problemas y misterios de la vida.

He dicho anteriormente que la Masonería es una perpetuación de los grandes sistemas de iniciación que han existido para la instrucción espiritual de los hombres en todas partes del mundo desde la noche de los tiempos. La razón para su existencia ha sido obvia, teniendo en cuenta la verdad cardinal de la que ya hemos hablado: que el hombre en su actual estado natural es inherente y radicalmente imperfecto; que antes o después toma conciencia de un sentido de pérdida y falta y siente una imperiosa necesidad de aprender cómo reparar esa pérdida.



La Caída del Hombre, de Alberto
Dürero (1504)

Las grandes religiones del mundo han sido ordenadas para enseñar, cada una a su manera, las mismas verdades que los sistemas místéricos enseñaban. Su enseñanza ha tenido invariablemente dos vertientes. Siempre ha existido una doctrina popular, externa y elemental que ha servido para la instrucción de las masas que están insuficientemente preparadas para una enseñanza más profunda; y al mismo tiempo ha coexistido con esta una doctrina avanzada e interior, un conocimiento más secreto que ha sido reservado para mentes más maduras y en el que eran iniciados únicamente candidatos aptos y adecuadamente preparados que deseaban voluntariamente participar de él. Ya sea en la India, Egipto, Grecia, Italia o México, o entre los druidas europeos, siempre han existido templos de iniciación para aquellos que sentían la llamada interior de

apartarse de la multitud y de dedicarse a una larga disciplina de cuerpo y alma con vistas a adquirir el conocimiento secreto y desarrollar las facultades espirituales por medio de las herramientas de los procesos de iniciación, de las que nuestras actuales ceremonias son un débil eco. Queda mas allá de mi actual intención describir ninguno de esos grandes sistemas o métodos de iniciación entonces empleados. Pero con respecto a ellos os rogaré que aceptéis mi enseñanza en dos puntos: en primer lugar, que aunque esas grandes escuelas místicas hace tiempo que han desaparecido de la mente humana, ellas, o la doctrina que enseñaban, nunca han cesado de existir; la enemistad de las iglesias oficiales y las tendencias de una época comercial y materialista han provocado que se refugien en un extremo secreto y sigilo, pero sus iniciados nunca han estado au-

sentes del mundo. Y, en segundo lugar, que se debe a la actividad y visión de esos iniciados adelantados la existencia de nuestro actual sistema de Masonería especulativa. No debéis deducir de ello que la Masonería moderna es, bajo ningún concepto, una completa y adecuada presentación de esos antiguos sistemas. Pero en lo que son, y hasta donde llegan, nuestras doctrinas y rituales son un auténtico compendio de una doctrina secreta y un proceso secreto que siempre ha existido para la ilustración de aspirantes tales que, poniendo su confianza en Dios (como nuestros actuales candidatos deben decir), han llamado a la puerta de ciertos santuarios secretos en la confianza de que esa puerta se abriría y de que encontrarían, en la forma adecuada, lo que estaban buscando. Los hermanos que instituyeron la moderna Masonería especulativa hace unos 250

años tomaron ciertos materiales que se hallaban a mano. Es decir, tomaron los ritos elementales y los símbolos pertenecientes a los gremios de masones operativos medievales y los transformaron en un sistema de doctrina religioso— filosófico. A partir de ese momento, de estar relacionada únicamente con el negocio de los sillares y la construcción, la intención de la Masonería pasó a ser simplemente la más noble ciencia de la construcción del alma; y, salvo por el hecho de mantener evidentes analogías con el arte práctico del masón operativo, en lo sucesivo la Masonería se dedicó a propósitos que son de naturaleza plenamente espiritual, religiosa y filosófica.

Quizá la evidencia principal de la transformación así efectuada sea la incorporación de la leyenda central y tradicional historia comprendida en nuestro Tercer

Grado. Obviamente esa leyenda no puede tener relación, ni reflejo, con la actividad de los constructores operativos. Reflexionad sobre el hecho de que ningún edificio de piedra, ningún templo u otro edificio capaz de ser construido con las manos, ha quedado inconcluso por la muerte de ningún arquitecto profesional, que es lo que se supone que era Hiram Abiff. Los principios de la arquitectura, los genuinos secretos del negocio de la construcción, no están y nunca han estado perdidos; son especialmente bien conocidos, y resulta un absurdo evidente suponer que albañiles de cualquier clase están esperando el momento o las circunstancias para restaurar cualquier conocimiento perdido referente a cómo los edificios mundanos deberían ser levantados. Sabemos cómo erigir edificios hoy en día tan bien como nuestros predecesores hebreos cuando

construyeron el Templo de Jerusalén, y desde luego un arquitecto de renombre ha dejado claro que la mayoría de nuestras iglesias de Londres son, tanto en dimensiones como en ornamentación, mucho más grandes y espléndidas que lo que nunca fue ese templo. Nuestro deber es, pues, buscar tras la historia literal, rasgar el velo de alegoría contenido en la gran leyenda y asimilar el significado de su verdadero propósito. Lo que se ha perdido será encontrado, según se nos enseña, en el Centro. Pero si preguntamos qué es el centro, el masón medio no nos dará más que la respuesta oficial, enigmática y no muy luminosa de que es un punto dentro de un círculo del que cualquier parte de la circunferencia es equidistante. Pero ¿qué círculo?, y ¿qué circunferencia? Pues no hay cosas tales como centro o círculos en los edificios ordinarios de arquitectura. Y

aquí el masón medio se haya completamente perdido e incapaz de dar una explicación. Presiónale un poco más: ¿Por qué en el Centro?, y de nuevo dará únicamente la vaga y sorprendente respuesta “Porque ese es el punto en que el Maestro Masón no puede errar”, con lo que no te aclarará nada.

Hermanos, es precisamente esta vaguedad, estos enigmas intencionados, este lenguaje oscuro, el que debe ponernos en el rastro de algo más profundo de lo que las palabras mismas implican, y si fracasamos al buscar la intención de lo que está velado tras la letra de los rituales, poco podremos pretender comprender nuestra propia doctrina; apenas podremos decir que hemos sido regularmente iniciados, pasados y elevados en el sentido pleno de esas expresiones, sin importar las ceremonias por las hayamos pasado formalmen-

te. “La letra mata, el espíritu da vida”. Preguntémonos cuál es el espíritu de este lenguaje enigmático.

El método de todas las grandes religiones y sistemas iniciáticos ha sido enseñar su doctrina bajo la forma de mito, leyenda o alegoría. Como afirma nuestra primera lectura del Tablero de Trazos, los filósofos, reacios a mostrar sus misterios a ojos vulgares, escondieron creencias y principios filosóficos bajo figuras jeroglíficas. Sin embargo, las mentes literalistas nunca verán más allá de la letra de la alegoría. El verdadero iniciado discierne el valor espiritual de la alegoría. De hecho, parte del propósito de toda iniciación era, y todavía es, educar la mente para penetrar la concha exterior de toda enseñanza, y el valor de la iniciación depende de la manera en que las verdades internas fluyen hacia nuestro pensamiento y nuestras vidas y de

cómo despiertan en nosotros potencias de la conciencia hasta ahora dormidas.

La leyenda del Tercer Grado, sobre la que reposa la esencia de la doctrina masónica, fue introducida en nuestro sistema por unas mentes avanzadas cuyo conocimiento obtuvieron en otras fuentes. La leyenda es una adaptación de otra muy antigua que ha adoptado varias formas antes de su asociación con la moderna masonería. Bajo la apariencia de un relato sobre la construcción de un Templo por parte del Rey Salomón en Jerusalén, se promulgó la verdad antes mencionada y que se conoce generalmente como la Caída del Hombre. Tal y como nuestra leyenda muestra en su parte literal, era el propósito de un gran rey erigir una soberbia estructura. Fue asistido en esa tarea por otro rey que proporcionó los materiales de construcción, por un habilidoso arquitecto

cuya misión era dirigir la obra en base a un plano determinado, y por grandes compañías de albañiles y obreros. Pero en el curso del trabajo se gestó una malvada conspiración que resultó en la muerte del arquitecto jefe e impidió la culminación del edificio, que desde entonces, y hasta nuestros días, permanece inconcluso.

Ahora os pediré que observéis que esta leyenda no puede referirse a ningún edificio histórico construido en la vieja metrópolis de Palestina. Si tomamos como referencia la Biblia encontraremos que el Templo fue completado; fue posteriormente destruido, reconstruido y destruido de nuevo en más de una ocasión. Más aún, los textos bíblicos no hacen referencia de tipo alguno ni a la conspiración ni a la muerte de Hiram. Por otra parte se afirma que Hiram *terminó el edificio* del Templo; que fue terminado y completado en todos

sus aspectos. Es evidente que debemos mantener los dos elementos totalmente separados en nuestras mentes, y reconocer que la historia masónica trata con una realidad bastante distinta de la historia bíblica. Entonces, ¿a qué templo se refiere? Al templo, hermanos, que todavía está incompleto e inacabado, y que no es uno que se pueda construir con las manos. Es el templo del cuerpo colectivo de la misma Humanidad, del que el gran iniciado San Pablo dijo “¿Acaso no sabes que eres el Templo de Dios?”. Una humanidad perfecta era el gran Templo que, siguiendo la voluntad del Altísimo, debía levantarse en la mística Ciudad Santa, representada por Jerusalén. Los tres grandes maestros constructores, Salomón y los dos Hiram, constituyen una tríada a la manera de la Santísima Trinidad de la religión cristiana, siendo Hiram Abiff el arquitecto jefe,

aquel “por quien todas las cosas fueron hechas” y “en quien — como dijo San Pablo, empleando lenguaje masónico — todo edificio bien acoplado va creciendo para ser un templo santo en el Señor”. El material de este templo místico eran las almas de los hombres, que eran al mismo tiempo piedras vivas, así como obreros y colaboradores con el divino propósito.

Pero durante el curso de la construcción de este templo ideal, algo sucedió que arruinó la obra y postergó su finalización indefinidamente. Esto fue la Caída del Hombre, la conspiración de los obreros. Si observamos el libro del Génesis, observaremos que el mismo acontecimiento está relatado en la alegoría de Adán y Eva. Habían sido creados para la perfección y la felicidad, pero el proyecto de su Creador fue anulado por su desobediencia hacia ciertas condiciones que les habían

sido impuestas. Os pediré que observéis que su ofensa fue precisamente la misma que la llevada a cabo por nuestros conspiradores masónicos. Se les había prohibido comer del *Árbol del Conocimiento*; o, expresado en lenguaje masónico, estaban obligados a *no intentar obtener indebidamente los secretos de un grado superior* que no hubiesen alcanzado. La palabra hebrea Hiram significa Gurú, maestro del Supremo Conocimiento, Luz Divina y Sabiduría, y de la libertad que viene con ella. Pero este conocimiento es únicamente para el hombre perfeccionado. Ese es el conocimiento del que Hiram dijo que era poseído *por no más de tres en el Mundo*, es decir, conocido únicamente en el designio de la Trinidad Divina; pero es un conocimiento que, con paciencia y perseverancia, todo masón, todo hijo del Creador, “puede a su debido tiempo ser digno de

participar en él". Pero igual que el intento de Adán y Eva de obtener ilícitamente el Conocimiento ocasionó su expulsión del Edén y la derrota de la voluntad divina hasta que ellos y su descendencia retornasen al Paraíso que habían perdido, así la finalización del gran Templo Místico ha sido impedida de momento por el intento de los conspiradores de arrebatarse a Hiram los secretos del Maestro, y su construcción ha sido retrasada hasta que el tiempo y las circunstancias — el tiempo fijado por Dios, y las circunstancias creadas por nosotros mismos — nos devuelvan los genuinos secretos de nuestra naturaleza y nos reintegren en el propósito divino.

La tragedia de Hiram Abiff, pues, no es la narración del asesinato brutal de un individuo en concreto. Es la parábola de una pérdida cósmica y universal, una alegoría de la ruptura del esquema divino. No tie-

ne que ver con una calamidad acontecida durante el levantamiento de un edificio en una ciudad oriental, sino con un desastre moral que afecta a la Humanidad. Hiram ha sido asesinado; en otras palabras, el don de la sabiduría iluminada nos ha sido arrebatado. Debido a ese desastre la humanidad está hoy en día en este mundo de conocimiento imperfecto, de facultades limitadas, de felicidad empañada, de perpetuo trabajo, de muerte y frecuente amargura y dolor. Nuestra vida en este mundo es, empleando las palabras de un poeta:

Una batalla de perpetuo pesar en la niebla

La muerte presente en toda vida
y yaciendo en todo amor

Los más perversos ostentando el poder
sobre los más meritorios

Y el alto propósito roto por el remordimiento

*An ever-moaning battle in the mist,
Death in all life and lying in all love;
The meanest having power upon the highest,
And the high purpose broken by the worm.*

El templo de la naturaleza humana está inconcluso y nosotros desconocemos cómo finalizarlo. Las muestras de planes y designios para regular los desórdenes de la vida individual y social nos indican que una muy pesada calamidad se ha cernido sobre nosotros como raza. La ausencia de un principio rector claro en la vida del Mundo nos recuerda la absoluta confusión en la que la ausencia de esa Suprema Sabiduría, personificada en Hiram Abiff, nos ha arrojado a todos; y provoca que toda mente reflexiva atribuya a alguna catástrofe fatal su misteriosa desaparición. Todos ansiamos esa luz y sabiduría que nos es

perdida. Como los obreros que buscaban el cuerpo, partimos en diferentes direcciones a buscar lo que está perdido. Muchos de nosotros no realizan ningún descubrimiento de importancia a lo largo de nuestra vida. Buscamos lo perdido en el placer, en el trabajo, en todas las distintas ocupaciones y diversiones de nuestras vidas; indagamos en la búsqueda intelectual, en la religión, en la Masonería, y aquellos que buscan más lejos y más profundamente resultan ser los más conscientes de la pérdida y se ven obligados a exclamar *Machabon Macbenah!* (el Maestro ha sido golpeado) o, como lo formulan las Escrituras Cristianas, *Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han llevado.*

Hiram Abiff ha sido asesinado. La alta luz y sabiduría encargada de guiar e iluminar a la humanidad nos falta. La llama de luz y perfecto conocimiento que estaba

destinada a ser nuestra se ha desvanecido de la raza, pero en la Divina Providencia todavía permanece una luz alumbrando en el Este. En un mundo oscuro, como si el Sol hubiese desaparecido, todavía conservamos nuestros sentidos y nuestras facultades racionales para trabajar con ellos, y estas nos han proporcionado los secretos sustitutivos que nos iluminarán hasta que recuperemos los secretos genuinos.

¿Dónde está Hiram enterrado? Se nos enseña que la sabiduría del Altísimo, personificada en el Rey Salomón, ordenó que fuese enterrado en un sepulcro fuera de la Ciudad Santa, "en una sepultura que se separa del centro tres pies entre Norte y Sur, tres pies entre Este y Oeste, y que alza cinco pies en perpendicular". ¿Dónde, hermanos, creéis que se halla esa tumba? ¿Podéis localizarla siguiendo esos minuciosos detalles de ubicación? Probable-

mente nunca habéis considerado el hecho de una forma distinta a una sepultura ordinaria fuera de los muros de la Jerusalén geográfica. Sin embargo, la tumba de Hiram se halla en nosotros mismos. Cada uno de nosotros es el sepulcro en el que el Maestro asesinado yace enterrado. El hecho de que no lo sepamos es un signo de la oscuridad en que nos hallamos. En el centro de nosotros mismos, más profundamente de lo que ningún cuchillo puede diseccionar ni ninguna exploración física alcanzar, yace enterrado el “principio vital e inmortal”, el “rayo luminoso” que nos une al Centro Divino de toda vida y que nunca se extingue, por muy malvada o imperfecta que sea nuestra vida. Nosotros somos la tumba del Maestro. La luz guía perdida está enterrada en el centro de nosotros mismos. En todo lo alto que vuestra mano puede alcanzar hacia arriba o hacia

abajo desde el centro de vuestro propio cuerpo (es decir, tres pies entre Norte y Sur), y en todo lo lejos que puede alcanzar, a la derecha o a la izquierda, desde el centro de vuestra persona, es decir, tres pies entre Este y Oeste, y cinco pies o más de altura, es decir, la altura del cuerpo humano— estas son las indicaciones por las que nuestro críptico ritual describe la tumba de Hiram Abiff en el centro de nosotros mismos. Está enterrado *fuera de la Ciudad Santa*, en el mismo sentido que la descendencia de Adán ha sido ubicada fuera de los muros del Paraíso, pues *nada impuro puede penetrar en el lugar sagrado*, que en otra parte de nuestras Escrituras es denominado Reino de los Cielos.

¿Qué es entonces este “Centro”, el cual reviviéndolo y empleándolo nos permite esperar la recuperación de los secretos de nuestra naturaleza? Podemos razonar a

partir de analogías. Al igual que la Divina Vida y Voluntad es el centro de todo el Universo y lo controla; al igual que el Sol es el centro y dador de vida de nuestro sistema solar y controla y alimenta de vida a los planetas que orbitan a su alrededor, así en el centro secreto del ser humano existe un principio vital e inmortal, el espíritu y la voluntad espiritual del hombre. Esta es la facultad que, una vez encontrada, y si la empleamos, nos impide errar. Es un punto dentro del círculo de nuestra propia naturaleza y, viviendo como sucede en este mundo físico, el círculo de nuestra existencia está limitado por dos grandes líneas paralelas, “una representando a Moisés, y la otra al Rey Salomón”, o lo que es lo mismo, la Ley y la Sabiduría, las divinas ordenanzas que regulan el Universo en una mano, y en la otra la divina “Sabiduría y Piedad que nos sigue todos los días de

nuestra vida". Realmente el Masón que se mantiene dentro de estos límites que le circunscriben no puede errar.

La Masonería, pues, es un sistema de filosofía religiosa por el que se nos provee de una doctrina acerca del Universo y sobre nuestro lugar en él. Indica de dónde venimos y a dónde volvemos. Tiene dos propósitos. Su primer propósito es mostrar que el hombre ha caído lejos de un sublime y santo centro a la circunferencia o condición externa en la que ahora nos hallamos; para indicar que aquellos que así lo deseen pueden retornar al centro, explica que el centro puede encontrarse en nosotros mismos, pues, dado que la Deidad es como un círculo cuyo centro se haya en todas partes, se deduce que un centro divino, un principio vital e inmortal, existe en nuestro interior, que de ser desarrollado podemos esperar que nos

haga recuperar nuestro estado perdido original. El segundo propósito de la Masonería es establecer la manera por la que ese centro puede ser hallado dentro de nosotros mismos, y esta enseñanza está plasmada en la disciplina y pruebas establecidas en los tres grados. La doctrina masónica del Centro — o, en otras palabras, el axioma cristiano de que *el reino de los Cielos está en tu interior*— ha sido deliciosamente reflejada por el poeta Browning:

La Verdad está en nosotros mismos.

No surge de las cosas de fuera, creas lo que creas.

Hay un centro íntimo en nosotros mismos

Donde la Verdad habita en plenitud

Y saber

Consiste en encontrar una manera

De que el esplendor encarcelado pueda aflo-
rar

Más que dejar entrar una luz

Que se cree que nos falta

*Truth is within ourselves. It takes no rise
From outward things, whate'er you may be-
lieve.*

*There is an inmost centre in ourselves
Where truth abides in fullness; and to know
Rather consists in finding out a way
Whence the imprisoned splendour may es-
cape
Than by effecting entrance for a light
Supposed to be without.*

Hermanos, lleguemos al conocimiento de cómo “abrir la Logia en el centro” de nosotros mismos y así consigamos encontrar en nuestra propia conciencia el “esplendor encarcelado” escondido en las profundidades de nuestro ser, cuyo despertar en nosotros mismos nos traerá paz y salvación. ¿Qué procedimiento prescribe la Masonería para la liberación de este centro encarcelado? Sus primeras prescripciones

son las de nuestro primer grado. Debe haber pureza de pensamiento y propósito. No necesito recordaros que la palabra *candidato* deriva del latín *candidus*, blanco (en el sentido de pureza), o que nuestros postulantes dejan antes de entrar en la logia, en una saca, los ornamentos que pertenecen a las modas del mundo exterior, cuyos ideales están deseosos de abandonar, y entran a la logia vestidos de blanco como emblema de la inocencia de pensamiento y la purificación de sus vidas. Esta vestimenta blanca es llevada durante cada uno de los tres grados, y con ello se simboliza que el buscador de la suprema luz del Centro debe llegar siempre pronunciando la triple adscripción “Santo, Santo, Santo”, como muestra de la triple pureza de cuerpo, alma y espíritu, que es esencial para el éxito de la búsqueda. El candidato ha dejado todo el dinero y los

metales tras él, ya que las cosas aparentemente importantes de este mundo son superfluas en el Mundo de su interior; pues si permanece en él cualquier impureza o pensamiento de imperfecciones, resultará imposible para él alcanzar la conciencia de su más elevado ser, y deberá aprender que debe renunciar a esas impurezas y comenzar de nuevo, y que su intento de una iniciación real debe ser repetido.

El masón debe estar animado por un espíritu de fraternidad universal. Los donativos y la ayuda a los pobres y afligidos son prácticas admirables, pero con ello no se agota el significado de la palabra "caridad" como lo entiende la Masonería. El pago de unas pocas guineas a instituciones filantrópicas es a duras penas un cumplimiento de la gran definición hecha por San Pablo y leída tan a menudo en las

logias: que un masón *alcanza la cima de su profesión*. Existe un sentido de hermandad que es mucho más amplio que el convencional entre aquellos que son miembros de una asociación común. Hay ese profundo sentido en el que un hombre se siente, no solo en fraternidad con sus semejantes, ya sean masones o no, sino que se da cuenta de que es hermano de todo lo que existe, que es parte de una vida universal que corre a través de todas las cosas. Un gran iluminado, San Francisco de Asís, expresó aquello a lo que me refiero cuando escribió su famoso cántico de sus hermanos el sol y el viento, y sus hermanas la luna y la mar, como siendo todos parte de una vida común, todos constituyentes del plan del Gran Arquitecto para la restauración del Templo de la Creación y la consagración a Su servicio, y todos dignos de amor por nuestra parte.

Y una vez comentadas estas primeras cuestiones procederemos a analizar el contenido de nuestro Segundo Grado, donde se inculca el análisis y cultivo de las facultades mentales y racionales; el estudio de los secretos de la maravillosa y compleja naturaleza física del hombre; la relación de estos con su aún más elevada parte espiritual, que, a cambio de lo cual puede aprender a trazarlos “incluso hasta el trono de Dios Mismo” en que se hallan las raíces de su ser. Estos estudios, hermanos, tan ligeramente esbozados en nuestra ceremonia de pase y tan convincentemente recitados en nuestro ritual, cuando se afrontan con la seriedad que se les concedía en los antiguos sistemas místéricos, se describen en nuestras propias palabras, no sin razón, como “serios, solemnes y terribles”. Las profundidades de la naturaleza humana y el conocimiento propio, y los

misterios escondidos en el alma del hombre, como los verdaderamente iniciados bien saben, no pueden ser explorados sin sacrificio ni pérdida. El hombre que así actúa tiene, de forma figurada, una soga alrededor de su cuello; pues una vez estimulado por el deseo de genuino conocimiento que la verdadera iniciación confiere, nunca puede volver a ser el mismo hombre que era antes de contemplar los misterios escondidos de la vida. Y de la misma manera que el Ángel aguardó con una espada flamígera a la entrada del Edén para guardar el camino al Árbol de la Vida, así el hombre cuya iniciación no es únicamente formal se encontrará amenazado, a la puerta de un conocimiento más elevado, por fuerzas invisibles que se le opondrán si ásperamente se precipita en un estado moral inapropiado para los profundo secretos del Centro. Mejor perma-

necer ignorante que embarcarse en un mar desconocido de forma poco sabia, sin estar adecuadamente preparado y en posesión de las adecuadas palabras de paso.

Y finalmente el aspirante, tras esta disciplina preliminar, debe aprender la gran verdad contenida en el Tercer Grado: que aquel que va a ser elevado a la perfección y que recuperará lo que sabe que hace tiempo perdió, solo puede realizarlo por medio de una completa abnegación personal, muriendo a todo aquello que a los ojos y la razón del mundo profano resulta precioso y deseable. El Tercer Grado, hermanos, es una exposición ceremonialmente dramatizada del texto “El que quiera salvar su vida debe perderla”. Bajo esta alegoría de la muerte del Maestro — y recordemos que es una alegoría — se expresa la verdad universal de que la muerte mística debe preceder al renacimiento

místico. “¿No sabes que debes nacer de nuevo? En verdad os digo que si el grano de trigo no cae a la tierra y muere, queda solo; más si muriese dará mucho fruto”. Y únicamente así puede el Maestro Masón ser elevado de una muerte figurativa (no física) a un estado regenerado y a la plena dimensión de la naturaleza humana.

El sendero de verdadera iniciación a la plenitud de la vida por medio de una muerte figurada de la naturaleza más baja del individuo es el sendero denominado en las escrituras *la vía estrecha*, de la que también se dice que son pocos los que la encuentran. Es el estrecho sendero que discurre entre las Columnas, pues Jakin y Boaz se hallan silenciosamente a la entrada de cada templo masónico y entre ellas debemos pasar cada vez que entramos en él. Se da mucho protagonismo a estas columnas en el ritual, pero no se da explica-

ción de su significado, y es deseable conocer algo de su gran simbolismo. Explicarlo en su totalidad requeriría una lectura íntegra dedicada a este tema, e incluso siendo así es mucho lo que permanecería sin ser dicho en lo referente a estos grandes símbolos, por no ser apropiado revelarlo en una lectura general.

Los pilares forman, y siempre han formado, un importante aditamento en los templos de todos los grandes sistemas religiosos e iniciáticos, ya sean masónicos o no. Han sido incorporados a la arquitectura cristiana. Si recordáis la construcción de la Catedral de York o de la Abadía de Westminster, reconoceréis los pilares de las dos grandes torres flanqueando la entrada principal a esas catedrales en el extremo oeste de la estructura. Es decir, los profanos entran a estos templos como lo hacemos nosotros, entre columnas en el

Oeste, y miran a través de ellas a lo largo del largo pasillo que conduce hacia el Presbiterio, igual que el pasillo de la logia es del Oeste hasta el Sancta Sanctorum en el Este. Este sendero es, figuradamente, el recto sendero de la vida, comenzando en este mundo exterior y finalizando en el trono o altar, en el Este. Muchos siglos antes de que nuestra Biblia fuese escrita o el Templo de Salomón descrito en el Libro de los Reyes y las Crónicas fuese incluso concebido, las dos columnas eran empleadas en los grandes templos de los Misterios en Egipto, y una de las grandes festividades públicas anuales era el Levantamiento de los Pilares. Así pues, ¿qué significaban? Solo puedo tratar el tema superficialmente en esta lectura. En una de sus acepciones representan lo que es conocido en las filosofías orientales como “parejas de opuestos”. Todo en la Naturaleza es

dual y puede conocerse en contraste con su opuesto, al tiempo que la combinación de ambos produce metafísicamente un tercero que es su síntesis y perfecto equilibrio. De esta forma tenemos el Bien y el Mal, la Luz y la Oscuridad (y uno de los pilares era siempre blanco y el otro negro), lo activo y lo pasivo, lo positivo y lo negativo, el sí y el no, el exterior y el interior, el hombre y la mujer. Ninguno de estos elementos está completo sin el otro, y juntos resultan estables. La mañana y la noche se unen para formar el día completo. El hombre es proverbialmente imperfecto sin su “mejor mitad”, la mujer; ambos se casan para darse fuerza mutuamente y para establecer su casa común. La física nos muestra que la materia se compone de fuerzas positivas y negativas en perfecto equilibrio, y que las cosas se desintegrarían y desaparecerían si esas fuerzas no re-

sultasen firmes y en perfecta unión. Cada gota de la saludable sangre de nuestro cuerpo es una combinación de corpúsculos rojos y blancos, cuyo debido balance nos determina la fuerza y la salud, mientras que el desequilibrio tiene como resultado la enfermedad. Por lo tanto, los pilares tipifican, en una de sus interpretaciones, la perfecta integridad de cuerpo y alma tal y como se requiere para alcanzar la perfección espiritual. Según la antigua filosofía, todas las cosas creadas se componían de agua y fuego, siendo el fuego el elemento espiritual y el agua el elemento material, y también las columnas representaban esas propiedades universales. En un libro de las escrituras apócrifas (2 Esdras 7, 7-8), la senda a la verdadera sabiduría y vida es mostrada como una entrada entre un fuego a mano derecha y aguas profundas a la izquierda, y la senda es tan

estrecha y penosa que únicamente un hombre puede penetrar a la vez. Esto es una alusión al estrecho y doloroso camino de la verdadera iniciación, del cual nuestra entrada a la logia entre las columnas es un símbolo.

Todos los grandes símbolos se reflejan en la personalidad misma del hombre. El organismo humano es la verdadera logia que debe ser abierta y en la que deben encontrarse los grandes Misterios, y nuestro templo está construido y decorado conforme al organismo humano. Nuestra parte más baja y animal es mundana, y descansa, como la base de la Escalera de Jacob, sobre la Tierra; mientras que nuestra parte más elevada es espiritual y alcanza los cielos. Estas dos partes nuestras se encuentran en perpetuo conflicto, de forma que lo carnal y lo espiritual siempre batallan entre sí, y el hombre sabio es aquel

que ha aprendido a equilibrar perfectamente ambas y ha alcanzado la fortaleza interior que le permite resistir firme contra toda tentación y debilidad. Y una vez que se ha comprendido esta sencilla verdad, y habiendo contemplado el sendero de la verdadera iniciación, que es un sendero de renacimiento espiritual, supone inevitablemente un arduo y doloroso progreso para aquel que lo afronta. Permitidme pedirlos que consideréis en toda su sacralidad otro fenómeno físico, en el cual reparamos poco debido a su frecuencia y a nuestra familiaridad con él. Me refiero al acontecimiento —al Gran Misterio, debería decir— del nacimiento de un niño. Hermanos, cada niño que nace a este mundo y llega a este gran templo de iniciación, prueba y disciplina, atraviesa, entre el pesar y el trabajo, a través de un proceloso y angosto camino, las dos co-

lumnas que suponen el cuerpo de su madre. Y así en las situaciones ordinarias de la vida, en las que para aquellos que son limpios de corazón no hay nada vulgar y sucio sino que es todo sagrado y simbólico, el acto del nacimiento físico es una imagen y un trasunto, en un sentido más profundo, del renacimiento místico y del paso a través de una puerta angosta y un difícil pasaje, sin el cual, está escrito, el hombre no entrará en el Reino de los Cielos. El hombre regenerado, el hombre que no solamente de forma ceremonial, sino también como una experiencia vital, ha atravesado las fases de las que los grados masónicos no son sino un pálido reflejo, es el único merecedor del título de Maestro Masón en la construcción del Templo que no se realiza con las manos, sino que está siendo construido de forma invisible con

las almas de los hombres justos que han alcanzado la perfección.

Este Templo no se construye únicamente en este mundo; tan solo los cimientos de la estructura son perceptibles aquí. La Masonería contempla otros planos más elevados de vida, otros niveles por encima de la vasta estructura en que vivimos y trabajamos. De la misma manera que nuestra organización tiene sus altas asambleas y consejos bajo la forma de Grandes Logias Provinciales o Nacionales que regulan y administran las necesidades de las logias y talleres, así en el poderoso sistema de la obra universal hay grados de vida más alta, jerarquías de seres celestiales que trabajan y procuran para las partes más humildes del edificio sin que seamos conscientes de ello. E igual que en la cabeza de nuestra hermandad limitada y temporal gobierna un Gran Maestro, así tam-

bién sobre el sistema cósmico preside el Gran Arquitecto y Muy Venerable Gran Maestro de todos, cuyos oficiales son los santos ángeles; y el reconocimiento de esta verdad se consagra en el ritual que minuciosamente realizamos, y que no es sino una imagen del Gran Sistema.

El mundo entero, hermanos, es como si fuese una gran Logia y lugar de iniciación, y nuestras logias masónicas solo son pequeños espejos. La Madre Tierra es también la Logia Madre de todos nosotros. Conforme su vasta tarea se desarrolla, las almas descienden a ella, y son llamadas a abandonarla a los toques de un gran e invisible Guardián de la vida y la muerte, que también las llama al trabajo y las reúne igualmente para el descanso. Tras la tenida tiene lugar el ágape festivo; tras el trabajo en este mundo, el alimento y solaz de las moradas celestiales. Y por ello,

aunque nuestro proceder fuera de la tenida no ocupa lugar formal en el sistema masónico, no más que la vida después de la vida está en conexión formal con nosotros mientras nos hayamos en nuestra esfera de actividad y en este mundo presente, todavía juega una parte precisa y apropiada para despertarnos al profundo significado de nuestra convivencia acostumbrada. En tales ocasiones se nos insta a brindar “por el Rey y la Orden”, recordándonos que somos leales súbditos de nuestro soberano terrenal y amantes fraternales de nuestros hermanos masones en todo el mundo. Pero yo rogaría de nuevo aquí a todo Maestro y a cada hermano que celebra este brindis, que eleve sus pensamientos a un Rey aún mayor y a una hermandad aún mayor que nuestra limitada Orden. Os recordaría cómo en los Misterios Cristianos había otro Maestro al que

imitamos inconscientemente, que también levantó la copa tras la cena y, una vez que hubo dado gracias al Rey de Reyes, se consagró a esa hermandad mayor que la nuestra que es la Humanidad misma, guiándonos de esta manera para mostrar simbólicamente un cierto gran Misterio hasta su parusía. Pero esto, hermanos, no es otra cosa que lo que está implícito en nuestros propios rituales masónicos, que emplean ciertos secretos sustitutivos hasta que llegue el tiempo y las circunstancias en que se restauren los Secretos Genuinos.

Al haceros partícipes de estos pensamientos, puede decirse que la Masonería ofrece a aquellos capaces de apreciarlo una filosofía de trabajo y una regla de vida práctica. Nos desvela el funcionamiento del Universo, un funcionamiento que fue una vez destrozado y detenido, pero cuya restauración queda en manos humanas.

La Masonería especifica nuestro lugar, nuestro propósito y nuestro destino en este universo. Es como una gran casa de instrucción e iniciación a los Misterios de una vida más amplia y plena de lo que el mundo oscurecido es capaz de intuir. Por ello, valorémosla e intentemos apreciar plenamente sus misterios. Cuidémonos también de no rebajarla, ya sea por no ser conscientes de su significado o por admitir en las logias a aquellos que no son aptos o no están listos para comprender su envergadura. Dije al comienzo de esta lectura que algunos masones comienzan a despertar a una conciencia más elevada del verdadero significado y propósito de la Orden. ¡Hermanos, ahora, al final, os digo: elevad vuestros corazones, dejad bien abiertas las puertas de vuestras mentes y de la imaginación! Aprendamos a ver en la Masonería algo más que un sistema pa-

roquial que aúna moralidad elemental, representación mecánica del ritual y ritos vacíos, al tiempo que constituye un agradable accesorio para la vida social. Pero cuidado de encontrar en ella una filosofía viva, una guía para aquellos asuntos que, muy por encima de los demás, resultan los más sagrados y los más urgentes para nuestra verdadera paz y felicidad. Sed conscientes de que sus secretos, que son “muchos e incalculables”, no se hallan en la superficie; que no son los de la lengua, sino los del corazón; y que sus misterios son eternos y tratan del espíritu del hombre más que del cuerpo. Y revestiros de este conocimiento al penetrar en la logia, pero no solo el templo de nuestra Masonería simbólica, sino la logia, mucho mayor, de la vida, donde de forma silenciosa y sin el sonido de las herramientas de hierro se lleva a cabo el perpetuo trabajo de recons-

truir el templo inconcluso e invisible del que las almas de los hombres somos piedra y madera. En esa reconstrucción toman parte, aunque formalmente no constituyan parte de la membresía, hombres y mujeres que son masones inconscientemente, en el mejor de los sentidos. Pues cualquiera que trabaja su piedra cuidadosa y deliberadamente se está preparando para ocupar su lugar en la *estructura planeada* que gradualmente está siendo *ensamblada con hermosa precisión*, y que aunque está siendo construida con nuestras propias manos, un día se nos manifestará a nuestra visión preclara como un trabajo más propio del Gran Arquitecto del Universo que de las manos humanas. Y por lo tanto, puesto que la Orden cuenta con la ventaja de un sistema regular y organizado, que nos proporciona e inculca un esquema de las grandes verdades que

hemos considerado y que el mundo siempre ha considerado tan secretas como sagradas y vitales, depende de nosotros los masones penetrar en la completa herencia, comprensión y práctica del sistema a que pertenecemos.

Capítulo III

SOBRE EL SIMBOLISMO MASÓNICO

No hay más oscuridad que la ignorancia.

SHAKESPEARE

*Ilumina nuestra oscuridad, Te rogamos, Oh Señor, y
protégenos de las asechanzas y peligros de la noche.*

LITURGIA ANGLICANA

*Amado Padre de Todo, y todos vosotros, dioses que
habitáis este lugar, concededme ser hermoso por
dentro, y que todo mi exterior sea uno con el inter-
ior.*

*Considere yo rico únicamente al hombre sabio, y
que todas mis riquezas no tengan otro valor que el
bien que sea capaz de proporcionar. ¿Acaso necesito
algo más? ¡Esa oración, creo, es suficiente para mí!*

ORACIÓN DE SÓCRATES

En la lectura del tablero de trazo de primer grado se dice que la Masonería *es un arte fundado en los principios de la Geometría*, y también que *es una ciencia relacionada con la cultura y mejora de la mente humana*. En esa lectura se dice asimismo que sus usos y costumbres derivan *de los antiguos egipcios, cuyos filósofos, reticentes a exponer sus misterios a los ojos del vulgo, ocultaron sus principios y filosofía bajo la forma de signos y símbolos*, que todavía se perpetúan en la Orden Masónica. En los capítulos anteriores se ha esbozado algo sobre estos signos y símbolos, así como el propósito del sistema masónico en su conjunto. En este se intentará abordarlos con mayor detalle.

Las Lecturas de instrucción asociadas a cada grado de la Masonería intentan ex-

poner la doctrina del sistema, así como interpretar los símbolos y rituales. Pero estas lecturas necesitan una interpretación no menor en sí mismas. De hecho, resultan sumamente astutas y encubiertas en su artificiosa elaboración. Sus compiladores se desenvolvieron entre la doble tarea de mostrar una fiel, si bien parcial, expresión de la doctrina esotérica, y al mismo tiempo enmascararla de forma que su sentido completo no pudiese ser comprendido sin algún esfuerzo o iluminación, y tuviese poco o ningún significado para aquellos indignos o inmaduros para la *gnosis* o enseñanza de la Sabiduría. Llevaron a cabo esa tarea con tal éxito que provoca admiración en aquellos que pueden apreciarlo por su profunda maestría y percepción de la ciencia del conocimiento propio y la regeneración. Eran, obviamente, iniciados de un nivel avanzado, bien versados en la

tradición secreta y en la filosofía de los sistemas místéricos del pasado, y sutiles en la percepción del sentido más profundo y místico de las Sagradas Escrituras a las que constantemente hacen brillante referencia.

Tratar estas lecturas explicatorias en todo detalle supondría una ardua tarea. No obstante, procederemos a hablar de algunos de los más prominentes elementos de los que tratan para así elaborar más lo ya citado en anteriores capítulos.

En primer lugar, debe prestarse atención al término *Geometría*, el arte sobre el que se construye todo el sistema. Para el hombre ordinario la geometría no significa nada más que la rama de las Matemáticas asociada con los problemas euclídeos, una materia que obviamente no guarda relación con los ceremoniales e ideales masó-

nicos. Por lo tanto, debe buscarse otra explicación del término.

Ahora bien, la geometría era una de las “siete nobles artes y ciencias” de la Filosofía antigua. Significa literalmente la ciencia de la medida de la tierra. Pero la “tierra” de los antiguos no se refería, como en sucede en nuestro contexto, a este planeta. Se refería a la sustancia primordial, o materia-alma indiferenciada a partir de la cual los seres humanos hemos sido creados, la Madre Tierra de la que todos surgimos y a la que debemos indudablemente retornar. El hombre fue creado, nos enseñan las Escrituras, del polvo de la tierra, y es esa tierra o sustancia fundamental de nuestro ser la que es preciso “medir”, en el sentido de investigar y comprender su naturaleza y propiedades. Ningún constructor competente erige una estructura sin primero tener cumplido conocimiento

de la naturaleza de los materiales con los que se propone construir, y en el arte especulativo, espiritual y “real” de la Masonería ningún obrero puede construir apropiadamente el templo de su propia alma sin primero comprender la naturaleza del material bruto sobre el que ha de trabajar.

La Geometría, por lo tanto, es sinónimo de conocimiento de uno mismo y de la sustancia básica de nuestro ser, sus propiedades y potencialidades. Sobre los antiguos templos de iniciación figuraba escrita la frase “Conócete a ti mismo y conocerás el Universo y a Dios”, una frase que implica en primer lugar que el hombre no iniciado no tiene conocimiento de sí mismo, y en segundo lugar que cuando él alcance el conocimiento se dará cuenta de que ya no es el individuo independiente que ahora cree ser, sino que será un mi-

crocosmos reflejo de todo lo que es y que se identificará con el Ser de Dios. La Masonería es la ciencia del logro de ese conocimiento supremo y es, por lo tanto, correcto afirmar que está basada en los principios de la Geometría tal y como ha sido antes explicado.

Pero no demos lugar al error de suponer que la materia física de la que se componen nuestros cuerpos mortales es la *tierra* a la que nos referimos. El cuerpo no es sino una masa corruptible y efímera que únicamente forma una carcasa para la verdadera *tierra* imperecedera o sustancia de nuestras almas, y le permite entrar en relación sensible con el mundo físico. Esta distinción debe ser claramente comprendida y tenida en cuenta, pues la Masonería no trata tanto del cuerpo exterior y transitorio, como del interior eterno del ser humano, aunque el primero se halla

temporalmente implicado con el segundo. La inmortal alma del hombre es el templo en ruinas que es preciso reconstruir por medio de los principios de la ciencia espiritual. El cuerpo mortal, con sus pasiones desbocadas y sus afectos, se interpone en el camino del éxito, y resulta como los escombros que es preciso limpiar antes de plantar los nuevos cimientos y de levantar la nueva estructura. Pero incluso los escombros pueden mostrarse útiles para servir a nobles propósitos y pueden ser reutilizados para la nueva construcción, y de igual manera la naturaleza humana exterior y temporal puede ser sometida y empleada en la reconstrucción personal. Pero para efectuar esta reconstrucción el hombre debe conocer perfectamente el material sobre el que debe trabajar. Para este propósito debe estar familiarizado

con lo que se denomina *la forma de la Logia*.

La forma de la Logia

La forma de la Logia es descrita oficialmente como *rectangular, extendiéndose su longitud de Este a Oeste, su anchura de Norte a Sur, su profundidad de la superficie hasta el centro de la Tierra, y su altura tal que la de los cielos.*

Esto es interpretable como una alusión al individuo humano. El hombre mismo es una logia. E igual que la Logia Masónica es “una unión de hermanos que se encuentra para profundizar en los misterios de la Orden”, así el hombre es un compuesto hecho de distintas propiedades y facultades situadas conjuntamente en él con el propósito de alcanzar una armoniosa interacción y llevar adelante el propósito de la vida. Siempre debe ser tenido en cuenta que en la Masonería todo es repre-

sentativo del hombre, su condición humana, y su evolución espiritual. De igual manera, la Logia Masónica es una representación sacramental del masón individual cuando busca por primera vez ser admitido en el templo. La primera entrada de un hombre en la logia simboliza su primera entrada a la ciencia del autoconocimiento.

El organismo humano está simbolizado por un edificio de cuatro lados y cuatro esquinas. Esto está en concordancia con la antiquísima doctrina filosófica que establece que el cuatro es el símbolo aritmético de todo lo manifestado bajo forma física y corpórea. El Espíritu, que no es ni manifiesto ni físico, es representado por el número tres y el triángulo. Pero el Espíritu que se ha proyectado en forma corpórea y se reviste de una forma material es plasmado por el número cuatro, el cuadrado y

la escuadra. Por esto el nombre hebreo de la Deidad, tal y como era conocido en este mundo exterior, era el gran nombre impronunciado de cuatro letras o Tetragrámaton, igual que los puntos cardinales del espacio son también cuatro y toda cosa es un compuesto de fuego, agua, tierra y aire. La forma cuadrangular de la logia es, por lo tanto, un recordatorio de que el organismo humano se compone de estos cuatro elementos en equilibradas proporciones. El Agua representa la naturaleza psíquica; el Aire, el raciocinio; el Fuego, la voluntad y fuerza nerviosa; mientras la Tierra es la condensación en la que los otros tres se vuelven estables y contenidos.

Pero la forma es rectangular, o la de un cuadrado duplicado, porque el organismo humano no consiste únicamente en un cuerpo físico. El cuerpo físico tiene su re-

flejo o contrapartida etérea en el cuerpo astral, que es una extensión de su naturaleza física y se compone igualmente de los mismos cuatro elementos de una forma impalpable y más tenue. La forma rectangular de la Logia debe, pues, considerarse una referencia a las naturalezas física y etérea en constante conjunción, en la que nosotros consistimos.

Los cuatro lados de la logia tienen aún otra interpretación. El Este de la logia representa la espiritualidad humana, su modo más elevado y espiritual de conciencia, el cual está muy poco desarrollado en la mayoría de los hombres, si es que lo está, pero que se mantiene no obstante latente y dormido, y despierta a la actividad únicamente en momentos de tensión o profunda emoción. El Oeste (o polo opuesto al Este), representa su comprensión racional habitual, la conciencia que

emplea para sus asuntos diarios y temporales, su conciencia material o, como podríamos decir, su *sentido común*. En un punto medio entre Este y Oeste se encuentra el Sur, la casa del medio y lugar de encuentro de la intuición espiritual y el entendimiento racional, el punto que marca la inteligencia abstracta y donde nuestra potencia intelectual se desarrolla hasta su punto máximo, de la misma forma que el Sol alcanza su Mediodía en el Sur. La antípoda del Sur es el Norte, la esfera de la oscuridad y la ignorancia, que responde únicamente a los sentidos y a impresiones percibidas por nuestro modo de percepción inferior y menos fiable, nuestra naturaleza física y sensitiva.

De esta forma los cuatro lados de la logia señalan a los cuatro modos de conciencia, diferentes y progresivos, posibles para nosotros. La impresión sensitiva (Norte), la

razón (Oeste), la ideación intelectual (Sur) y la intuición espiritual (Este) son cuatro posibles caminos de conocimiento. De estos, el hombre mundano emplea solamente los dos, o quizá tres, primeros, de manera conforme a su desarrollo o conocimiento, y su perspectiva de la vida y conocimiento de la Verdad son consecuentemente restringidos e imperfectos. El conocimiento pleno y perfecto es posible únicamente cuando se ha despertado tanto un profundo sentido de introspección como la conciencia del principio espiritual del hombre, y estos se han sobreañadido al resto de sus facultades cognitivas. Esto es posible solo para el verdadero Maestro, que dispone de los cuatro métodos de conocimiento en perfecto equilibrio, ajustados como los cuatro lados de la Logia; y por ello el lugar del venerable Maestro y

de los Maestros Instalados es siempre el Este.

La *profundidad* de la Logia (“de la superficie de la Tierra hasta su centro”) se refiere a la distancia o diferencia de grado entre la conciencia superficial de nuestra mentalidad terrenal y el supremo y divino grado de conciencia que reside en el centro del hombre espiritual cuando ha llegado a ser capaz de abrir su logia sobre ese centro y funcionar en él y con él.

La altura de la Logia (“tal que la de los cielos”) implica que el rango de conciencia posible para nosotros, una vez desarrollada nuestras potencialidades plenamente, es infinito. El hombre que ha surgido de la tierra y se ha desarrollado a través de los reinos más bajos de su naturaleza hasta llegar a su actual estado racional, debe todavía completar su evolución convirtiéndose en un ser a imagen de Dios y unifi-

cando su conciencia con el Todopoderoso, y así alcanzará la única meta y propósito de toda iniciación.

Escalar esta altura, lograr esta expansión de conciencia, es un objetivo que se consigue *por medio de la escalera de muchas vueltas y peldaños, entre los cuales hay tres principales: Fe, Esperanza y Caridad*, de los que el más grande y sublime es el último. Es decir, hay innumerables formas de desarrollar la conciencia a grados más altos, y de hecho todo acontecimiento de la experiencia diaria puede contribuir a ese fin si es correctamente interpretado y su propósito en el patrón del esquema de nuestra vida correctamente discernido; e incluso estas deberían estar subordinadas a las tres premisas mayores, a saber, la Fe en la posibilidad de alcanzar el final que se contempla; la Esperanza, o deseo fervoroso y persistente de su logro; y finalmen-

te un Amor ilimitado que, buscando el amor en todos los hombres y todas las cosas, a pesar de sus apariencias externas, y no concibiendo ningún mal, identifica gradualmente la mente y naturaleza del aspirante con ese Bien último al que su pensamiento, deseo y visión deben estar constantemente dirigidos.

Es importante reseñar que esta expansión de conciencia no depende en absoluto de logros intelectuales, aprendizaje o conocimiento contenido en libros. Todo esto puede ser, y de hecho constituye, escalones menores de la escalera de logros; pero no figura entre los principales. Compárense las palabras de San Pablo, "Si tengo todo el conocimiento pero no tengo amor, no soy nada", y las de un místico medieval "Él puede ser contemplado y escuchado por el Amor, pero por el ingenio y el entendimiento jamás".

La logia está soportada por tres grandes pilares, Sabiduría, Fuerza y Belleza. Nuevamente no se refieren al templo, sino a la trinidad de propiedades que se halla en el alma individual, y que se mostrará progresivamente manifiesta en el aspirante conforme progrese y se adapte a la disciplina masónica. De la misma manera que está escrito respecto al joven Maestro Cristiano que “creció en Sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres”, así será también para el masón neófito que aspira a la maestría. Se volverá consciente del incremento de su facultad perceptiva, así como de su comprensión; se dará cuenta de que ha dado con una fuente de poder cuya existencia anteriormente ni sospechaba, que le otorga una fuerza mental superior y confianza en sí mismo, y se apreciarán en él dones de personalidad,

discurso y conducta que previamente le eran ajenas.

El suelo de la logia, que consiste en un pavimento mosaico, blanco y negro, denota la naturaleza dual de todo lo relacionado con la vida terrestre y el cimiento físico de la cualidad humana, el cuerpo mortal y sus apetitos y afectos. “La trama de nuestra vida es una historia que mezcla el bien y el mal”, escribió Shakespeare. En todo lo material se entremezcla el bien y el mal, la luz y la oscuridad, la alegría y el pesar, lo positivo y lo negativo. Lo que es bueno para mí puede ser malo para ti; el placer surge del dolor y finalmente degenera de nuevo en dolor; lo que es correcto en un momento dado puede ser posteriormente incorrecto; puedo estar intelectualmente inspirado hoy y mañana sumirme en las tinieblas y en la oscuridad: el dualismo de estos opuestos nos gobierna en todo, y la

enseñanza que nos proporciona es necesaria hasta que llegue un momento en que, habiendo interiorizado y asimilado esa lección, estemos preparados para avanzar a una condición en la que hayamos superado el sentido de esta superficie ajedrezada y cesemos de percibir estos opuestos como opuestos, siendo percibidos como una síntesis o unidad. Encontrar esa síntesis o unidad implica hallar la paz que sobrepasa al entendimiento, es decir, que sobrepasa nuestra experiencia, pues en ella la luz y la oscuridad son lo mismo, y nuestros actuales conceptos de bien y mal, placer y dolor, son trascendidos y resultan sublimados en una nueva condición que combina ambos. Y esta elevada condición es representada por la Orla Dentada o tezelada que contiene el Pavimento Mosai-co, igual que la Divina Presencia y Providencia rodea y abraza nuestros organis-

mos temporales en los que esos opuestos resultan inherentes.

¿Por qué se otorga al Pavimento Mosaico tal protagonismo en la decoración de la logia? La respuesta debe encontrarse en el ritual de Tercer Grado: *El Sumo Sacerdote caminará sobre el Pavimento Mosaico*. Ahora bien, esto no se refiere únicamente al Sumo Sacerdote hebreo de siglos atrás, sino también al miembro individual de la Orden. Pues cada masón está llamado a ser el Sumo Sacerdote de su propio templo personal y a hacer de él un lugar donde él y la Deidad puedan encontrarse. Todo ser vivo, sea o no masón, por el mero hecho de encontrarse en este mundo dualista, camina sobre el Pavimento Mosaico que mezcla el bien y el mal en cada acción de su vida, de forma que esta alfombra blanca y negra es el símbolo de una verdad filosófica elemental común a todos

nosotros. Pero para nosotros las palabras “caminar sobre” implican mucho más que eso. Significa que aquel que aspira a ser señor de su destino y capitán de su alma debe caminar sobre estos opuestos en el sentido de trascenderlos y dominarlos, de pisar sobre su naturaleza sensual inferior y mantenerla bajo sus pies en sujeción y control. Debe ser capaz de elevarse sobre la mezcla de lo bueno y lo malo, volverse superior e indiferente a los altibajos de la fortuna, las atracciones y temores que gobiernan a los hombres ordinarios e inclinan sus pensamientos y acciones en uno u otro sentido. Su intención es desarrollar sus potencias espirituales innatas, y es imposible que estas se desarrollen mientras él se halle dominado por sus tendencias materiales y las emociones fluctuantes de placer y dolor a que dan lugar. Es elevándose por encima de estas y

alcanzando la serenidad espiritual y el equilibrio mental bajo cualquier circunstancia en las que pueda encontrarse, como un masón realmente camina sobre el cimiento ajedrezado de la existencia y las tendencias en conflicto de su naturaleza material.

El Techo de la logia se muestra en fuerte contraste con su suelo negro y blanco y es descrito como *un dosel celestial de diversos colores, incluso los cielos*.

Si el suelo simboliza la naturaleza sensual del hombre, el techo tipifica su naturaleza etérea, sus "cielos" y las propiedades que en ellos residen. Uno es reverso y opuesto del otro. Su cuerpo material está densamente compuesto. Su extensión etérea o aura es tenue e invisible (salvo para unos ojos clarividentes), y como la fragancia desprendida por una flor. Su existencia será puesta en duda por aquellos que no

están preparados para aceptar lo que no es empíricamente demostrable; pero el estudiante masón, al que se le requerirá aceptar muchas verdades semejantes de forma provisional, hasta que las asuma como certezas, debería reflexionar, en primer lugar, sobre el hecho de que ha entrado a la Orden con la finalidad clara de recibir la Luz sobre la naturaleza de su propio ser; en segundo lugar, sobre la ayuda que la Orden compromete para ayudarle a buscar esa Luz en materias en las que él mismo reconoce su ignorancia, y pensar que sus enseñanzas y símbolos fueron elaborados por instructores sabios y competentes en tales disciplinas; y en tercer lugar, que una actitud mental humilde, dócil y receptiva hacia esos símbolos y sus significados facilitará mejor su avance que no una reserva crítica u hostil.

El hecho de que el hombre desprenda o irradie de él mismo una cubierta etérea queda testificado por las aureolas y halos mostrados en las manifestaciones artísticas que tienen como tema las personas con caracteres de santidad. Los no santos no son distinguidos de esa manera, no porque no estén rodeados de aura, sino porque en ese caso el aura resulta ser una nube de forma y color irregulares que refleja su mentalidad indisciplinada, de la misma forma que las nubes de lluvia reflejan la luz en diferentes colores.



La Trinidad del Antiguo Testamento, de Andrei Rublev (1415). En esta tabla se aprecian los halos del aura habituales en la pintura religiosa.

El aura del hombre de mente limpia y que ha dominado sus emociones se percibe como un halo de forma definida y hermosa iridiscencia, regularmente estriada como los colores del espectro del arco iris. En términos bíblicos, esta aura es descrita como *manto de colores*, como el que caracterizaba a José, el más grande de los hijos de Jacob, en contraste con los hijos del patriarca, menos desarrollados moral y espiritualmente, que no son caracterizados por tal manto.

En Masonería el equivalente de la aureola es el ropaje simbólico portado por los Oficiales Provinciales y Grandes Oficiales. Es de azul oscuro, densamente bordado en oro, en correspondencia con el color azul oscuro del centro de la llama y su borde luminoso. "Sus Ministros son llamas de fuego". Los Oficiales Provinciales y Grandes Oficiales son extraídos de entre aque-

llos que son Maestros Instalados en la Orden; es decir, de entre aquellos que teóricamente han alcanzado la santidad, la regeneración y la Maestría sobre sí mismos, y han sido adscritos a la Gran Logia de las alturas, donde ellos *brillan como las estrellas*.

Se deduce de todo esto que el masón que se abandona realmente a la disciplina de la Orden no está únicamente mejorando su carácter y purificando sus pensamientos y deseos. Al mismo tiempo está construyendo inconscientemente un cuerpo interno etéreo que formará su ropaje, o vestimenta, cuando el cuerpo exterior transitorio haya fallecido. Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrenales, e igual que portamos una imagen de lo terrenal, portamos imagen de lo celestial. Y el cuerpo celestial debe ser construido a partir de las propiedades sublimadas del cuerpo terres-

tre. Este es uno de los secretos y misterios del proceso de regeneración y transmutación que la Masonería está encomendada a enseñar. Esta es la verdadera construcción del templo de la que se ocupa la Masonería. El Mandil es el símbolo masónico del organismo corpóreo, y cambia y adquiere progresivamente mayor grado de elaboración conforme el masón avanza a superiores estadios en el simbolismo de la Orden, que teóricamente se corresponden con el verdadero desarrollo que tiene lugar en su naturaleza espiritual. Más aún, al igual que existen y operan en los cielos exteriores de la naturaleza del Sol, la Luna y las estrellas, en los cielos personales del hombre operan fuerzas metafísicas inherentes a él mismo y descritas bajo los mismos términos. En la ordenación de todos nosotros existe un campo magnético psíquico de diversas fuerzas que determinan nues-

tro temperamento individual, e influyen y marcan la tendencia de nuestro futuro. A esas fuerzas se le han dado los nombres de Sol, Luna y planetas, y el arte de su interacción era la antigua ciencia de la Astronomía. O como se denomina hoy en día, Astrología, que es una de las artes liberales y ciencias recomendadas para el estudio de todo masón, particularmente en el grado de Compañero.

La situación de los Oficiales de la Logia

Los siete Oficiales – tres principales y tres subordinados, con un oficial menor añadido que sirve de nexo con el mundo exterior – representan siete aspectos o facultades de la conciencia, psicológicamente interactivas y coordinadas en una unidad, de forma que constituyen “una Logia justa y perfecta”. Un hombre falto de cualquiera de sus facultades resulta desordenado o falto de coordinación, y se le tiene por loco, e igualmente una Logia estaría imperfecta e incapacitada para el trabajo efectivo si su mecanismo funcional estuviese incompleto.

El Siete es universalmente el número de la plenitud. Los períodos de tiempo de la

Creación fueron siete. El espectro de luz consiste en siete colores; la escala musical consta de siete notas; nuestra división del tiempo es en semanas de siete días; nuestros cambios fisiológicos discurren en ciclos de siete años. El hombre mismo es un organismo de siete dimensiones, en correspondencia con todo lo citado, y la duración normal de su vida es de siete multiplicada por diez.

El Venerable Maestro, u Oficial Jefe, es en el hombre el principio espiritual que hay en él, que es cima y raíz de su ser y a quien todas sus facultades subsidiarias deben subordinarse y dar cuenta. Cuando el Venerable da golpes de mallete, los Vigilantes repiten los golpes al mismo tiempo. Cuando el Principio Divino del hombre habla en la profundidad de su ser, el resto de partes de su naturaleza deben reverberar en simpatía. Sin la presencia de

este Principio Divino en él, el hombre sería menos que humano. Por su presencia puede llegar a ser más que humano. Cultivando la conciencia de ese principio que hay en él mismo, el hombre puede volverse uno con él en la proporción en que renuncie a todo lo que hay en sí mismo que sea menos que divino. Es la inextinguible luz del Venerable Maestro la que, siendo inmortal y eterna, continúa brillando cuando todo lo temporal y mortal ha desaparecido.

El Primer Vigilante es la antítesis y polo opuesto del Venerable Maestro. Personifica el alma, el principio psíquico del hombre que, si no está asociado e iluminado por la mayor luz que supone el Espíritu o Principio Maestro, no posee luz inherente y propia en absoluto. Como mucho, no puede hacer otra cosa en el Oeste más que reflejar y transmitir esa mayor luz del Es-

te, al igual que la Luna recibe y refleja la luz del Sol, por lo que en Masonería se habla de la luz del Primer Vigilante como la luz de la Luna. En la Naturaleza, cuando la Luna no es iluminada por el Sol, es invisible y virtualmente no existe para nosotros; cuando lo es, resulta uno de los astros más resplandecientes. De forma similar la inteligencia humana es valiosa o despreciable dependiendo de si es irradiada por la Luz Maestra o Principio Divino, o funciona únicamente en la oscuridad, alimentándose de sus propias energías no iluminadas. En el primer caso se trata de la facultad suprema, transmisora de la Suprema Sabiduría; en el Segundo caso no es capaz de ofrecer nada mejor que la razón bruta.

A mitad de camino entre la Luz Maestra del Este y la Luna en el Oeste se halla emplazado, en el Sur, el Segundo Vigilante,

que simboliza la tercera gran luz, el Sol. Y, masónicamente, el Sol representa la inteligencia humana iluminada, que resulta de la mentalidad material del cerebro profundamente permeada e iluminada por el Principio Espiritual; el Sol indica que ambos se encuentran en un estado de interacción equilibrada y armoniosa, de forma que el Segundo Vigilante personifica el punto de equilibrio o punto de encuentro entre la razón natural del hombre y su intuición espiritual. Conforme a ello es él quien, representando esta condición mental iluminada, afirma en el Segundo Grado (que es el grado de desarrollo personal donde esa condición se alcanza teóricamente) que él ha sido capacitado en ese grado para descubrir un símbolo sagrado ubicado en el centro de la logia y que alude al Gran Geómetra Del Universo. Lo que significa, desde luego, que el hombre que

ha avanzado realmente (y no solo ceremonialmente) al Segundo Grado de desarrollo personal, ha discernido que Dios no está fuera de Él, sino en su interior y proyectando su sombra sobre su propio cuerpo u organismo; un descubrimiento en el que está obligado a profundizar en lo sucesivo con fervor y celo, de forma que pueda entrar en comunión de forma cada vez más íntima con el Principio Divino. No obstante, este es un proceso que requiere tiempo, esfuerzo y lucha interna. La comunión no se alcanza de repente. Aparecerán obstáculos, “enemigos”, en el camino, entorpeciendo el progreso, debido a las propias imperfecciones y limitaciones del aspirante. Estos deben ser gradualmente vencidos, y la erradicación de estos, a la que se alude en el signo del grado, indica que él desea limpiar su corazón y expulsar todo mal de él, para pu-

rificarse a sí mismo y permitir una unión más íntima con la Luz pura. Es únicamente gracias a esta *luz solar*, a esta iluminación que acaba de encontrar, que ha sido capaz de mirar en las profundidades de su propia naturaleza; y este es el Sol que, igual que Josué, afirma que puede *deter*ner, siendo su luz retenida por él mismo hasta que haya alcanzado la conquista de todos estos enemigos. El problema del tan desacreditado milagro bíblico del Sol deteniéndose queda resuelto: cuando su verdadero significado es percibido a la luz de la interpretación proporcionada por los compiladores del ritual masónico, que bien sabían que no era el astro solar el que se detuvo en su curso, violando las leyes naturales, sino que el *Sol* en cuestión denota un estado perceptivo que es experimentado por todo aquel que, en este Valle de Ajalón, emprende la tarea de conquis-

tarse a sí mismo y de *librar las batallas del Señor* contra sus más bajas tendencias.

Hemos hablado del Primer y Segundo Vigilante en sus respectivos significados psicológicos y siendo descritos como la Luna y el Sol. En esta relación es conveniente señalar que tanto la luz del Sol como la de la Luna se extinguen en la oscuridad del Tercer Grado. En el gran trabajo de transformación personal son luces y ayudas que nos ayudan a elevarnos a un punto. Cuando ese punto es alcanzado no hay recompensa posterior; el logro de cada uno de ellos resulta ser un fiasco y únicamente la Luz Maestra o Principio Divino asume y completa el cambio regenerativo: *El sol nunca más te servirá de luz para el día ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que Jehová te será por luz eterna y el Dios tuyo será tu esplendor; y*

los días de tu duelo se cumplirán (Isaías 11, 19- 20).

Los tres Oficiales menores y el Retejador o Guardatemplo Externo que, con los tres principales, completan el septeto ejecutivo, representan las energías de los tres Oficiales principales transmitidas hacia las más bajas facultades del organismo humano. El Primer Diácono, como emisorio y ayudante del Venerable Maestro, constituye el nexo entre Oriente y Occidente. El Segundo Diácono, como emisorio y ayudante del Primer Vigilante, encarna el nexo entre el Occidente y el Mediodía; mientras que el Guardatemplo Interno actúa bajo el control inmediato del Segundo Vigilante y en acción mutuamente refleja con el Guardatemplo Externo, siendo el punto de contacto con el mundo exterior de las impresiones sensitivas.

De esta forma los siete Oficiales son un trasunto del mecanismo de la conciencia humana; representan una serie de partes discretas pero coordinadas que conectan la naturaleza exterior del hombre con su Principio Divino más interior, y proporcionan los canales necesarios para la acción recíproca entre los polos espiritual y material de su organismo. En otras palabras, y para representar con un símbolo alternativo la misma realidad, el hombre es potencialmente un candelabro dorado de siete brazos. Potencialmente, mientras no haya transmutado los metales innobles de su naturaleza en oro, o encendido las siete velas o partes de su organismo con el Divino Principio o Fuego Prometeico. Mientras tanto ese símbolo de lo que es posible para él se le ofrece para su reflexión y contemplación, de forma que pueda estudiar

la descripción del hombre perfecto y regenerado dada en Apocalipsis 1, v.2-20.

Para resumir, los siete Oficiales representan las siguientes siete dimensiones del mecanismo humano.

Venerable Maestro: Espíritu (*Pneuma*).

Primer Vigilante: Alma (*Psyche*).

Segundo Vigilante: Intelecto (*Nous*).

Primer Diácono: Nexo entre Espíritu y Alma.

Segundo Diácono: Nexo entre Alma e Intelecto.

Guardatemplo Interno: Naturaleza sensitiva interna (astral).

Guardatemplo Externo: Naturaleza sensitiva externa (física).



Las Grandes Luces y las Pequeñas Luces

El propósito de la Iniciación puede ser definido de la siguiente manera: estimular y despertar al Candidato a la conciencia directa y demostración irrefutable de hechos y verdades de su propio ser sobre las que había sido previamente ignorante o vagamente informado; el propósito de la Iniciación es ponerlo en contacto directo y consciente con las Realidades que subyacen bajo la imagen superficial de las cosas, de forma que, en lugar de sostener meramente creencias u opiniones sobre él mismo, el Universo y Dios, se vea confrontado de forma directa y convincente con la Verdad misma; y finalmente su propósito es moverle a convertirse en el Bien y en la Verdad que le

han sido revelados, identificándose con ellos (esto es, desde luego, un proceso gradual que implica más o menos tiempo y esfuerzo en proporción a la capacidad y sustrato del candidato mismo).

La restauración de la luz al candidato en el Primer Grado señala, por lo tanto, una importante crisis. Simboliza el primer aumento de percepción que, gracias a sus sinceras aspiraciones y al buen oficio de los guías e instructores, en cuyas manos se ha abandonado, le ha proporcionado la Iniciación. La Iniciación le ha revelado un triple símbolo, al que nos referimos como las Tres Grandes, y emblemáticas, Luces de la Masonería: la Santa Biblia, la Escuadra y el Compás, las tres en conjunción, descansando las dos últimas sobre la primera. Puesto que este triple símbolo es el primer objeto que su visión exterior contempla tras la iluminación, representa la

primera verdad que su visión interior está llamada a reconocer y contemplar.

También se llama la atención al recién iniciado sobre Tres Pequeñas Luces, igualmente emblemáticas, a las que se alude como el Sol, la Luna, y el Venerable Maestro (cuya interpretación psicológica ya ha sido explicada en nuestro análisis de los Oficiales de la logia). El hecho es que el candidato solo puede ver las Tres Grandes Luces por medio de la ayuda de las Tres Pequeñas Luces. En otras palabras, la tríada inferior es el instrumento por el que se contempla la tríada superior; es su propia facultad perceptiva (sujeto), contemplando algo mayor (objeto) que todavía no está identificado, de la misma manera que algo tan pequeño como el ojo no puede ver la expansión de los cielos ni la mente finita contemplar la infinitud. Las Pequeñas Luces de la inteligencia normal y finita del

candidato se emplean para revelarle las Grandes Luces o esencias fundamentales de sí mismo como ser todavía sin desarrollar. Una conciencia rudimentaria y pigmea comienza a ser consciente de su origen y raíces sumergidas, y se sitúa en marcado contraste con sus ilimitadas posibilidades disponibles una vez que esas ocultas profundidades hayan sido desarrolladas y puestas en funcionamiento. El problema y destino del candidato es perderse a sí mismo para encontrarse a sí mismo, para unificar sus Pequeñas Luces con sus Grandes Luces, de manera que ya no funcione únicamente con una conciencia refleja, sino en alianza con la Conciencia Absoluta con la que habrá llegado a identificarse. En el Grado del Arco Real descubrirá que esta identificación de las Luces Grandes y Pequeñas ha sido teóricamente alcanzada. Las luces y triángulos

entrelazados que rodean el altar central en ese Grado Supremo implican la unión de la facultad perceptiva con el objeto de su contemplación, la fusión de sus conciencias humana y Divina.

¿Qué representan entonces las Tres Grandes Luces, y que supone su conjunción íntima?

1) La Palabra escrita es el emblema y expresión externa de la Palabra Eterna no escrita, el Logos o Sabiduría Sustancial de la Deidad de la que emana toda alma viviente y que, por lo tanto, es el cimiento o base de la vida humana. En una logia inteligentemente conducida el Volumen de la Ley Sagrada debería estar abierto en el primer capítulo del Evangelio de San Juan, santo patrón de la Masonería, de forma que sean estas palabras las que encuentren los ojos del candidato cuando se le restablezca la luz y se le recuerde que la

base de su ser es la Divina Palabra que habita y brilla dentro de su propia oscuridad e ignorancia, que no son conscientes de ese hecho. Ha perdido toda conciencia de esa verdad, y esta ignorancia es representada por la Palabra Perdida, que todo masón busca y que, con la debida instrucción y su propio esfuerzo y trabajo, espera encontrar. Encontrándola encontrará todas las cosas, pues habrá encontrado a Dios mismo. Que el Candidato reflexione también sobre el hecho de que ha sido el movimiento secreto y los impulsos de esta Palabra los que le han impelido a entrar en Masonería y buscar una Iniciación que le conduzca a la Luz. En palabras de un gran iniciado, *su búsqueda es la causa de su hallazgo*; pues el hallazgo no es sino el último acceso de conciencia de esa fuerza interior que al principio impulsaba a la búsqueda de la luz. Por ello nadie puede

entrar apropiadamente en la Orden, o esperar una iniciación real, si se une a ella por cualquier otro motivo que no sea el de encontrar a Dios, el *tesoro escondido* dentro de sí mismo. Su primer lugar de preparación debe ser *en el corazón*, y su deseo supremo y ansia debe ser esa Luz que, una vez obtenida, es la Omnisciencia llegando a su propia conciencia; de otro modo toda ceremonia de iniciación resultará vacía aunque se comprendan los símbolos externos y sus alegorías.

2) La Escuadra, descansando sobre el Volumen de la Ley Sagrada, es el símbolo del alma humana tal y como fue generada por la Palabra Divina que reposa bajo ella. Esa alma fue creada perfecta, cúbica, y al igual que todo lo que procede del Creador fue creado muy bueno, aunque estuviese investido con la libertad de elección y la capacidad para errar. La Escuadra de cante-

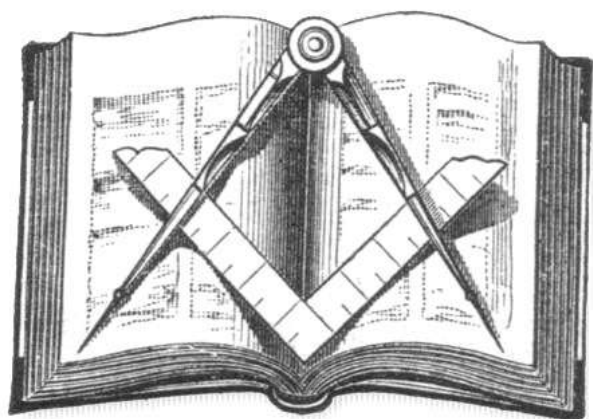
ro, en cualquier caso, empleada como símbolo masónico, es verdaderamente una aproximación a un triángulo con su vértice hacia abajo y su base hacia arriba, lo que es un símbolo del alma y de la constitución psíquica del hombre verdaderamente antiguo, y es conocido como el Triángulo de Agua.

3) El Compás entrelazado con la Escuadra es el símbolo del Espíritu del Alma, su energía funcional o Fuego. El Alma por sí misma no sería sino una pasividad inerte, un ente negativo desequilibrado sin un opuesto positivo. Sus propiedades activas son el producto de la unión de sí misma con su base subyacente y de inspiración divina, modificadas por las tendencias buenas o malas de la misma alma. Dios *insufló en el hombre el aliento de la vida, y el hombre ya no fue un alma, como lo era previamente, sino un alma viviente, de*

ardiente energía. Este producto, o ardiente energía, del Alma es el Espíritu del hombre (una fuerza buena o mala dependiendo de cómo se le da forma) y es simbolizada por lo que siempre ha sido conocido como el Triángulo de Fuego (con el vértice arriba y la base abajo), aproximadamente representado por el Compás.

Para resumir, las Tres Grandes Luces encarnan la tríada base, inextricablemente entrelazada, del ser humano: 1) La Divina Palabra o Sustancia como su cimiento; 2) un Alma pasiva emanada del primer elemento; 3) un Espíritu activo o energía generada en el Alma como resultado de la interacción de los dos primeros. El hombre mismo (contemplado aparte del cuerpo temporal que ahora le reviste) es una tríada que procede y tiene sus raíces en la Sustancia Divina.

Obsérvese que en el Primer Grado las puntas del Compás quedan ocultas por la Escuadra. En el Segundo Grado, una punta es mostrada. En el Tercero, ambas puntas quedan expuestas. Ello implica que, conforme el candidato progresa, la inercia y negatividad del alma se transmutan progresivamente y esta queda cubierta por la energía positiva y la actividad del espíritu. El Triángulo de Fuego asume preponderancia gradualmente sobre el Triángulo de Agua, significando que el Aspirante alcanza una vida más intensa y consciente de lo que era al principio.



Apertura y cierre de la Logia: Grado de Aprendiz Entrado

Siendo la logia con su disposición y oficiales una representación sacramental del ser humano y del mecanismo de la conciencia personal, la apertura de la logia en los sucesivos grados implica capacidad para expandir, abrir e intensificar esa conciencia en tres estadios distintivos que sobrepasan el nivel normal aplicable a los asuntos mundanos ordinarios.

Este hecho suele pasar desapercibido en las logias masónicas. Las aperturas y cierres son contemplados como una formalidad ritual desprovista de propósito interior o significado, cuando son ceremonias altamente instructivas y ritos con un propósito particular que no deberían ser

profanadas con una representación mecánica informal o sin comprender lo que implican.

Igual que una flor *abre su logia* cuando despliega sus pétalos y ofrece su centro al sol que la vitaliza, así la apertura de una logia masónica es una representación sacramental de la apertura de la mente humana y el corazón a Dios. Es una representación dramatizada de los procesos implicados en su realización.

Se postulan tres grados para tal apertura. Primero, uno apropiado para el nivel de desarrollo del Aprendiz; un sencillo *Sursum corda* o *¡Levantad vuestros corazones!* sobre el nivel cotidiano de las cosas externas. Segundo, una apertura más avanzada en el arte y capaz de mayores logros que los Aprendices. Esta apertura proclama ser *sobre la escuadra*, cuando la apertura del Primer Grado no lo es. De lo

que se deduce que implica el uso de la naturaleza psíquica y de la naturaleza intelectual superior (simbolizada, como se ha explicado anteriormente, por la Escuadra). Tercero, una apertura aún más avanzada, que se declara ser sobre el centro, para aquellos con el rango de Maestro Masón, que señala a una apertura de conciencia sobre el mismo centro y profundidades del propio ser. Hasta qué punto y en qué grado podemos cada uno de nosotros abrir nuestra logia personal determina nuestra verdadera posición en la Masonería y revela si somos en realidad Maestros, Compañeros o Aprendices, o tan solo lo somos titularmente. El progreso en este arte, como en todas las cosas, llega únicamente a través de la práctica inteligente y de un esfuerzo sincero mantenido. Pero lo que es habitualmente infravalorado, y es conveniente resaltar, es el poder, como

fuerza iniciática, de un conjunto de individuos en el que todos estén suficientemente avanzados y sean capaces de abrir su logia en el sentido anteriormente descrito. Tal asamblea, reunida en un lugar y actuando con un propósito común y definido, crea, por expresarlo gráficamente, un remolino en la atmósfera psíquica y mental a la que se ve arrastrado el candidato recién iniciado. La tensión creada por su energía colectiva de pensamiento y voluntad, que se ve intensificada progresivamente conforme la logia es abierta en cada grado sucesivo, y aminorada conforme cada grado es cerrado, actúa y deja un efecto permanente sobre el candidato (siempre que su vivencia sea igualmente sincera y se halle *convenientemente preparado* en un sentido íntimo), e induce a una conexión y empatía entre él y aquellos con los que aspira a ser elevado a una

verdadera membresía espiritual; más aún, esa tensión estimula su receptividad y provoca que su mente resulte cargada y permeada por las ideas e influencias inspiradoras proyectadas sobre él por sus iniciadores.

El hecho de que un candidato no sea admitido dentro de los portales de la logia sin ciertas seguridades, salvaguardas y aplomaciones, y aun así permanezca amenazado por la espada del Guardatemplo Interno, indica que hay un peligro latente para el organismo mental y espiritual, peligro que emana de los compromisos que se adquieren en la Iniciación. Al igual que se describe a la espada flamígera como la guardiana del Árbol de la Vida que ahuyenta a aquellos indignos de acercarse a él, la ley secreta del Espíritu ejerce su venganza sobre aquellos que no están preparados para el conocimiento de sus miste-

rios. De aquí nace el mandamiento *No tomarás el nombre de Dios en vano*, es decir, *No invocarás Energía Divina para propósitos vanos o inicuos*.

Aquí, y en general al tratar de los signos, toques y palabras empleadas y comunicadas en los ritos iniciáticos, vale la pena citar a un sabio hermano masón que, por supuesto, no los considera como meros rituales mecánicos representados en logia, sino como lo que son cuando resultan empleados inteligentemente por aquellos que han sido instruidos plenamente en la ciencia espiritual y están capacitados para usar los signos, toques y palabras con poder dinámico y eficiencia real:

Los símbolos de los Misterios encarnados en el signo de la Escuadra y el Círculo constituyen el eterno lenguaje de los Dioses, que es el mismo en todos los mundos y por toda la eternidad. Su co-

mienzo no se encuentra en los años ni su fin se halla en los días, pues discurren al margen del tiempo y son connaturales a la eternidad. Son la Palabra de Dios, el Logos Divino, articulados bajo la forma de lenguaje. Cada signo posee su correspondiente expresión vocal, gesto corporal o intención mental. Este hecho es de gran importancia para el estudiante de Sabiduría, pues en él radica la principal razón del secretismo y severa discreción de los servidores de los Misterios, sin lo cual las doctrinas secretas acabarían encontrando expresión en los labios o a través de los gestos de personas indignas de poseer los secretos. Pues el poder secreto de los Misterios se encuentra en el interior de los signos. En cualquier persona que aspire a alcanzar estados naturales y sobrenaturales por un proceso de desarrollo, no hallándose

su corazón en la debida sintonía y no prestando su mente atención a lo divino, sino únicamente a lo humano dentro de él, ese poder se torna en poder para el mal en lugar de ser poder benéfico. Un iniciado desleal es capaz, en el grado de los Misterios que ha alcanzado, y en virtud de su anterior preparación, de desviar el poder a fines demoníacos, diabólicos, astrales y peligrosos. El uso de signos, sonidos vocales, gestos físicos e intenciones mentales estaba absolutamente prohibido salvo bajo condiciones rigurosamente probadas. Por ejemplo, la articulación de un sonido simbólico, o la realización de un gesto físico que se correspondiese al signo de un grado determinado, en una congregación de grado inferior, resultaba fatal en sus efectos. Jamás se admitía en cada grado a iniciados que no hubiesen alcanzado ese nivel

de desarrollo. Únicamente los iniciados de ese grado, o de los grados superiores, son capaces de soportar la presión de la fuerza dinámica generada en la atmósfera espiritual y en el egrégor concentrado en ese grado. La realización mental de un signo, bajo tales circunstancias, desencadenaba inmediatamente el poder oculto que llevaba asociado. En todas las congregaciones de iniciados un Guardatemplo Interno era situado junto a la puerta del santuario, cancela u oratorio con la espada desnuda en su mano, siendo su misión ahuyentar a intrusos e inquilinos no cualificados. No era una cuestión formal ni una figura metafórica. Cualquier hombre que intentaba entrar y conseguía atravesar el dintel lo hacía arriesgando su propia vida. Signos secretos, palabras de pase y otras pruebas se aplicaban a todo aquel que llamase a

la puerta, antes de que se le concediese admisión. La posesión de los Misterios, tras la iniciación, y el uso de signos, ya fuesen orales, gestuales o volitivos, con intención de uso (no una mera repetición mecánica), liberaba poderes ocultos dirigidos al objeto de su particular intención, ya estuviese presente o ausente, o con propósitos benéficos a la causa en contemplación.

H. E. Sampson. *La Redención Progresiva.*

Abrir la logia del propio ser a más altas verdades no es una tarea sencilla para aquellos que la han cerrado y sellado con sus habituales métodos de pensamiento, prejuicios y desconfianza de todo aquello que no es empíricamente demostrable. Todas estas debilidades deben ser erradicadas, y la logia debe estar debidamente a cubierto de ellas; no tienen lugar ni parte

en el mundo interior del hombre reflexivo. También el esfuerzo y la práctica son precisos para lograr la estabilidad de la mente, el control de las emociones y los pensamientos, y para adquirir el sosiego interior y la armonía de todas nuestras partes. Al igual que la ceremonia formal de apertura de la logia se lleva a cabo exclusivamente por la labor conjunta de sus oficiales, la debida apertura de nuestro ser interior a Dios únicamente puede lograrse por medio del consenso de todas nuestras partes y facultades. La ausencia o fallo de cualquiera de ellas invalida el conjunto. El Venerable Maestro no puede abrir la logia por sí solo; únicamente puede invitar a sus hermanos para que le ayuden a realizar esa tarea por medio de un proceso concertado y con las voluntades de sus subordinados al unísono. E igualmente sucede para abrir la logia del alma huma-

na. Su voluntad espiritual, como facultad maestra, insta a sus otras facultades a que le ayuden; *cuida de que todos los presentes sean masones*, cuidando de que sus pensamientos y motivos para aproximarse a Dios sean puros; llama a estos *hermanos* al orden para probar su debida cualificación en el trabajo a realizar; y sólo entonces, tras comprobar que la logia está apropiadamente constituida, asume la responsabilidad de invocar el descenso de la Divina Bendición e influjo sobre este conjunto en comunión.

El Salmista David escribe: *¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende hasta el borde de sus vestiduras*. Lo que enseña que el influjo divino, cuando desciende como respuesta a tal invocación, inunda e ilumina todo el organismo

humano, incluidos los sentidos (que son *el borde de las vestiduras* del alma). Compara también las palabras del Maestro Cristiano: *Cuando ores, retírate a tu cámara secreta* (la Logia del Alma) *y cuando hayas cerrado la puerta* (poniendo tu mente a cubierto de toda preocupación y pensamiento exterior), *reza al padre que ve en lo secreto y que te recompensará* (por la comunión de conciencia).

Todo lo anterior puede ayudar a interpretar tanto el significado como el solemne propósito de la Apertura en el Primer Grado, así como para indicar la naturaleza de las condiciones y atmósfera espiritual que debería existir cuando una logia abre trabajos en ese grado. Si la apertura de la logia es una verdadera apertura en el sentido aquí indicado y no únicamente una formalidad ceremonial, si las condiciones y atmósfera a las que hemos hecho men-

ción se materializan en la tenida masónica, resulta evidente que deben producir un poderoso efecto sobre el candidato que penetra en ella buscando iniciación y progreso espiritual. Si se trata realmente de un candidato meritorio y dignamente recomendado, convenientemente preparado en su corazón y sincero buscador de la luz, su mera entrada en tal atmósfera le impresionará y despertará las facultades dormidas de su alma, constituyendo una iniciación y un recuerdo indeleble, al tiempo que el plano sensitivo de su mente, así estimulada, será receptivo a las ideas proyectadas sobre él por los hermanos reunidos que le están iniciando y recibiendo en una comunión espiritual con ellos mismos. Por el contrario, de ser un candidato indigno o no convenientemente preparado, esa atmósfera y esas condiciones le repelerán y será él mismo el primero

que desee retirarse y no repetir la experiencia.

El Cierre de la Logia en Primer Grado implica el proceso inverso a la Apertura: la relajación de las energías interiores y el retorno de la mente a su anterior nivel habitual. No sin antes expresar gratitud por los Divinos favores y dones recibidos durante el período de trabajo, y no sin una llamada a mantener cerrado el libro del corazón y dejar al margen el uso de sus joyas hasta que seamos debidamente llamados a retomarlas, pues el silencio y el secreto son esenciales para el crecimiento interior del hombre. *Aquel que ha visto a Dios es mudo.*

Grado de Compañero

La apertura del Segundo Grado presupone una capacidad para abrir la naturaleza interior y la conciencia a un estado mucho más avanzado de lo que es posible para el principiante, que teóricamente debe someterse a un largo período de disciplina y aprendizaje del trabajo elemental de preparación y ser capaz de satisfacer ciertas pruebas antes de estar capacitado para avanzar al grado de Compañero.

De nuevo, esa apertura puede ser un trabajo personal para el masón individual o bien un trabajo colectivo, en una logia de Compañeros y Maestros, para pasar un Aprendiz al Grado de Compañero. La Palabra de Paso para admitir al Aprendiz que se ha hecho acreedor al grado de

Compañero contiene un gran significado, pero que habitualmente pasa desapercibido o incomprendido. Se dice que significa *en abundancia*, y que está representado por *una espiga junto al agua* (ambos objetos son la traducción hebrea de la palabra en cuestión). Obsérvese que esto pretende describir al mismo Candidato y a su condición espiritual. Es él mismo quien es como una espiga plantada junto al agua y nutrida por esta. Su crecimiento espiritual, tal y como ha sido adquirido en el grado de Aprendiz, está representado por la espiga; la causa fertilizadora de su crecimiento es el derrame del rocío vivificador del Cielo sobre su naturaleza interna como resultado de su deseo de alcanzar la luz.

El trabajo para el grado de Aprendiz consiste en alcanzar la pureza y el control sobre su naturaleza inferior, sus apetitos y sus afectos. Está simbolizado por el traba-

jo sobre la piedra bruta, tal y como es arrancada de la cantera, y con el fin de darle debida forma para que pueda ser útil para la construcción. La “cantera” es el material basto e indiferenciado, el conjunto de almas de la humanidad del que ha sido extraído para la vida individual en este mundo, donde su misión es convertirse en un verdadero cubo o en un sillar perfecto para integrarse en la estructura del Templo diseñado por el Gran Arquitecto, y que debe construirse en la Jerusalén celestial a partir de almas humanas perfeccionadas. El trabajo de Aprendiz, que está relacionado con el sometimiento de su naturaleza sensorial y sus propensiones, una vez alcanzado da paso al siguiente estadio, que es el desarrollo y control de su naturaleza intelectual; la investigación *de los senderos ocultos de la naturaleza* (es decir, de la psicología huma-

na) *y de las ciencias* (la *gnosis* del autoco-
nocimiento, el cual, llevado a su límite, se
dice al candidato que *conduce al trono de*
Dios Mismo y revela los últimos secretos
de su propia naturaleza y los principios
básicos del intelecto como distintos de los
principios de la verdad moral. Debe recal-
carse que se dice al candidato que ahora le
está permitido extender sus investigacio-
nes a estos senderos escondidos. Hay pe-
ligro para la mentalidad del candidato si
este trabajo se afronta antes de la purifica-
ción que se debe llevar a cabo en el grado
de Aprendiz. De aquí que el permiso no se
otorgue hasta que esa tarea previa haya
sido llevada a cabo y debidamente proba-
da.

El trabajo de Aprendiz es, por consi-
guiente, una labor puramente filosófica
que implica un profundo autoanálisis, así
como la vivencia de fenómenos inusuales

conforme las facultades psíquicas del alma comienzan a desarrollarse y se aprehende la Verdad abstracta (anteriormente considerada como cuestión matemática). Este trabajo resulta más allá del horizonte mental, así como de la capacidad del masón moderno, aunque en los Misterios de la antigüedad la *Mathesis* (o disciplina mental) era un rasgo preponderante que tuvo como fruto los gigantes intelectuales de la Filosofía griega. Por ello hoy en día el grado resulta monótono y poco atractivo, pues la experiencia psíquica y los principios intelectuales no pueden presentarse de forma espectacular o dramática.

El ritual establece que nuestros antiguos hermanos de este grado se reunían en el pórtico del Templo del Rey Salomón. Esto es una forma de decir que la filosofía natural es el pórtico para alcanzar la Sabiduría Divina; que el estudio del hombre

conduce al conocimiento de Dios, revelando al hombre la divinidad final de su naturaleza. Platón llamaba a este estudio o autoanálisis de la naturaleza humana Geometría, medida de la Tierra; la puesta a prueba, discusión y fijación de los límites, proporciones y potencias de nuestro organismo personal en sus aspectos físico y psíquico. La conciencia natural ordinaria se dirige hacia fuera; percibe únicamente objetos externos; piensa únicamente en una Deidad exterior separada y lejana a nosotros. Consecuentemente solo puede conocer sombras, imágenes e ilusiones. La ciencia de los misterios establece que ese proceso debe ser invertido: de la misma forma en que has cerrado y puesto a cubierto la puerta de tu logia contra todo extraño, así debes cerrar toda percepción de imágenes exteriores, todo deseo de objetos externos y bienestar material, y dirigir tu

conciencia y aspiraciones totalmente a tu interior. Pues el Principio Vital e Inmortal – el Reino de los Cielos – está en tu interior; no esperes encontrarlo fuera de ti. Como el Hijo Pródigo de la parábola has vagado lejos de él, a una tierra remota, y has perdido toda conciencia de él. Has descendido más y más bajo, como en un movimiento en espiral o en una escalera de caracol, hacia este mundo inferior y esta forma imperfecta de existencia que se arremolina en torno a ti mientras tus vestiduras se espesan progresivamente, hasta que también se vuelve denso tu cuerpo exterior de carne; mientras tu mente teje sobre ti velo tras velo de nociones ilusorias en lo que respecta a tu verdadera naturaleza y la esencia de la verdadera Vida. Ahora ha llegado el tiempo y el impulso para que te vuelvas a ese mundo interior. No mires más afuera, sino adentro. Sube

esa misma escalera de caracol. Te llevará a ese Centro de Vida y Sancta Sanctorum del que te has desviado. Cuando el Salmista David escribe *¿Quién subirá la colina del Señor? Aquel de manos limpias y corazón puro*, el significado es idéntico a lo que está implícito en el ascenso de la escalera de caracol interior del Segundo Grado. Una purificación preliminar de la mente es esencial para elevarse a las esferas más sublimes del ser y a estados de conciencia más exaltados de lo habitual. Si *los secretos de la naturaleza y los principios de la verdad intelectual* van a ser revelados a su vista, tal y como el grado promete, la mente no debe estar atada y cegada por intereses mundanos o sujeta a pasiones carnales. Si se van a contemplar las propias facultades intelectuales y desarrollarlas hasta que conduzcan al trono del Mismo Dios y se enraícen en la Dei-

dad, deben abandonarse los hábitos anteriores, los prejuicios y concepciones previas, y se debe estar preparado para recibir humildemente la iluminación que le inundará desde la Luz de la Divina Sabiduría.

Para el estudiante de la disciplina mental propugnada por el Segundo Grado pueden recomendarse dos fuentes de información especialmente instructivas, ambas ejemplos de experiencia personal. Una es los *Diálogos* de Platón, así como los escritos de Plotino y otros neoplatónicos. La otra fuente son los registros de los místicos contemplativos cristianos, tales como Eckhart, Ruysbroeck, o el *Castillo Interior* de Santa Teresa.

Fedón de Platón, en particular, es una narración importante acerca de las experiencias psicológicas vividas en el Grado

de Compañero, escrita por un iniciado en los Antiguos Misterios.

La materia es demasiado extensa para una exposición detenida. Tan sólo indicar que es en la condición mental iluminada alcanzada en este grado cuando acontece el descubrimiento del Principio Divino en el Centro de nuestro organismo; y que el signo de este Grado es equivalente a una oración que suplica que Sol de este estado exaltado *se detenga* y persista en nosotros hasta que hayamos derrotado a todos nuestros enemigos y erradicado todos los obstáculos que impiden nuestra unión con ese principio.

La referencia a nuestros antiguos hermanos recibiendo su salario en el pórtico del Templo de la Sabiduría es una alusión a una experiencia común a todo el que se encuentra en el estado de desarrollo de Compañero Masón. El Compañero apren-

de que las viejas cuentas que debe a sus semejantes deben ser saldadas y los viejos males reparados, y recibe el pago de los pecados grabados sobre su subconsciencia por ese pincel que observa y registra todos nuestros pensamientos, palabras y acciones. El candidato que lleva una vida filosófica se percata de que él es únicamente acreedor a ese salario, y lo recibe sin escrúpulo ni desconfianza, sabiéndose merecedor de ello y sintiéndose gozoso de expiar y purgar los viejos pecados. Pues todos debemos algo a alguien en nuestra vida, y debemos pagar lo debido a la humanidad —quizá con lágrimas o sufrimiento— antes de saldar nuestra cuenta con esa Justicia Eterna a la que aspiramos a unirnos.

Grado de Maestro Masón

Antes de tratar la apertura y cierre del Tercer Grado, debe observarse que, en el simbolismo de la logia, la enseñanza de los dos primeros grados es llevada hasta el Tercero. El tablero de trazo tradicional del Tercer Grado muestra en combinación: 1) el Pavimento Mosaico, 2) los dos pilares a la entrada del templo, 3) la escalera de caracol, y 4) una ventana sobre el pórtico. Ya se ha explicado que el Pavimento Mosaico es para que el Sumo Sacerdote camine sobre él, y que la ventana es la que provee luz. Este símbolo en conjunto no es más que un glifo o diagrama gráfico de la condición del candidato que aspira al rango de Maestro Masón. Como Sumo Sacerdote de su propio templo personal debe tener

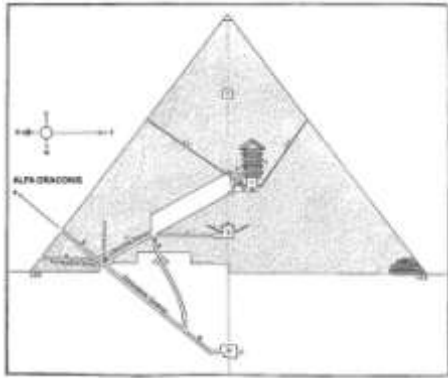
sometidos tanto su naturaleza corporal como sus pasiones. Debe haber desarrollado fuerza de voluntad y carácter para caminar sobre este suelo ajedrezado y resistir a sus pulsiones. También debe ser capaz de ascender la escalera de caracol de su naturaleza interior, para educar y habituar su mente a estados de conciencia más elevados y así establecer que no se verá afectado por percepciones seductoras o pavorosas a las que tenga que hacer frente. Cultivando esta *fuerza* y la capacidad para *establecer* su propia persona en elevados niveles de conciencia, él coordina los dos pilares del pórtico de su santuario más íntimo — a saber, los soportes físico y psíquico de su organismo — y adquiere la estabilidad que requiere la regeneración antes de acometer *la última y mayor prueba* que le aguarda.

En fuerza estableceré mi casa, de forma que resista firme. El organismo perfeccionado del hombre es a lo que se refiere “Mi casa”. Era el mismo organismo y la misma estabilidad de la que hablaba el Maestro Cristiano al decir *Sobre esta roca edificaré mi Iglesia, y el mal no prevalecerá contra ella.* Durante toda la disciplina y trabajo empleados para alcanzar esta estabilidad, la luz ha brillado sobre el sendero desde el primer momento en que su visión de aprendiz fue abierta a una verdad mayor; luz de la ciencia y filosofía de la Orden misma que constituye el “pórtico” al último santuario interior; luz de ayudantes e instructores cordiales; sobre todo, la luz del Sol en su propio cielo, que entra a través de la ventana de su inteligencia iluminada y guía con lentitud, pero con firmeza, sus pies hacia el lugar de paz.

Pero ahora le aguarda, en el total retiro de esta amable luz, la última y mayor prueba de su fortaleza y fidelidad. Una prueba que le impondrá una obligación de resistencia aún más seria. Hasta aquí, aunque guiado por esa luz, él ha progresado en virtud de sus propios poderes y esfuerzos personales. Pero ahora ha llegado el momento en que esos apoyos deben ser quitados, el momento en que toda confianza en las habilidades naturales, la propia voluntad y el entendimiento racional habitual deben ser rendidos, y el aspirante debe abandonarse por completo a la acción transformadora única de su Principio Vital e Inmortal, sufriéndolo pasivamente para consumir el trabajo en completa independencia de sus facultades menores. Debe perder su vida para salvarla; debe renunciar a todo lo que ha sentido hasta ahora como su vida para encontrar una

vida en una esfera más elevada. Por ello el Tercer Grado es el de la muerte mística, que se representa figuradamente como muerte corporal, de la misma manera que el nacimiento corporal se representa en el Primer Grado como la entrada al sendero de la regeneración. Como ilustración de este proceso nos basta referirnos al diagrama de la sección de la Gran Pirámide de Egipto, que fue construido así, no ya para ser templo de iniciación, sino para registrar de forma permanente los principios que rigen el proceso de regeneración. Su pasaje de entrada discurre durante alguna distancia hacia el interior del edificio como un estrecho canal ascendente a través del cual el postulante que desea alcanzar el centro debe arrastrarse en no poca incomodidad y dificultad. Esto era para representar la disciplina y el trabajo, cues-

ta arriba, de purificación, que se requiere en el Grado de Aprendiz.



En un punto concreto este pasaje estrecho se abre a una galería larga y elevada, todavía muy empinada, por la que el postulante debe pasar, pero en libertad y comodidad. Esto simboliza la condición de iluminación y libertad intelectual asociada al Grado de Compañero. Terminaba en un lugar donde el candidato debía esforzarse de nuevo con sus manos y rodillas a través de la menor apertura de todas, en la

que se hallaba, y todavía se halla, el gran sarcófago en el que era colocado para afrontar la última y suprema ordalía, y de donde era levantado de entre los muertos, iniciado y perfeccionado. El título de admisión comunicado al candidato al Tercer Grado es llamativo, así como la razón que lo justifica. Es un nombre hebreo, que se atribuye al primer artífice de los metales y que significa *en posesiones materiales*. Resulta obvio que el nombre del primer artesano que trabajó la metalurgia en el sentido ordinario no tiene interés alguno para nosotros hoy en día, ni esa información tiene nada que aportar al arte de la regeneración humana. Obviamente resulta un velo de alegoría que oculta alguna verdad relevante, que resultará encontrada al reconocer que los nombres hebreos bíblicos no representan personas, sino que personifican principios espirituales, y que la

historia bíblica no es la historia ordinaria de acontecimientos temporales sino un registro de hechos espirituales eternamente verdaderos.

Esta alegoría es interpretable de la siguiente manera: sabemos por las enseñanzas del Grado de Aprendiz Entrado lo que “dinero y metales” son en un sentido masónico, y que representan el atractivo poder de la fortuna temporal y las posesiones y afectos de cualquier índole. También sabemos que debemos estar exentos de la atracción y seducción de estas cosas, e incluso el deseo de ellas, para ser absolutamente libres, si deseamos alcanzar esa luz y esas riquezas de Sabiduría que el candidato ansía. Ello no significa que deba despojarse literalmente de las posesiones terrenales, sino que es esencial que esté tan absolutamente desafecto a ellas que no le importe si posee algo o carece de ello, y

esté contento, si fuese preciso, de renunciar a ellas por completo si se interponen en el camino de su búsqueda del *tesoro celestial*; pues mientras él se aferre a ellas o esas riquezas ejerzan algún control sobre él, su iniciación se verá irremisiblemente diferida.

Se sigue de todo ello que el alma personal del candidato es el citado *artífice de metales*, y que durante la totalidad de su existencia física ha estado inmerso en el tráfico de *metales*. El deseo de posesiones materiales, de sensaciones y experiencias en este mundo exterior de bien y mal trajo al alma a este mundo. Ahí ha tejido en torno a sí misma su presente cuerpo de carne, siendo artífice cada deseo y cada pensamiento, y añadiendo algo para modificar su moldura natural. Los filósofos griegos solían enseñar que las almas segregan sus cuerpos como un caracol se-

grega su concha, y nuestro poeta Edmund Spenser escribió estas palabras de verdad:

Pues el cuerpo adopta la forma del alma,
Y el alma es forma y crea el cuerpo

*For of the soul the body form doth take,
And soul is form and doth the body
make.*

Si, por lo tanto, el deseo de experiencia física y el apetito de lo material precipitó al alma a condiciones materiales (tal y como está también indicado en la gran parábola del Hijo Pródigo), la renuncia a tal deseo es el primer paso necesario para asegurar su retorno a las condiciones de las cuales una vez emanó. El hastío y consiguiente disgusto ante lo efímero de las cosas terrenales mueve al Hijo Pródigo a desear volver a casa. Un sentimiento semejante mueve a muchos hombres a per-

der todo deseo por lo mundano y a buscar la paz dentro de sí mismo y dirigir allí sus energías en busca de posesiones que sean permanentes y reales. Este es el momento de su verdadera conversión, y el momento en que está maduro para la iniciación a los Misterios escondidos de su propio ser. El Primer y Segundo Grado de la Masonería implican que el candidato ha seguido una larga disciplina en la renuncia de las cosas externas y desarrollado el deseo por las cosas de su interior. Pero, a pesar de que él ha pasado a través de toda la disciplina de sus grados, es representado al final de ellas como no estando todavía totalmente purificado y sí todavía en posesión de *per-tenencias mundanas*, en el sentido de que queda un residuo de atracción por ellas, igual que todavía queda en su corazón confianza en sí mismo; y son estos sutiles elementos tintineantes de pérfido metal en

él los que deben ser erradicados si se pretende alcanzar la perfección. Los defectos y tendencias del alma incrustados como resultado de todos los hábitos y experiencias pasados no se eliminan de repente ni se someten con facilidad. La voluntad propia y el orgullo son sutiles en su naturaleza y pueden continuar engañando a su víctima mucho después de haberse purgado de sus principales defectos. Debe renunciarse a ese metal, morir a él y transmutarlo en el trance crucial del Tercer Grado. Por ello se otorga al candidato un nombre que le designa en este estado y que indica que se halla todavía *en posesión de cosas mundanas*; es decir, que todavía permanece en él algún residuo del espíritu de este mundo que es preciso eliminar de su naturaleza antes de que pueda ser elevado al Sublime Grado de Maestro Masón.

El examen del texto de la apertura y cierre de la Logia en Tercer Grado revela la totalidad de la filosofía sobre la que se cimenta el sistema masónico. Indica que el alma humana tiene su origen en el Oriente Eterno, y que ese Oriente se refiere al mundo del Espíritu y no a una dirección geográfica, y que desde entonces ha encaminado su curso hacia Occidente, el mundo material que es lo opuesto de lo espiritual y al cual el alma ha llegado vagando. El propósito de tal viaje, desde la condición espiritual a la condición material, resulta ser la búsqueda y recuperación de algo que el alma ha perdido, pero que por medio del trabajo y la adecuada instrucción espera encontrar. De esto se deduce que la pérdida aconteció antes de su descenso a este mundo, o de otro modo el descenso no hubiese sido necesario. Lo que se ha perdido no queda explícitamente

te declarado, pero está implícito y se expresa bajo la perífrasis *los genuinos secretos del Maestro Masón*. Es la pérdida de una palabra, o más bien de La Palabra, el Logos Divino o raíz básica y esencia de nuestro propio ser. En otras palabras, el Alma del hombre ha dejado de ser consciente de Dios y ha degenerado en la limitada consciencia terrenal del ser humano ordinario, la condición que describe la parábola cósmica de Adán al ser expulsado del Edén, un exilio de la Divina Presencia y una condena al trabajo y al pesar. Los vigilantes declaran que la búsqueda de esta palabra ha sido infructuosa por el momento, y que ha resultado en el descubrimiento, no de esa Realidad, sino de imágenes sustitutivas. Todo lo cual implica que, por el ejercicio de su inteligencia natural únicamente, el hombre no puede conocer más que sombras, imágenes y

formas accidentales de las realidades que moran por toda la eternidad en el mundo del Espíritu, ante el cual sus facultades temporales se hallan actualmente cegadas. Pero queda una forma de recuperar la conciencia de ese mundo y vida superiores. Se trata de poner en funcionamiento una facultad que reside en la profundidad y centro del ser humano, facultad que ahora se halla dormida y sumergida. Esa facultad latente es el Principio Vital e Inmortal que existe en el punto central del círculo de su individualidad. De la misma manera que el Universo exterior es una proyección externalizada de una Deidad inmanente, así el hombre individual es la externalización y difusión de un germen Divino inherente, aunque pervertido y distorsionado por la voluntad propia y el deseo, que han dislocado y desconectado su conciencia de la raíz de su ser. Basta re-

cuperar el contacto con ese Principio Divino por medio de una renuncia voluntaria a las obstrucciones que lo bloquean y a los elementos inarmónicos de uno mismo, y simultáneamente el hombre cesará de ser únicamente el animal racional que es ahora y se encontrará fusionado con un nuevo principio de vida Divina, compartiendo la Omnisciencia y cooperando con la Deidad. Así recuperará los secretos perdidos y genuinos de su propio ser y abandonará para siempre los secretos sustitutivos, sombras y simulacros de la Realidad, y alcanzará el punto y vivirá dentro del círculo en el que el Maestro Masón nunca puede errar, ni deseará jamás errar, pues es el fin, objeto y consumación de su existencia.

Mientras tanto, hasta que se recupere ese secreto perdido, el hombre deberá conformarse con sus sustitutivos y conside-

rarlos como símbolos sacramentales de esas realidades ocultas, siendo el contacto con ellas mismas su gran recompensa si este se somete a esas condiciones únicas bajo las que puede descubrirlas. La existencia de esas realidades y el régimen esencial de su disfrute son inculcados por la Masonería, como lo han sido por cada orden iniciática del pasado, y es por el hecho de que este conocimiento haya sido siempre conservado en el mundo, permaneciendo accesible a todo aspirante sincero, que expresamos nuestra gratitud al Gran Maestro de todo por haber dejado siempre testimonio tanto de Él Mismo como de la forma de volver a Él.

Tras lo mucho que ha sido ya dicho sobre la ceremonia del Tercer Grado anteriormente no es preciso extenderse más. Puede afirmarse, de todas maneras, que únicamente el Tercer Grado constituye la Ini-

ciación Masónica. El Primer y el Segundo Grado son, en sentido estricto, estadios preliminares que conducen a la Iniciación; no son Iniciación por sí mismos, sino que prescriben la purificación de la naturaleza mental y corporal necesaria para cualificar al candidato para el final que corona todo el trabajo. Para aquellos que no estén familiarizados con lo que implica una verdadera iniciación y lo que la diferencia de la iniciación únicamente ceremonial, y que no tienen noción de lo que la Iniciación significaba en las viejas escuelas de la Sabiduría, ni lo que todavía significa para aquellos que entienden la teoría de la Ciencia de la Regeneración, resulta imposible de explicar la idea del proceso o de sus resultados. El masón moderno, por muy alto grado que posea, resulta tan poco cualificado para comprender la materia como el profano que nunca ha penetrado

en una logia. *Ser iniciado*, afirma una antigua autoridad, Plutarco, *implica morir*, no se trata de una muerte física, sino de una muerte moral en la que el alma se separa del cuerpo y la vida sensitiva, y hallándose temporalmente desprendida de él, es libre de entrar en el mundo de la Luz Eterna y el Ser Inmortal. Esto, tras las más severas disciplinas preliminares, se alcanzaba en un estado de trance y bajo la supervisión de Maestros debidamente cualificados que introducían el alma liberada del candidato en sus propios principios interiores hasta que finalmente alcanzaba la Estrella Flamígera o Gloria en su propio centro, en cuya luz se sabía simultáneamente Gloria y Dios, y se volvía consciente de su unidad y de los *Cinco Puntos de Perfección* entre ellos. Tras esta experiencia, a la vez terrible y sublime, el alma iniciada era traída de vuelta a su

cuerpo temporal y se reunía *con sus compañeros de antiguos trabajos* para volver a su vida temporal, pero siendo ya consciente de su Vida Eterna sobreañadida a sus conocimientos y sus potencias. Solo entonces se recibía el nombre de Maestro Masón. Solo entonces podía afirmarse, en las palabras de otro iniciado, Empédocles, *¡Adiós, aliados terrenales, pues ya no soy una criatura mortal, sino un ángel inmortal que asciende a la Divinidad y reflexiona sobre esa semejanza de Dios que he encontrado en mi interior!*

Los secretos de la Francmasonería y de la Iniciación están ampliamente relacionados con los procesos de introversión del alma hacia su propio Centro, y más allá de esta breve referencia al asunto es impropio decir más. Pero en confirmación de lo que ha sido indicado puede ser útil recordar el Salmo 23, en el que los Iniciados Hebre-

os hablan tanto de la suprema experiencia de atravesar el Valle de la Sombra de la Muerte como de las fases preliminares de preparación mental para esa ordalía. Destilando ese salmo familiar de la maravillosa metáfora dada en la bella redacción bíblica, su verdadero significado puede ser expresado de la siguiente manera para el estudiante masónico:

El Principio Vital e Inmortal que hay dentro de mí es mi iniciador, y es por completo suficiente para conducirme a Dios.

Me ha hecho postrarme en humillación y disciplina en “verdes pastos” de meditación y alimento espiritual.

Me ha llevado junto a “aguas tranquilas” de contemplación, en contraste con “el turbulento mar” de mi ser natural.

Está renovando mi alma (reintegrándola a partir del caos y el desorden).

Aun cuando atraviere el mortal Valle de las Tinieblas (mis propios e interiores velos de oscuridad), no temeré ningún mal; pues ese Principio permanece conmigo como una estrella guía. Sus orientaciones me mantendrán sano y salvo.

Me proporciona los medios para vencer a mis enemigos interiores y mis debilidades; unge mi inteligencia con el óleo de la Sabiduría; el cáliz de mi mente rebosa de nueva luz y conciencia.

El Divino Amor y la Divina Verdad, con los que me encontraré cara a cara en mi centro, será una presencia constante para mí todos los días de mi vida temporal; y después moraré en la Casa del Señor (un cuerpo espiritual glorificado) para siempre.

El Tercer Grado está completo, y únicamente puede ser ampliado por la ceremonia del Santo Arco Real. Por lo tanto se dedicará a esa ceremonia una plancha posterior.



El mandil masónico

A partir de lo que ha sido comentado en estas páginas, el significado pleno del Mandil será ahora percibido y puede resumirse de la siguiente manera:

1. El Mandil es el símbolo de la vestidura corpórea del alma (no tanto de su cuerpo físico temporal como de su corporeidad invisible que sobrevive a la expiración de la parte mortal).
2. El alma fabrica su propio cuerpo o mandil por medio de sus propios deseos y pensamientos (véase Génesis 3, 7: *Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales*) y según sean estos puros o

impuros, así será ese cuerpo transparente y blanco, o denso y opaco.

3. La investidura del candidato con el Mandil en cada grado por parte del Primer Vigilante, como delegado del Venerable maestro para ese propósito, pretende inculcar esta verdad; pues el Primer Vigilante representa el alma que, conforme a su propia espiritualidad, se envuelve automáticamente con esa vestidura hecha por ella misma de una manera que marca su propio progreso o regreso.

4. El Mandil sin adornos del Primer Grado indica la pureza de alma que se contempla como fin y razón de ser de ese grado.

5. Las pálidas rosetas azules añadidas al Mandil en el Segundo Grado indican que se está progresando en la ciencia de la regeneración y que la espiritualidad del candidato comienza a desarrollarse y a

florecer. El azul, el color del cielo, ha sido tradicionalmente asociado a la devoción prestada a asuntos espirituales.

6. En el Tercer Grado el progreso aún mayor es simbolizado por el aumento de adornos azules del Mandil, así como por las cadenitas plateadas y la serpiente de plata empleada para ajustarse el Mandil. El candidato se ha despojado teóricamente de todos los metales malignos y los ha transmutado en riquezas espirituales. Con la Maestría ha alcanzado la esfera de esas riquezas bajo la representación de las cadenitas de plata, un metal precioso y sin color siempre asociado con el alma, de la misma forma que el oro, en razón de su valor supremo y cálido color, es asociado con el Espíritu. La serpiente de plata es el emblema de la Sabiduría Divina tejiendo la nueva vestidura del alma.

7. El azul claro y la plata del mandil de Maestro Masón se vuelve más intenso en el azul oscuro y ornamentación dorada portada por los Oficiales de Gran Logia, que en teoría han evolucionado a una espiritualidad aún más profunda y se han transmutado a sí mismos de plata a fino oro. *La hija del Rey* (es decir, el Alma) *es todo Gloria por dentro, y su vestimenta es de oro con perlas engastadas*, es decir, forjada o fabricada por sus propias energías espirituales.

Oración para el cierre de la Logia

Oh, Soberano y Más Venerable de todos los Maestros, que en Tu infinito amor y sabiduría has creado nuestra Orden como medio de acercar a Tus hijos a ti, y por ello has ordenado a sus Oficiales como símbolos de Tu poder de siete dimensiones; sé para nosotros un Guardatemplo Externo, y defiéndenos de los peligros que nos rodean cuando nos volvemos de lo que hay fuera a lo que hay dentro.

Sé para nosotros un Guardatemplo Interno, y guarda nuestras almas que desean atravesar el portal de Tus Santos Misterios.

Sé para nosotros el Segundo Diácono, y enseña a nuestros torpes pies los pasos ciertos y verdaderos del sendero que con-

duce a Ti. Sé también el Primer Diácono, y guíanos por la escalera de caracol que conduce a Tu Trono.

Sé para nosotros el Segundo Vigilante, y en el Sol de mediodía de nuestro entendimiento háblanos en sacramentos que muestren los esplendores de Tu luz no manifestada.

Sé también para nosotros el Primer Vigilante, y en la terrible hora en que desaparezca la luz, cuando la visión falle y el pensamiento no posea más fuerza, permanece con nosotros, revelándonos, de forma que podamos soportarlo, los misterios ocultos de Tu sombra.

Y así, a través de la luz y la oscuridad, elévanos, Gran Maestro, hasta que seamos uno contigo, en la inefable gloria de Tu presencia en el Oriente.

Que así sea.



Capítulo IV

EL SANTO ARCO REAL DE JERUSALÉN

La Francmasonería, bajo la Constitución Inglesa, alcanza su clímax y perfección en la Orden del Santo Arco Real. Existe una variedad de otros grados que se ramifican a partir de la fuente principal del sistema masónico y que desarrollan aspectos colaterales de su doctrina o reinterpretan sus enseñanzas bajo un simbolismo alternativo. Estos grados, ya sean de mayor o menor mérito e interés, quedan al margen de nuestras consideraciones y, desde lue-

go, son añadidos superfluos que tienden más a desviar la atención del estudiante que no a ayudarlo a profundizar en su comprensión del propósito principal del Arte Real. Se pueden recibir altos grados adicionales de forma indefinida, pero ¿con qué propósito, si los iniciales, que contienen todo lo necesario para la comprensión del Oficio, permanecen insuficientemente asimilados? Es una falacia suponer que multiplicar los grados resultará en el descubrimiento de arcanos secretos que no se han encontrado en los rituales de los tres primeros grados y del Arco Real. Los altos grados, sin duda, ilustran verdades de gran interés, a menudo revestidas de una impresionante belleza ceremonial, siendo mayor su comprensión cuanto mejor se haya asimilado el contenido de los grados preliminares; pero la búsqueda de *secretos* se demuestra vana con certeza, pues los

únicos secretos dignos de ese nombre son aquellos que no pueden comunicarse y que solo pueden descubrirse dentro de la conciencia personal de aquel que los busca, que es al fin y al cabo quien traduce la representación ritual en acontecimientos y experiencias espirituales. Fue por lo tanto una sensata idea la que movió a aquellos que establecieron la actual constitución de la Orden a excluir esos refinamientos accesorios y declarar que “la masonería consiste en los tres grados simbólicos y el Santo Arco Real y nada más”, pues dentro de ese ámbito se muestra, o al menos se esboza, todo el proceso de la regeneración humana; de forma que tras el Arco Real no queda nada más realmente por decir, aunque lo que ha sido enseñado es todavía, desde luego, susceptible de ulterior elaboración.

La integridad de la regeneración teóricamente postulada en estos cuatro estadios está marcada, obsérvese, por la muy significativa expresión empleada ritualmente en el Capítulo del Arco Real, cuyo significado se interpreta como “habiendo mi pueblo obtenido misericordia”, que en un análisis posterior significa que todas las partes y facultades (“pueblo”) del organismo del candidato ha sido, por fin, y como resultado de su disciplina previa y terribles experiencias, sublimadas e integradas en una nueva cualidad y más alto orden de vida que el previamente disfrutado en virtud de su naturaleza meramente temporal. En una palabra, ha sido regenerado. Ha alcanzado el milagro de “cuadrar el círculo” —una expresión metafórica para la regeneración, como explicaremos aquí. Aunque no es sino una ampliación y complemento del Tercer Grado, del

cual antaño formó parte, hubo buenas razones para desprender la parte del Arco Real de lo que actualmente forma el grado de Maestro Masón. La combinación de ambas partes conformaba un rito inconveniente por su extensión, al tiempo que se requería un cambio de la disposición de los elementos simbólicos, así como de las oficialías, conforme la ceremonia se iba desarrollando, para garantizar una representación apropiada y espectacular de la liturgia posterior. A pesar de ello el Arco Real es la conclusión natural, y plenitud, del Tercer Grado, que inculca la necesidad de una muerte mística y escenifica el desarrollo de tal muerte y la resurrección a una nueva vida. El Arco Real lleva el proceso un paso más adelante, al mostrar su plenitud en la exaltación o apoteosis de aquel que ha sufrido y experimentado ese proceso. Podría decirse que el grado de Maes-

tro Masón es representado, en términos de teología cristiana, por la fórmula “Sufrió, fue enterrado y se levantó de nuevo”, mientras que el equivalente de la ceremonia de exaltación es “y ascendió a los Cielos”. El grado del Arco Real persigue mostrar esa vida nueva e intensificada que el candidato puede alcanzar así como el exaltado grado de conciencia que conlleva. De ser consciente únicamente como un hombre natural y en el sentido naturalmente restringido a todo aquel que nace en este mundo, él resulta exaltado (a pesar de permanecer todavía en su carne) a la Conciencia de una forma sobrenatural y sin límites. Como se ha dicho en escritos anteriores, el propósito de toda iniciación es elevar la conciencia humana de niveles inferiores a niveles superiores acelerando las potencialidades espirituales del hombre y llevándolas a toda su extensión por

medio de la apropiada disciplina. No se concibe alcanzar mayor nivel posible que aquel donde lo humano se une a la conciencia divina y conoce a la manera que Dios conoce. Y al ser ese el nivel que la Orden del Arco Real trata en sus ceremonias, se concluye que la Masonería, como sistema sacramental, alcanza su clímax y culminación en esa orden.

Como ya se ha dicho, alcanzar ese nivel implica como requisito esencial una total abnegación, la renuncia y renovación de la naturaleza original propia, la derrota de los deseos naturales, tendencias e ideas previas, y el abandono y aniquilación de la voluntad individual por medio de disciplina, autonegación y gradual pero vigorosa oposición a todo lo anterior, al punto de atrofiarlo y hacerlo morir. “Aquel que ama su vida la perderá, y aquel que odie su vida en este mundo la transformará en

eterna. En verdad os digo que si el grano de trigo no cae a la tierra y muere, queda solo; más si muriese dará mucho fruto". Con el hombre sucede como con la semilla de trigo. Si persiste en aferrarse a la vida presente y mundana que conoce, si rehúsa reconocer que le es posible alcanzar una vida de mayor calidad aquí y ahora, o carece de la voluntad para hacer el esfuerzo necesario para alcanzarlo, él "queda sólo", no llega a ninguna parte, y solo frustra su propia evolución espiritual. Pero si está deseando *morir*, en el sentido antes indicado, así reencauzará su vida y someterá sus deseos y sus energías naturales, al punto de otorgar al Principio Vital e Inmortal que se halla dentro de él mismo la oportunidad de afirmarse y superponerse a ellos. Y de la materia desintegrada de su vieja naturaleza germinará la verdadera vida, que crecerá en él y dará fruto, y a

través de los pasos y fases de la iniciación se elevará de su *yo* muerto a sublimes vivencias que de otro modo no podría experimentar.

Esta necesidad de *muerte del yo*— no nos referimos, repetimos, a la muerte física del cuerpo, sino a una mística *muerte en vida* que debe abarcar todo excepto el cuerpo— es el primer y fundamental hecho que debe ser interiorizado antes de darse cuenta o desear comprender el misterio del grado de Arco Real. *Mors janua vitae*, la muerte es el portal de la verdadera vida. No hay otra manera. Es la ineludible ley y condición del progreso del alma. Pero puesto que es un proceso que implica “una muy seria prueba de fortaleza y fidelidad” y una lucha con uno mismo ante la que el timorato y el inseguro bien pueden aturdirse, los sistemas iniciáticos han mostrado siempre un ejemplo

para la instrucción, apoyo y modelo de aquellos preparados para afrontar el sacrificio necesario. Para alentarlos a la tarea las escuelas iniciáticas han encarnado un prototipo en el personaje de algún alma grande que ya ha atravesado el mismo sendero y ha emergido triunfante de él. Es irrelevante si se puede demostrar su identidad y realidad históricas o si únicamente puede ser considerado como legendario y mítico, pues su sentido no es enseñar únicamente un hecho histórico, sino reforzar un principio espiritual. En Egipto ese prototipo era Osiris, que fue asesinado por su perverso hermano Tifón, pero cuyos miembros destrozados fueron reunidos en un cofre del que emergió recompuesto y divinizado. En Grecia era Baco, que fue despedazado por los titanes. Baldur en Escandinavia y Mitra en la Europa greco-romana eran prototipos similares. En la

Masonería el arquetipo es Hiram Abiff, que halló su muerte de resultas de la conspiración de una muchedumbre de obreros en el que había tres rufianes principales. En la fórmula cristiana, señora de todos los sistemas, pues integra y reelabora todos los demás, el mayor paradigma muere en los brazos del populacho, encabezado también por Judas, Caifás y Pilatos. Si bien en la Masonería la muerte mística es dramatizada con más realismo que la resurrección que le sigue, esa resurrección es mostrada, en cualquier caso, en la “elevación” del candidato al rango de Maestro Masón y su “reunión con los compañeros de antiguos trabajos”, implicando la reintegración y reasunción de todas sus antiguas facultades y potencias en un estado sublimado, de igual forma que los miembros del Osiris resurgido se dice que se reunieron en un nuevo todo y el

Maestro Cristiano arrebató su cuerpo mutilado a la muerte y lo retomó, transmutándolo en otro de sustancia y esplendor sobrenaturales.

Por lo tanto, debemos ahora considerar cómo el grado del Arco Real muestra la consecución de un nuevo orden de vida. Pero es conveniente decir de antemano que, para aquellos no habituados a ver más allá de valores superficiales y significados mundanos, la explicación que se va a dar, que gira en torno a las más profundas verdades espirituales así como a avanzadas experiencias psicológicas plasmadas en alegorías por el ceremonial visible, probablemente presente una cierta dificultad de comprensión y aceptación. Al fin y al cabo, el Arco Real no constituiría el grado supremo si no se moviese sobre un elevadísimo nivel de pensamiento e instrucción. No fue compilado para

acomodarse a la inteligencia elemental que caracteriza al neófito filosóficamente analfabeto. Presupone que el candidato ha pasado por un largo y trabajoso período de purificación y disciplina mental, en el curso del cual su comprensión ha sido considerablemente ensanchada y profundizada al tiempo que su fidelidad a la sublime Luz interna que le ha conducido sano y salvo tan lejos le ha inducido a la humildad y a la docilidad, preparándole para lo que todavía le aguarda: alcanzar esa sabiduría oculta a los sabios y los prudentes de este mundo pero revelada a los recién nacidos. Se trata de un rito de iniciación que tiene menos que ver con la bruta naturaleza corporal y su vulgar mentalidad temporal que con las más altas esferas y la potencialidad de su comprensión y consciencia. De esta forma, lo más que se puede decir aquí no es sino una ex-

posición incompleta y parcial de un tema que más bien demanda una imaginación disciplinada y una reflexión reverencial que no un argumento razonado. Algunas cosas deben ser necesariamente omitidas mientras otras se mencionan temerosamente y corriendo el riesgo de ser malinterpretadas o rechazadas por aquellos que no son conscientes de que, en estos asuntos, *la letra mata, pero el espíritu da vida, y que las verdades espirituales deben ser discernidas espiritualmente.*

Antes de interpretar la Ceremonia en sí misma es recomendable primero indicar cuatro aspectos significativos relacionados con esta Orden Suprema y que la distinguen de los tres grados que conducen a ella. Incluso al hablar de estos aspectos accesorios se harán sentir las dificultades antes mencionadas, tanto de exposición como de comprensión.

En primer lugar, nadie puede ser recibido en un Capítulo sin haber alcanzado primero el rango de Maestro Masón.

En segundo lugar, el símbolo circular del Gran Geómetra, que en el Segundo Grado brillaba en lo alto del techo del templo, y en el Tercer Grado había descendido y ardidado como un suave rayo en el Este para guiar los pies del candidato en el sendero de la paz, ahora ha descendido completamente al suelo ajedrezado, donde reposa como centro y foco cúbico de todo el organismo y soporta el Nombre Sagrado e Inefable, así como los de Salomón y los dos Hirames.

En tercer lugar, la constitución de la Asamblea ya no consta de siete oficiales, sino de nueve, agrupados en tres tríadas en torno al Sagrado Símbolo Central.

Y en cuarto lugar, la Asamblea, contemplada como una unidad, ya no se denomina Logia, sino Capítulo.

El primero de estos puntos (que nadie salvo un Maestro Masón puede entrar en el Arco Real), ya ha sido tenido en cuenta. No es factible, ni está dentro de la ley que rige los procesos de evolución espiritual, para alguien que no ha experimentado el estadio de muerte simbólica, tener conciencia de lo que se haya más allá de esa muerte. Al igual que un niño no nacido no puede conocer nada de este mundo, en el que de todas formas existe, hasta que es iniciado en él por medio del parto, así el niño espiritualmente embrionario no puede nacer a las funciones conscientes del plano del Espíritu hasta que se ha desprendido totalmente de la matriz carnal y hábitos a los que se ha acostumbrado.

Los puntos segundo y tercero pueden considerarse conjuntamente. La nueva distribución de los elementos del templo que se lleva a cabo simboliza la reestructuración acaecida en la propia organización psicológica del candidato. Esta ha sufrido una repolarización como resultado del descenso al interior de su mente de esa Luz alta y central que al principio brillaba como si se encontrase en los Cielos, lejos y sobre él, iluminando la ventana de la buhardilla de su inteligencia natural. Consideremos profundamente lo que este cambio implica. La Estrella del Día que se halla en lo más alto le ha visitado ahora; la fuente generadora de toda conciencia ha descendido al interior del propio metabolismo de su efímero cuerpo físico, no sólo impregnándolo de Luz, sino enraizándose como un injerto de forma sustancial y permanente. En lenguaje teológico, Dios

se ha hecho Hombre, y el Hombre se ha divinizado en virtud de este descenso y unión. En términos masónicos, el Principio Vital e Inmortal que reside en el candidato se ha superimpuesto por fin al principio de vida temporal y le ha establecido sobre un nuevo centro de vida incorruptible. Ahora, y quizá únicamente ahora, se vuelve profundamente apreciable la necesidad de las anteriores purificaciones, disciplina, autocrucifixión y muerte de toda nuestra naturaleza inferior. ¿Cómo podría la pureza de la Esencia Divina hallar su tabernáculo en el vasto cuerpo del hombre sensual? ¿Cómo podría la sabiduría Eterna desvelar sus tesoros en una mente oscurecida o ansiosa por nada más que el perverso metal y las búsquedas materiales? ¿Cómo podría la Voluntad Universal cooperar y funcionar a través del hombre cuya insignificante voluntad per-

sonal bloquea su canal, contraponiéndola constantemente a sus preferencias egoístas y deseos desordenados? Un Maestro Masón, pues, en toda la amplitud del término, no es un hombre normal, sino un hombre divinizado, en el que las conciencias universal y personal se han unido. Obviamente la calidad de vida y de conciencia entre este y otro hombre deben variar ampliamente. Todo su ser goza de una calidad diferente y gira sobre otro centro. Ese nuevo centro está descrito como el Gran Geómetra del universo personal del hombre, en tanto en cuanto su acción sobre el organismo de quien quiera que se rinda a su influencia origina una redistribución de sus facultades funcionales y conscientes. El conocimiento de este hecho fue, en la época de los antiguos sabios, la verdadera y original geometría (literalmente “medida de la tierra”, que de-

terminaba las potencialidades ocultas de la tierra humana u organismo temporal sometido a fuerzas espirituales). “Dios geometriza”, escribió Platón, íntimo conocedor de la materia. Muchos de los teoremas euclídeos y pitagóricos, ahora contemplados como meras demostraciones matemáticas, eran originalmente expresiones, veladas en glifos matemáticos, de la ciencia esotérica de la Autoconstrucción o verdadera Masonería. La bien conocida 47^a proposición del Primer Libro de Euclides es un ejemplo de esto y en consecuencia ha llegado (aunque pocos masones modernos podrían explicar por qué) a ser inscrita en la joya oficial del Pasado Maestro. Más aún, la cuadratura del círculo, problema que ha desconcertado a tantos matemáticos modernos, es una expresión oculta que significa que la Deidad, simbolizada por el círculo que todo lo contiene,

ha adquirido forma y manifestación en un “cuadrado” o alma humana. Expresa el misterio de la Encarnación, llevada a cabo dentro del alma de la persona. Bajo el impulso del Principio Geómetra que ahora se encuentra simbólicamente integrado en el organismo temporal del candidato, una redistribución de las potencias que lo componen ha sido llevada a cabo. Su condición repolarizada está simbolizada por un triángulo equilátero con un punto en el centro, y tal triángulo aparece, bordado en oro, sobre la banda portada por los Compañeros de la Orden. El significado de este triángulo es que las tres naturalezas de aquel que lo lleva (es decir, la espiritual, la psíquica y la física) ahora se encuentran compensadas y equilibradas en torno a su Principio Vital común que se haya en el centro, adecuado y proporcionado para Su propósito. Y cada una de estas tres divi-

siones, aun unitarias en su ser, son filosóficamente trinas en su composición cuando se les somete a análisis intelectual. “Cada mónada es madre de una tríada” es otra máxima de los Antiguos, que anticiparon la moderna proposición metafísica hegeliana de que tesis, antítesis y síntesis son los componentes esenciales de una verdad dada. De aquí surge que los tres aspectos de los tres lados de nuestro triángulo equilátero están personificados ritualmente por los nueve oficiales del Capítulo: tres en el Este, representando el lado espiritual, tres en el Oeste figurando el Alma o lado psíquico, y tres nexos subordinados conectando a los anteriores (serán más convenientemente tratados cuando nos adentremos en la naturaleza simbólica de los oficiales).

El cuarto punto a tratar es el cambio de denominación de “Logia” a “Capítulo”.

La palabra “Capítulo” deriva de *Caput*, cabeza. La razón para el cambio de nombre es, de todas formas, mucho más profunda que el mero hecho de que el Arco Real se halle en la cabeza o cima del Oficio. Hace referencia, en un doble sentido, al rango capitular y a la conciencia del maestro mismo del Arco Real. En virtud de su señorío o supremacía sobre su naturaleza material él se encuentra más allá del mero trabajo del Oficio y de gobernar la logia de su naturaleza inferior, que ahora no es sino dócil instrumento y sierva de su yo espiritual. De ahora en adelante sus energías se emplean principalmente en el plano espiritual. La “cabeza” del organismo material del hombre es el espíritu del hombre, y este espíritu, conscientemente aunado con el Espíritu Universal, es el instrumento supremo de la Deidad y su vehículo en este mundo temporal. El or-

ganismo físico y el cerebro de un hombre tal se han sublimado y afinado a una condición y una eficiencia inmensamente avanzada con respecto a la humanidad media. Hay implicados procesos fisiológicos que no pueden ser discutidos aquí más allá de decir que en tal hombre el sistema nervioso al completo contribuye a cargar ciertos ganglios y estimular ciertos centros cerebrales de una forma desconocida para el hombre ordinario. El sistema nervioso provee el almacenamiento de energía y los medios conductores de las energías espirituales, igual que los cables del telégrafo son los medios para la transmisión de la energía eléctrica. Pero el verdadero Maestro Masón, en virtud de su maestría, sabe cómo controlar y aplicar esas energías. Culminan y alcanzan la autoconciencia en su cabeza, en su inteligencia. Y a este respecto podemos referirnos a

un testimonio de las Escrituras oscuramente velado, cuya importancia permanece imperceptible para el lector no instruido. Los Evangelios recogen que la Pasión del Gran Hombre y Maestro finalizó *en el lugar llamado Gólgota en la lengua hebrea; es decir, el lugar de la Calavera*; esto es decir que terminó en la cabeza o sede de la inteligencia y en un misterio de la conciencia espiritual. La misma verdad es igualmente testificada, y de nuevo bajo el velo de la expresión simbólica, en la referencia a la ramita de acacia plantada junto a la cabeza de la tumba del Gran Maestro Masónico y prototipo, Hiram Abiff. La tumba es el alma del candidato; la ramita de acacia representa el *akasa* latente (por emplear un término oriental) o germen latente plantado en el suelo y que aguarda ser activado por su inteligencia, la “cabeza” de ese plano. Cuando esa rama de

acacia florece a la cabeza del sepulcro de su alma, él comprenderá, de forma conjunta y en ese mismo momento, el misterio del Gólgota, el misterio de la muerte de Hiram, y el significado de la ceremonia de exaltación del Arco Real. Se trata de un misterio de conciencia espiritual, la floración de la mente en Dios, la apertura de la inteligencia humana en consciente asociación con la Mente Universal y Omnisciente. Es por esta razón que el cráneo o calavera goza de prominencia en el grado de Maestro Masón.

Tras todas estas premisas procederemos a considerar la Ceremonia de Exaltación.

La ceremonia de Exaltación

De nuevo el candidato se encuentra en estado de oscuridad. Pero la razón de esta oscuridad difiere totalmente de la que existía en el estadio de Aprendiz Entrado. Entonces no era sino un ignorante principiante en la búsqueda, realizando sus primeros esfuerzos irregulares y confusos hacia la Luz. Ahora ha pasado mucho más allá de ese estado; viene con toda la cualificación y el equipamiento del Maestro Masón. Hace ya mucho que vio la Luz por primera vez, y durante mucho tiempo esta ha dirigido sus pasos y nutrido su crecimiento con sus rayos. Más aún, tras toda esta experiencia con ella, ha tomado conciencia de que la Luz se retira de él y desaparece en la gran ordalía de descomposición del

Tercer Grado, cuando, en la *oscura noche del alma* y totalmente despojado de sus potencias, él ha aprendido cómo la fuerza puede perfeccionarse a partir de la debilidad por la potente eficacia del Principio Vital e Inmortal que se halla dentro de él, y en cuya presencia se encuentran tanto la Luz como la Oscuridad. Su actual falta de Luz inicial es la oscuridad del Tercer Grado que perdura hacia su experiencia posterior. Supone un momentáneo desconcierto ajustar su percepción a la nueva cualidad de la vida en la que se está adentrando, igual que un recién nacido es incapaz al principio de enfocar su vista a los objetos que se encuentran ante él. Durante unos instantes, pero tan solo unos breves instantes, el candidato se encuentra en oscuridad; pero realmente está cegado por el exceso de luz más que por la falta de ella.

En esta condición acomete la apertura de un cierto lugar en el que se adentra y que procede a explorar, manteniéndose mientras tanto tocando a sus compañeros por una cuerda o *línea vital*. El simbolismo de todo esto es singularmente rico en alusión a ciertos procesos de introspección bien definidos en la experiencia de los místicos contemplativos y bien descritos en sus registros. El lugar penetrado encarna de nuevo el organismo psíquico y material, un denso compactado de partículas materiales que reviste el más tenue espíritu interior del hombre al igual que una concha rodea el contenido de un huevo. “Retirad la piedra”, si recordáis, fue la primera exclamación del Maestro en la resurrección de Lázaro. Una vez desplazada esta obstrucción, el organismo psíquico se separa del físico y la mente es libre de volverse introvertida y trabajar especulativamente

sobre su propia base, de buscar los contenidos de sus profundidades inexploradas, de indagar con más y más profundidad en él mismo, erradicando defectos y despejando ruinas, esforzándose una y otra vez por la energía de una voluntad constante pero manteniendo el contacto con la naturaleza física exterior por un sutil filamento, o *línea vital*, que impide una total separación. La situación es la misma que cuando el cuerpo duerme mientras que la mente está soñando y es vívidamente activa, con la diferencia de que en los sueños la voluntad no ejerce como instrumento conscientemente director y regente, como sucede hipotéticamente con aquellos que, habiendo alcanzado el grado de Maestro Masón, tienen todas sus facultades bajo control de la voluntad. Desde luego, todo este trabajo interior, tan rápidamente resumido y simbólicamente representado en

la Ceremonia, no es el trabajo de un día ni el resultado casual de la debilidad. Los antiguos se referían a él como los Doce Trabajos de Hércules, al tiempo que su naturaleza afanosa es descrita gráficamente por el iniciado poeta Virgilio en la sexta Eneida y más recientemente por iniciados posteriores. Cuando la naturaleza de este trabajo es comprendida, no es desde luego un trabajo para ser tomado a la ligera. A lo largo de la Ceremonia la mayor humildad debe impregnar al candidato como condición esencial para abordar este proceso de autoexploración que Él está a punto de acometer hasta el núcleo mismo, pero en el cual debe detenerse y prestar obediencia en tres etapas, en cada una de las cuales se le informará que se está aproximando más y más a la Esencia central, ese terreno sagrado de su ser que solo puede ser transitado por los más humildes, esa “Tie-

rra” que únicamente los mansos heredarán. Es en este estado en el que la mente introspectiva, que intenta alcanzar su propio cimiento y centro, alcanza sobradamente el lecho de roca de su ser. Igual que la ceremonia simbólica muestra la toma de un emblema que encarna la Palabra Viva, así literalmente y de hecho la mente reflexiva, al llegar al Principio Vital e Inmortal que lo anima se prepara para la Vida Eterna. Descubre la Palabra Perdida, la raíz divina de su ser, de la que ha estado disociado hasta ahora. Al principio no se da cuenta del acontecimiento, pues *la Luz brilla en la oscuridad y la oscuridad no la abarca*. Ahora esa oscuridad va a desaparecer, cuando “el día” (la nueva conciencia) amanezca y las sombras (la vieja mentalidad) se desvanezcan. Es el trabajo de la mente introspectiva y el descubrimiento que realiza lo que es mostrado como te-

niendo lugar de forma oscura y lóbrega. Ahí permanece, por lo tanto, un proceso psicológico concluyente: sacar a la luz ese conocimiento y desarrollarlo en conciencia cerebral formalizada, de forma que lo que el espíritu y el alma ya conocen interiormente sea conocido externamente por el alma exterior. La conciencia subjetiva no se convierte en conocimiento hasta que ha sido procesada por el cerebro y pasada por el alambique neuronal y la comprensión lógica. Cuando ya ha atravesado este proceso y se ha vuelto formalizada, una acción recíproca y refleja entre las naturalezas interior y exterior es establecida, resultando en la iluminación de todo el ser. Esta extroversión de percepciones subjetivas se alcanza simbólicamente por el retorno del candidato de las profundidades subterráneas a la superficie, donde se reúne de nuevo con sus antiguos compañeros

de viaje y efectúa la unificación de sus partes componentes.

Es en ese momento cuando el Misterio se consuma. La Gran Luz irrumpe. El Principio Vital e Inmortal alcanza la autoconciencia en él. La Gloria del Señor se revela en él y a él, y toda su carne la contempla. En tanto es posible para el ceremonial simbólico retratarlo, esta consumación queda representada por la restauración de la Luz y la revelación que entonces admira el candidato. Su condición difiere ahora de cualquier otra que le haya precedido. No se trata meramente de la iluminación por la Luz Sobrenatural, sino que consiste en la identificación con Ella. Ambos se han convertido en uno, al igual que un hierro al rojo vivo no puede distinguirse del fuego del horno que lo envuelve. Al comienzo de su búsqueda masónica el anhelo predominante era la Luz. La fuerza im-

pulsora no era la suya propia, sino la de la Luz misma, la primigenia Luz de luz, la Palabra de la Sustancia Divina que buscaba desarrollarse a sí misma en él. La Conciencia nace cuando esa Luz se convierte en autoperceptiva por la polarización en el interior de un organismo fisiológico viviente. El hombre provee el único organismo adaptado para el logro de esa auto-percepción, pero únicamente cuando ese organismo está purificado y suficientemente preparado para ello. En el Arco Real ese logro se alcanza hipotéticamente.

La condición alcanzada por el candidato iluminado es el equivalente a lo que en teología cristiana se denomina *Visión Beatífica* y en las culturas orientales se conoce como *Samadhi*. También es referida como conciencia universal o cósmica, dado que el recipiendario, trascendiendo todo sentido de individualidad personal,

tiempo y espacio, es co-consciente con todo lo que es. Él ha penetrado en el éxtasis y la paz que sobrepasan ese entendimiento temporal que queda limitado a la percepción de contrarios, antinomias y contrastes que caracterizan la existencia finita; él se ha levantado hacia ese estado exaltado donde todo ello encuentra su resolución en la celestial concordia de lo Eterno. El iluminado está en consciente empatía e identidad de sentimiento con todo lo que vive y siente, en virtud de esa caridad universal y amor sin límites que es el corolario de percibir la unidad de todo en el Ser de la Deidad, y que al comienzo de su progreso se le describió como la cumbre del trabajo del masón. También percibe que hay un universo tanto dentro como fuera de él, que él comprende y alberga microscópicamente todo aquello manifestado a su inteligencia como el vasto uni-

verso espacial que le rodea. Es consciente por sí mismo de ser la medida del Universo; se da cuenta de que la Tierra, los Cielos, y todo lo que contienen, son imágenes proyectadas de realidades correspondientes presentes dentro de sí mismo. Como cabeza perfecta de la creación, contempla cómo aúna en él mismo todas las formas de vida inferiores por las que su organismo ha pasado hasta alcanzar esa perfección. Los cuatro arquetipos simbólicos representados por el león, el buey, el hombre y el águila son un glifo muy antiguo, que muestra entre otras cosas la historia de la evolución del alma y su progreso desde el estado de bestia salvaje, dominada por sus pasiones, hacia un estado en el que, siendo todavía sensual y animal, es dócil y disciplinado para el servicio, y de ahí pasa al estadio de la racionalidad humana, que finalmente desemboca en

una espiritualidad que ansía elevarse. De forma similar los estandartes de las doce tribus de Israel no son sino representaciones de sus prototipos, los doce signos del Zodíaco de esos cielos que podrían no existir o ser reconocibles para el ojo externo, pues son una realidad únicamente alcanzable por el ojo interno, pues es una imagen que recoge en sí misma, no las tribus de una nación terrestre, sino las *Tribus de Dios*, las jerarquías celestiales que constituyen el dosel arquetípico o Arco Real que se eleva sobre la creación visible y que tamizan las influencias de todo ese Espíritu trino de Poder, Sabiduría y Amor en el que toda la compleja estructura vive, se mueve y tiene su ser. “En el principio creó Dios los cielos y la tierra, y la tierra no tenía forma y estaba vacía, y las tinieblas cubrían la faz del abismo. Y dijo Dios, ¡Hágase la Luz!, y la Luz se hizo”. Con es-

tas palabras comienza la Sagrada Escritura, que es el don sacramental de esa Palabra Viva por quien todas las cosas fueron hechas, y están todavía siendo hechas, y cuya vida es la luz del hombre. El candidato que recupera esa Palabra Perdida, en el sentido de recuperar la integración orgánica vital en ella y que, por lo tanto, es uno con su Vida y con su Luz, es capaz de verificar esta vieja historia de la creación en su aplicación personal a sí mismo. Él permanece en presencia de su propia *Tierra*, la cripta de roca o densa matriz de la que su más alto ser ha surgido, y de sus propios Cielos o cuerpo etéreo de sustancia radiante que (como el fajín brillante de la Orden quiere significar) ahora le cubre con luz así como con paño. Es capaz de discernir que era él mismo quien al principio estaba “vacío y sin forma” y quien en virtud del “¡Hágase la Luz!” se ha

transformado finalmente desde el caos y la inconsciencia a una forma tan perfecta y lúcida que es capaz de ser un vehículo co-consciente de la misma Sabiduría Divina.

Con este logro simbólico de la Visión Beatífica en la restauración de la Luz, la parte efectiva de la ceremonia del Arco Real como rito iniciático concluye. Lo que sigue es anticlímax y una exposición alegórica de naturaleza similar a la historia tradicional en el grado de Maestro Masón. Esto adopta la forma de un mito o narración dramática a cargo de los tres Moradores³, que describen su liberación desde la cautividad en Babilonia, su retorno a Jeru-

³ En castellano de España el cargo se denomina Sobrestante, que significa “capataz” o “vigilante”. Sin embargo, en el castellano de algunas naciones hispanoamericanas se mantiene el término de “Morador” o “Residente”, más fiel al término original inglés, *Sojourner*, que es el empleado en el texto original (*N. del T.*).

salén con la intención de ayudar en la reconstrucción del Templo destruido, su trabajo entre las ruinas y el descubrimiento de un antiguo y aparentemente importante pergamino. Una mente perspicaz no fallará en percibir esta narración histórica o casi histórica como una alegoría del proceso espiritual que ha ido recorriendo el mismo candidato. Es él, como es toda alma humana, quien ha sufrido la atadura de Babilonia, la confusión de Babel en la existencia mundana, la tiranía de los intereses materiales y el caos de su propia naturaleza desordenada. Es él quien, al revolveerse contra todo ello, en momentos de reflexión se ha “sentado y llorado junto a las aguas de Babilonia”, el flujo transitorio de cosas temporales, y “recordó a Sión”, en un anhelo de libertad interior y permanente paz de corazón. Es él quien encuentra el templo de su antigua natura-

leza sin valor y en ruinas, y se percata de que sobre ese terreno debe construir uno distinto y de mayor valor. De su interior surge el impulso del Señor interior (Kiros), el cual, tras la máscara del rey Ciro, promueve el fin de su cautividad y la marcha a su verdadero país de origen para erigir la Casa del Señor. Es él mismo quien descubre entre los escombros de su antiguo ser los planos y los materiales para la nueva estructura. Y finalmente, cuando esa estructura está completada y el hombre natural se ha reorganizado en hombre espiritual, es él quien será capaz de percibir las maravillas de su propio estado, de contemplar su propia *Tierra* y sus propios *Cielos*, ahora fusionados en una unidad de la que tanto su naturaleza material como su naturaleza espiritual fueron componentes necesarios.

La constitución del Capítulo tal y como es revelada al candidato es, por lo tanto, el símbolo de su organismo perfeccionado. El candidato ve que el capítulo está polarizado a Este y Oeste; el Este, ocupado por los tres Principales, representa el polo espiritual; el Oeste, ocupado por los tres Moradores, el polo físico y material, siendo cada tríada reflejo de la otra, a pesar de constituir cada tríada una unidad orgánica por sí misma. San Juan así lo testifica (y el rito de la ceremonia está elaborado conforme a las enseñanzas de este gran Iniciado) cuando escribe: “Porque son tres los que dan testimonio en el Cielo, y estos tres son uno. Y hay tres que dan testimonio en la tierra, y estos tres concuerdan”. El significado de esta afirmación metafísica es que, al igual que un rayo de luz blanca se descompone, como en el arco iris, en tres colores primarios que todavía

persisten orgánicamente unidos, así ambos, el espíritu de autoconocimiento del hombre y su naturaleza física, aun múnadas esencialmente, pueden disociarse por un prisma en una trinidad. El Espíritu del hombre en sus tres aspectos es, por lo tanto, apropiadamente plasmado por los tres Principales. Representan los tres altos atributos del espíritu: Santidad, Supremacía Real y Potencia Funcional, a los que también se alude en el título de la Orden: Santo, Arco, Real. El término medio y neutral de estos tres debe ser considerado como descomponiéndose a sí mismos en un aspecto activo y uno pasivo, o uno positivo y otro negativo, aunque los tres actúan orgánicamente como uno (tal y como sucede con los tres Principales de un capítulo). Estos tres aspectos de un Espíritu monista son personificados como Ageo (pasivo) y Josué (activo), con Zorobabel como

término medio del que surgen los otros dos y en el cual se fusionan, pues la Majestad central es en uno de sus aspectos silenciosa y retirada y en el otro funcionalmente activa y compulsiva. Igualmente sucede con la tríada de Moradores en el otro polo. Ellos representan el Ego humano unitario o personalidad también en su triple aspecto. Son la antítesis encarnada o reflejo físico del Espíritu humano no encarnado. Por ello se denominan Moradores, por no ser sino peregrinos itinerantes o caminantes sobre un plano de impermanencia, en contraste con la vida duradera del espíritu inmortal, del que son proyección sobre este mundo menor. Psicológicamente, la personalidad humana está distribuida entre una subconsciencia pasiva y negativa y una inteligencia activa y positiva, conectadas por un principio central coordinador. Los tres combinados consti-

tuyen la individualidad unitaria del hombre. Mi Ego con su fuerza de voluntad central y directriz es mi Morador principal; mi subconsciente, con su capacidad pasiva e intuitiva, y mi inteligencia práctica con sus poderes conectores y activos, que son el pensamiento y la comprensión, son mis Moradores auxiliares. Dejadme matizar que, al igual que sus representantes simbólicos, ellos están vestidos de blanco para ser capaces de reflejar y reaccionar a sus correspondientes en el polo Este o espiritual de mi ser. El nexa o medio conector entre los polos espiritual y material del hombre está representado por una tríada encarnada por los dos Escribas y el Guardatemplo. El más importante de estos escribas está adscrito al polo Este, como si fuese su emisario hacia el Oeste; el otro está adscrito al Oeste, siendo sus actividades dirigidas en dirección Este; y el

Guardatemplo es el punto de contacto con el mundo exterior. En uno de sus muchos significados ellos tipifican el término medio entre Espíritu y Materia, el medio astral o puente psíquico, en virtud del cual es posible el contacto entre ellos.

Sumamente velada bajo la liturgia de un concilio del Sanedrín hebreo, la ceremonia del Arco Real exhibe por lo tanto de una manera sumamente gráfica el fundamento psicológico de la etapa final de regeneración. Para aquel que realiza una interpretación literal de los textos sagrados y no es consciente de que, tanto en las Sagradas Escrituras como en los Misterios, la apariencia superficial siempre debe ser leída en clave de valores espirituales y los personajes cuasi históricos deben ser entendidos como representación de principios filosóficos, supondrá alguna dificultad el preguntarse o traducir la cuasi-

historicidad del texto ceremonial en la interpretación espiritual aquí ofrecida. La educación e iluminación de la comprensión es, en cualquier caso, una de las intenciones explícitas de los ritos iniciáticos, y hasta que la mente es capaz de elevarse sobre los hechos meramente materiales y se habitúa a trabajar en el verdadero reino de las ideas que se materializan en hechos y hacen los hechos posibles, hay escasa probabilidad de aprovechar ritos como los de la Masonería, que serían de valor despreciable de no ser por la fuerza espiritual y energía vivificante de sus ideas inherentes. Por lo tanto, puede ser útil, así como una corroboración de lo dicho anteriormente, escrutar los nombres hebreos de los oficiales de un Capítulo; lo que se desprenda de su análisis demostrará que esos oficiales encarnan ideas más que representan personas.

ZOROBABEL, PRÍNCIPE DEL PUEBLO. El nombre significa literalmente *un brote de Babel*, o *un brote de entre el Pueblo*. *Babel* y *Pueblo* son dos formas de expresar la misma idea y la palabra castellana es casi idéntica a la hebrea. La Sociedad como conjunto, la multitud, el pueblo, (*bebeloi* en griego) en todos los tiempos de la historia del mundo constituye una Babel de confusos fines e intereses. Pero siempre hay individuos avanzados intelectual o espiritualmente con respecto a la multitud y cuyas ideas, enseñanzas o ejemplo se encuentran muy por delante, y a tales líderes se les aplica el término *Zorobabel*. Pero esta ilustración no expresa el más profundo sentido en que esta palabra debe ser interpretada, que es el de la aplicación personal. El individuo es en sí mismo una horda vulgar, un caos, una multitud de deseos, pensamientos y pasiones confusos

hasta que son sometidos a disciplina. Pero, presente entre estos y emergiendo de entre ellos, el hombre ordinario es consciente de un elemento espiritual y más elevado en él, que puede cultivar o ignorar, pero que en sus mejores momentos se inflama sobre su baja naturaleza desordenada, le convence de los errores del camino y le impele a vivir de ese nivel más elevado. Ese elemento enaltecido queda expresado por la palabra *Zorobabel*. Es el zenit y punto focal de su espiritualidad en tanto opuesto a su inteligencia ordinaria carnal; es la cumbre de todas sus facultades, el *Príncipe* de su *pueblo*. A esas mismas facultades o *pueblo* es a las que se refiere con las palabras *habiendo mi pueblo obtenido piedad* (o habiéndose regenerado), así como en el texto *El pueblo que se sienta en la oscuridad ha visto una gran luz*.

AGEO EL PROFETA. Como se ha mostrado antes, el principio espiritual se diferencia en un aspecto pasivo y en un aspecto activo. Ageo representa el aspecto pasivo y simboliza a un tiempo la naturaleza extática y contemplativa del espíritu. Se le llama El Profeta por el poder de introspección y omnisciencia que caracteriza a aquel que trasciende el sentido del tiempo y aguarda eternamente, y porque proyecta en la inteligencia inferior intuiciones, previsiones y sentimientos íntimos de naturaleza profética. De esa misma palabra deriva el término griego *hagios*, santo.

Josué, hijo de Josadac, el Sumo Sacerdote personifica el aspecto activo y dinámico del espíritu. Literalmente Josué significa el *divino salvador* y Josadac *la virtud divina*, mientras que “el Sumo Sacerdote” connota un factor de mediador entre el hombre y la Deidad. Por lo tanto el título al com-

pleto implica que el espíritu humano o principio divino en el hombre opera de forma intermediaria entre la Deidad y la más baja naturaleza del hombre para promover la salvación y perfeccionamiento de este. Hemos mostrado previamente como el Maestro Masón debe ser su propio sumo sacerdote y caminar sobre el suelo ajedrezado de su naturaleza elemental aprendiendo a pisarla. De esta forma los Tres Principales forman una unidad que figura ser el polo espiritual del hombre en su triple aspecto; ellos representan la cumbre de su ser viviendo en el plano del Espíritu: santo y real, éxtasis supremo, pues se halla en un estado de santidad o plenitud; real porque es hijo del Rey de todo lo existente; poderoso por su poder de someter, transmutar y redimir todo aquello que se encuentra por debajo de su propia pureza y perfección.

ESDRAS Y NEHEMÍAS. En los grandes Misterios egipcios, que antecederon en mucho tiempo al sistema hebreo, al candidato regenerado, que había alcanzado el mayor grado posible de transmutación de su naturaleza inferior, se le otorgaba el título de Osiris. La naturaleza del proceso de perfección y los rituales empleados nos son conocidos gracias a ciertos investigadores modernos, y son recomendados al estudiante que desea saber cuán arduo y real era ese proceso y el grado extremadamente alto de regeneración a que se aspiraba. En hebreo el título Osiris se cambió a Azarías (en ocasiones Zeruías) y posteriormente se deformará en Esdras (como permanece en castellano) y Ezra (en inglés), el nombre del Primer Escriba del Arco Real. Para comprender el significado de los dos escribas, Esdras y Nehemías, es necesario recordar que, en el relato bíblico

del retorno tras el cautiverio babilónico, ellos dos eran los dirigentes. Transponiendo esa narración semihistórica a su implicación espiritual, Esdras y Nehemías personifican dos estados diferentes del progreso místico realizado por el candidato que intenta renunciar a la Babel de su naturaleza inferior y, reestructurándose a sí mismo, vuelve a su condición y hogar espiritual de nacimiento. Nehemías (cuyo lugar en el capítulo es en el Suroeste) representa una reorganización parcial y un retorno incompleto. Como su prototipo bíblico, simboliza el candidato comprometido con la reconstrucción del muro de Jerusalén y ocupado en el gran trabajo de reconstrucción propia, no dejándose seducir por las tentaciones del mundo exterior para desistir y abandonar. Esdras (cuya posición está en el Noreste) encarna un avance mucho mayor de Oeste a Este. El

estudiante avisado que lea cuidadosamente los libros bíblicos de Nehemías y Esdras (incluidos los libros apócrifos de Esdras) bajo esta luz, y en esta clave para hallar su verdadero significado, no dejará de aprovechar la enseñanza que ofrecen. Por esta razón también son llamados *escribas*. Ambos son registradores y testigos de experiencias específicas pero representativas que se dan en el hombre interior en diferentes etapas del Gran Trabajo de autointegración y viaje de la condición babilónica a la Jerusalén espiritual.

Aquí damos por finalizado nuestro examen del verdadero significado y propósito de la ceremonia del Arco Real. Teniendo que ver, como es el caso, con una suprema experiencia humana que nadie puede apreciar sin someterse a ella, resulta ser el rito más grande y más crucial de la Masonería, y nadie que lo estudie compren-

diéndolo debidamente y entendiendo su contenido sacramental ocultará su admiración por el profundo conocimiento e introspección del místico, hoy desconocido, que lo concibió, así como por la habilidad con que compiló y plasmó su conocimiento en expresión ritualística. Lo lamentable es que aquellos que practican el rito no realizan ningún esfuerzo para penetrar su significado y están satisfechos con la nada iluminada y superficial representación de un ritual que incluso exotéricamente es llamativo, hermoso y sugestivo. La más nimia reflexión sobre el ritual sugerirá que aquí la Masonería no trata con el trabajo de construcción de una estructura visible, sino con la reconstrucción del templo caído y en ruinas del alma humana. Y que incluso asumiendo que el ritual incluya algunos acontecimientos históricos pasados, esos hechos son actualmente irrelevantes

y no justifican que una elaborada orden secreta los perpetúe. Pero si esos acontecimientos y este rito simbolizan algo más profundo e íntimo, si son sacramentos que contienen verdades eternamente válidas y susceptibles de tener lugar en este momento en aquellos que las renuevan en el ceremonial, entonces reclaman una atención mayor y más seria que la habitual. Más aún, si el Arco Real es la representación simbólica de una experiencia suprema alcanzada y alcanzable únicamente en santidad y por el purificado, se deduce que los tres primeros grados simbólicos de la masonería que conducen y preparan para ello tienen un sentido mucho más profundo que el que comúnmente se les atribuye y deben ser contemplados como solemnes instrucciones en la preparación previa para esa condición regenerada. El trabajo en logia simbólica queda inconclu-

so si no es completado en el Arco Real. A cambio, ese objetivo no puede cumplirse sin la disciplina de los trabajos previos, la purificación de la mente y el deseo, y esa crucifixión hasta la muerte del yo que es la medida del mérito que cualifica para entrar en esa Jerusalén que no ocupa lugar geográfico y que es denominada la *Ciudad de la Paz* porque implica el descanso consciente del alma en Dios. Para muchos, la sugerencia de que alcanzar tal condición es posible o concebible mientras seguimos prisioneros de la carne puede resultar sorprendente o incluso increíble. Pero esa duda no está justificada, y la doctrina masónica la niega. Como se ha demostrado al contrario, esta doctrina postula, no ya que la ausencia sea necesaria, sino que la posesión de un organismo material es un factor imprescindible para la evolución del espíritu humano; que el or-

ganismo es la nave en que nuestro metal sin valor debe transmutarse en oro; es el eslabón que provee la resistencia necesaria para que el esfuerzo del alma no decaiga y se alcance la autoconsciencia.

La muerte física es, por lo tanto, no un avance, sino una interferencia en el trabajo de regeneración. “La noche llega cuando ningún hombre puede trabajar”, y cuando el alma pasa del trabajo al descanso, hasta que es llamada de nuevo a la tarea de la conquista personal una vez más. ¿No es esto sino representativo de esa muerte necesaria del yo que implica una progresiva negación de nuestra naturaleza temporal para permitir el correspondiente ascenso espiritual?

Pero si en las manos de su actuales exponentes la Masonería es más bien letra muerta que un verdadero Rito Iniciático, real y vivo, capaz de acelerar la espiritua-

lidad de sus candidatos, para el aspirante sincero y perspicaz todavía es un método instructivo de alcanzar las más profundas verdades así como la ciencia de la gnosis y la regeneración. Con tal fin se escriben estas líneas, para que pueda aprender algo del método original de la Orden y educar su imaginación bajo los principios de esa ciencia. Y con ese propósito, en conclusión, puede recomendarse el Himno del Templo de los iniciados hebreos, que de entre todos los salmos de David es el que se refiere de forma más nítida al contenido de la Suprema Orden del Santo Arco Real de Jerusalén y al logro personal de la condición bendita y perfeccionada que ese título implica:

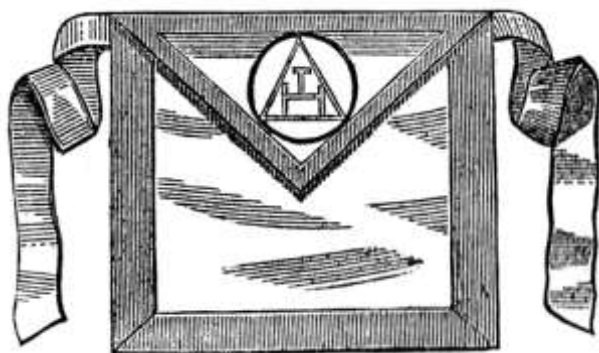
Me regocijé cuando me dijeron, ¡subamos a la casa del Señor!; nuestros pies permanecerán dentro de sus puertas, Oh Jerusalén. Jerusalén se construye como

una ciudad que es fuerte unida. A lo lejos las tribus suben, las tribus del Señor, pues hay tronos de jueces, los tronos de la Casa de David. ¡Reza por la paz de Jerusalén! Los que la aman prosperarán. La paz está en sus voluntades y la riqueza en sus palacios. A la salud de mis hermanos y compañeros yo diré, que la Paz sea en vosotros. (Salmo CXII)

En esas pocas líneas se esboza todo lo contenido en el espectáculo que saluda los ojos del masón del Arco Real en el momento supremo de su restauración a la Luz. Exaltado e identificado con el éxtasis supremo, la paz y en la autoconciencia del espíritu Omnisciente y que todo lo penetra, él contempla cómo ha ascendido de la Babilonia de su vieja naturaleza compleja y desordenada y cómo sobre sus ruinas ha construido para sí mismo un etéreo cuerpo de gloria, una *casa del Señor*. Él ve

cómo su condición extática y su nuevo organismo celestial son los productos sublimados de su anterior ser y su organismo temporal. Él observa cómo cada parte y facultad separadas de esa vieja naturaleza, como si fuesen cada una de las divisiones zodiacales de su propio microcosmos, ha contribuido con su esencia purificada a formar un nuevo organismo, *un nuevo cielo y una nueva tierra*; y como estas esencias, como doce tribus diferenciadas, han formado asamblea conjuntamente y finalmente se han coaligado y fusionado en una unidad o nuevo todo, *una ciudad que, junta, es fuerte*. Y es en esta ciudad, esta condición bendita, que místicamente se denomina Jerusalén, entre cuyos muros se haya la paz que conlleva el entendimiento y cuyos palacios revelan al alma iniciada la infalible plenitud y fecundidad de la indisoluble trinidad de Sabiduría,

Amor y Poder de la que el Hombre y el Universo han surgido y a la que están destinados a regresar. La antítesis de esta *Ciudad Celestial* es la confusa Babilonia de este mundo, de la que se ha escrito para todos los cautivos de su interior: “Salid de ella, pueblo mío, y no seáis partícipes de sus pecados ni seáis castigados con sus plagas” (Apocalipsis, 18:4). Y, en una palabra, la ceremonia del Arco Real retrata sacramentalmente la última fase del viaje místico del alma exiliada de Babilonia hasta Jerusalén, desde que escapa de su cautividad a este bajo mundo y, *pasando los velos* de la materia y la forma, atraviesa la atadura de corrupción para alcanzar el mundo del Espíritu sin forma y lograr la gloriosa libertad de los hijos de Dios.



Capítulo V

LA FRANCMASONERÍA EN RELACIÓN CON LOS ANTIGUOS MISTERIOS

Todo masón está deseoso de conocer algo del origen e historia de la Orden. Sin embargo, la literatura disponible al respecto es difusa y dista de ser satisfactoria, pues ofrece una masa de religión comparativa y detalles arqueológicos inconexos sin unificarlos en una luz útil, y se centra más en asuntos secundarios de la historia que no en lo verdaderamente importante: el linaje espiritual de la Masonería. En esta plan-

cha, por lo tanto, se pretende trazar un mínimo esbozo— y, con el espacio disponible, solo es posible hacerlo de forma muy elemental— de un movimiento que es tan antiguo como la humanidad misma, así como del propósito y doctrina que permanece preservada, si bien de forma rudimentaria, en el sistema masónico. Más útil que esa sucesión de hechos separados y dignos de poco interés, entre los que no se percibe interrelación, puede resultar un esbozo que describa las líneas y detalles generales de la historia masónica, dejando para el lector el completar sus detalles por medio del estudio posterior llevado a cabo por sí mismo.

No existe ningún tratado sobre Masonería que contemple su historia y propósito desde el único punto de vista que importa realmente. El estudioso está dispuesto a desperdiciar mucho tiempo, para obtener

poco provecho, buscando información en publicaciones cuyo título promete plena ilustración, pero que le dejan insatisfecho y sin convencimiento. Hay manuales verdaderamente insulsos sobre simbolismo, arqueología, antropología y el análisis de las conexiones entre la moderna Masonería y los gremios de constructores, todo lo cual es muy interesante, pero no resulta al fin y al cabo sino los huesos secos de una materia en la que se busca el espíritu vivo. Fracasan al responder las preguntas principales que realmente interesan al masón y cuya explicación ansía, preguntas tales como ¿Cuál era la naturaleza de los Antiguos Misterios de los que la Masonería afirma ser heredera? ¿Con qué fin y propósito existen? ¿Qué necesidad hay de perpetuarlos hoy en día? ¿Con qué intención se instituyó nuestra Orden? ¿Sirvió verdaderamente alguna vez a algún

propósito? ¿Lo hace hoy? ¿Fue alguna vez más de lo que es ahora, un mero ceremonial mecánico que no conduce a nada de verdadero valor y realza tan solo unos pocos principios morales y verdades elementales que ya conocemos? Este texto aspira a responder estas preguntas.

Una de las primeras cosas que llaman la atención del estudioso de literatura masónica y religión comparativa es la presencia notoria de elementos comunes, creencias comunes, prácticas y símbolos semejantes, en todas las religiones de todas las razas, ya sean antiguas o modernas, orientales u occidentales, civilizadas o bárbaras, cristianas o paganas. Por muy separadas que se encuentren por el tiempo o la distancia, por muy desarrolladas o primitivas que sean, por muy elaborada o sencilla que sea su religión y moral, y por amplias que sean sus diferencias en cuestiones importan-

tes, todo pueblo ha empleado, y sigue empleando, ciertas ideas, símbolos y prácticas que resultan comunes a todos, quizá con, o sin, ligeras modificaciones de forma. Los tratados masónicos abundan en demostraciones de esta uniformidad en el uso de distintos símbolos prominentes en toda logia. Los autores se deleitan proporcionando evidencias sobre las íntimas correspondencias entre sistemas no relacionados entre sí, y demostrando cuán antiguas y universales han sido tales ideas, símbolos y prácticas. Pero no llegan tan lejos como para explicar la razón de esta antigüedad y universalidad; y es este punto lo que es preciso aclarar de entrada, pues proporciona la pista para todo el problema del génesis, historia y razón de ser de la Masonería.

Si se efectúa una investigación y una reflexión profunda, resulta obvio que la

universalidad y uniformidad referidas son debidas al hecho de que en un momento dado, en la noche de los tiempos, existió o fue implantado en las mentes de toda la familia humana, que era sin duda mucho más pequeña y más concentrada que ahora, un Proto-evangelio o Doctrina Raíz en lo concerniente a la naturaleza y destino del alma humana, así como a su relación con la Deidad. El hombre actual se jacta de ser más sabio y más avanzado que el hombre primitivo. Damos por sentado que nuestros ancestros vivían en una oscuridad moral de la que hemos emergido gradualmente a una relativa luz. Sin embargo, la evidencia contradice estas suposiciones, e indica que el hombre primitivo, por muy infantil e intelectualmente subdesarrollado que resultase conforme a los parámetros actuales, era espiritualmente consciente y psíquicamente perceptivo en

un grado impensable por la mente moderna, y que somos precisamente nosotros quienes, a pesar de nuestra inteligencia y desarrollo intelectual en asuntos temporales, continuamos sin embargo sumidos en la oscuridad e ignorancia en todo lo concerniente a nuestra propia naturaleza, al mundo invisible que nos rodea, y a las certezas espirituales eternas.

En todas las Escrituras y cosmologías hay una tradición universal acerca de una Edad Dorada, una edad de inocencia, sabiduría y espiritualidad, en la que prevalecía la unidad racial y la felicidad e iluminación individual; en la que existía esa visión abierta de un objeto de deseo que causó que todo un pueblo pereciese, pero en virtud de la cual los hombres se hallaban en conversación consciente con el mundo invisible y eran pastoreados, enseñados y guiados por los *dioses* o guar-

dianes no encarnados de esa raza infantil, que les enseñaron los principios ciertos e inmutables de los que dependía su bienestar espiritual y su evolución.

También hay una tradición universal del alma colectiva de la raza humana que sostiene que esta protagonizó una Caída, una renuncia moral de su verdadero sendero de vida y evolución, que la separó casi por completo de su fuente creadora y que, conforme los tiempos avanzaron, ha provocado un hundimiento aún más profundo en su condición física, rompiéndose la unidad, por explicarlo de forma sencilla, y precipitándose en una diversidad de razas hostiles de distintos lenguajes y grados de avance moral, viéndose esto acompañado de una progresiva densificación de su cuerpo material y un correspondiente oscurecimiento de la mente y atrofia de la conciencia espiritual. Para el que lea esto

la afirmación resultará probablemente rechazable por fabulosa e increíble. La suposición de una Caída del Hombre es hoy en día una doctrina impopular, combatida por muchos que sostienen que todo apunta más bien a una elevación del hombre; aunque no reparan en que, lógicamente, una elevación implica una caída previa que permita el ascenso posterior. En cualquier caso, no podemos pararnos a discutirlo ahora, y debemos contentarnos únicamente con mencionar que tanto en las Sagradas Escrituras de todas las razas, así como en la tradición mística de los sabios de la antigüedad, se registra unánimemente este acontecimiento.

Desde esa Caída, que no se debió a la transgresión de un individuo, sino a alguna debilidad o defecto en el alma colectiva de la raza adámica, y que no fue cosa de un instante sino un proceso que abarcó

vastos ciclos de tiempo, se hizo necesario y connatural a los designios Divinos y a la Providencia que la humanidad debería ser redimida y restaurada a su estado prístino; que debería ser devuelta de nuevo a una asociación vital con el Principio Divino del que, desde la separación, se veía cada vez más distante conforme las tendencias materialistas se imponían y truncaban su espiritualidad original. Esta restauración requería de vastos ciclos de tiempo para su éxito. Y exigía algo más: la aplicación de un método ordenado y científico para la reposición de cada fragmento de alma caído y la vuelta a su condición pura y perfecta.

Enfatizo que el método no debía ser desordenado y caótico, sino un método científico. Cualquiera puede caerse desde un tejado y romperse los huesos, en cuyo caso será precisa una hábil cirugía y un esfuer-

zo inteligente a cargo de una mano amiga para curar al paciente y devolverle al lugar del que cayó. Lo mismo sucede con la Humanidad. Cayó fuera del Edén, tal y como nuestras Escrituras narran la caída desde las condiciones suprafísicas a las físicas. Por qué y cómo, tampoco ahora nos pararemos a analizarlos. Cayó, víctima de su inherente debilidad y falta de sabiduría. Incapaz de llevar a cabo su propia recuperación necesitó de una hábil asistencia científica a partir de otras fuentes para procurar su restauración. ¿De dónde podía venir ese conocimiento hábil y científico, si no es del mundo Divino, ahora ya invisible? ¿De dónde, si no de esos dioses y ángeles guardianes de esta raza condenada al error, y de la que todas las antiguas tradiciones y textos sagrados nos hablan? ¿Acaso no sería ese método regenerativo apropiadamente denomina-

do *ciencia celestial*, tal y como lo es la Masonería, bienvenida conforme a las palabras que emplean los masones, “¡Ave, Arte Real!”?

De tal manera aconteció el origen y nacimiento de la Religión. Religión es una palabra que significa *volver a unir* (re-ligare). Al igual que con la cura y reposición de un miembro roto, el alma colectiva de la humanidad, fracturada y extraviada por su caída en incontables individualidades y sus consiguientes progenies, todas dañadas e imperfectas, necesita ser devuelta a la condición perdida e integrarse de nuevo en un todo armonioso.

Por ello, debemos atribuir a los guardianes espirituales del hombre primitivo la comunicación de esa ciencia universal para la reconstrucción del templo caído de la Humanidad, y de la que encontramos, sorprendentemente, rastros en toda raza y

religión del orbe. A esta fuente debemos atribuir la distribución, en cada país o en cada pueblo, de símbolos semejantes o equivalentes, y de prácticas y doctrinas modificadas tan sólo localmente y en concordancia con la inteligencia de cada pueblo en particular, aunque todos manifiesten una raíz y propósito comunes.



Moisés desciende del Monte Sinaí
(Gustave Doré)

Esta era la única Religión Santa y Católica (o universal) “a lo ancho y largo del Mundo”, siendo al mismo tiempo doctrina y ciencia práctica destinada a reunir al hombre con su Creador. Esa religión sólo podía ser una, de la misma forma que no podía ser sino católica e igual para todos los hombres; aunque, debido a las tendencias inicuas y deformantes de la misma humanidad, era susceptible de convertirse (como así ha sido) en perversa y sectaria, conforme a los errores de cada pueblo. Más aún, sus principios básicos nunca podrían ser susceptibles de alteración, aunque pudiesen ser (como así ha sido) comprendidos exotéricamente por algunos y esotéricamente por otros, y aunque su significado no fuese reconocible a primera vista, sino que se desarrollase conforme al aumento de fidelidad y de comprensión. Esta religión proporcionó los in-

alterables linderos de conocimiento concernientes a la naturaleza, potencias y destino humanos. Derogó los antiguos y establecidos usos y costumbres para ser omnipresente en todo tiempo y lugar, no pudiendo nadie desviarse ni añadir innovaciones, salvo a su propio riesgo. Era la Ley Sagrada para la guía del alma caída, una ley válida desde el amanecer de los tiempos a su ocaso, y de la cual está escrito: "Como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos". Era la ciencia de la vida, de la vida limitada y temporal, vivida con la intención de su conversión o sublimación en vida eterna y universal; y, por lo tanto, llamaba a un método de vida científico o filosófico, en el que todo momento y acción estaría dirigido a ese gran fin. Un Método muy diferente del método moderno, que es por completo utilitario en su punto de vista y to-

talmente acientífico en sus procedimientos.

Se dice que esta Proto-Religión se originó en el Este, de donde toda luz proviene y, conforme la humanidad se extendió y distribuyó sobre el planeta, se extendió gradualmente hacia el Oeste, en perpetua vigilia por los intereses espirituales de la humanidad y en un propósito sempiterno de recuperar *lo que estaba perdido*: el alma humana caída. Ya hemos dicho que en los primeros tiempos la humanidad estaba mucho menos materializada y muchísimo más sensitiva espiritualmente de lo que es hoy en día; y consecuentemente se deduce que con el paso del tiempo y el aumento de la densidad corpórea la influencia de la Proto-Religión se vio correspondientemente menoscabada, aunque sus principios permanecieron tan válidos y efectivos como antes; pues los caprichos de la vo-

luntad y las nociones especulativas del hombre no pueden alterar los principios de la Verdad y la Sabiduría, que permanecen estáticos. Seguir en detalle el curso de la historia de la Proto-Religión no es necesario ahora y requeriría un largo tratado. Y hacerlo sería como remontar el curso de un río desde su amplia desembocadura hasta un punto donde se vuelve un riachuelo insignificante y a duras penas reconocible. Pues la misma raza ha caminado hacia atrás, alejándose más y más de la Enseñanza de Sabiduría original, de forma que el amplio torrente de luz que iluminaba a los hombres en lo concerniente a los principios cósmicos se ha contraído a unos minúsculos puntos. Pero esa luz, como la luz del Maestro Masón, nunca se extingue por completo, por muy oscura que sea la edad; y, por tradición, esta época nuestra es espiritualmente la más oscu-

ra de las edades oscuras. *Jesús nunca ha dejado de dar testimonio de sí mismo*, y entre los testigos de la Antigua Sabiduría y Misterios figura la Masonería; un destello débil y tenue, quizás, pero al fin y al cabo una luz verdadera y en legítima línea de sucesión con la primitiva doctrina, y todavía capaz de guiar nuestros pasos por el camino de la paz y la perfección.

La más temprana enseñanza de los Misterios trazable en parámetros históricos fue en Oriente y en el lenguaje conocido como sánscrito, un nombre por sí mismo significativo y apropiado, pues significa Santa Escritura o *Sanctus Scriptum*; y para aproximarnos con la debida luz a la antigua Doctrina Secreta debemos referirnos todavía a las escrituras religiosas y filosóficas de la India, que ya se hallaba en su apogeo espiritual y terrenal cuando la ac-

tual Europa se encontraba bajo un glaciar de hielo.

Pero las razas, como los hombres, tienen una infancia, una madurez y una vejez; son en realidad unidades, a una escala mayor que la individual, que colaboran al avance de los propósitos generales de la vida. Cuando una raza en concreto ha servido o fallado a ese propósito, la custodia de los Misterios pasa a otras manos más eficaces. El siguiente portador de la antorcha de la Luz del Mundo fue Egipto, que tras muchos siglos de supremacía espiritual, se convirtió en el país desértico que es hoy en día tanto en lo material como en lo espiritual, dejando no obstante una masa de reliquias escritas y arquitectónicas que testifican que fueron poseedores de la Doctrina en sus días de gloria. Desde Egipto, conforme se desarrollaron las civilizaciones en los países próximos, se pro-

dujo una gran irradiación de su cultura y tuvo lugar una difusión de su conocimiento, instituyéndose centros secundarios para impartir la Doctrina Secreta en Caldea, Persia, Grecia y Asia Menor. “De Egipto llamé a mi hijo” es, en un sentido, una alusión bíblica al paso de los Misterios católicos desde Egipto a las nuevas regiones vírgenes para su iluminación.

De estas traslaciones del contenido histórico nos interesan especialmente dos: la de Grecia y la de Palestina. Sabemos por la Biblia que Moisés era iniciado en los Misterios egipcios y fue instruido en toda su sabiduría, mientras Filón nos dice que Moisés allí “se formó en música, geometría, aritmética, jeroglíficos y la totalidad de artes y ciencias”. En otras palabras, se convirtió en un verdadero Maestro Masón y, como tal, se cualificó para la gran tarea subsiguiente de liderar al pueblo hebreo y

de formular su sistema religioso y regla de vida, tal y como queda registrado en el Pentateuco. El sistema mosaico continuó, como sabemos, a lo largo de la senda narrada en los libros del Antiguo Testamento, y tras muchos siglos y vicisitudes, floreció en la mayor de todas las expresiones de los Misterios, tal y como es revelado en los Evangelios del Nuevo Testamento (o Nuevo Testimonio), e implicando el reemplazo de todos los sistemas previos bajo la Suprema Gran Maestría de Aquel que es la Luz del Mundo y su Salvador.

Simultáneamente a la existencia de los Misterios Hebreos bajo dispensa mosaica, la gran escuela griega de los Misterios estaba desarrollando lo que, originándose en la religión órfica, culminó y se centró en Delfos y generó la sabiduría filosófica y las glorias estéticas asociadas a Atenas y el Siglo de Pericles. Grecia era el descendien-

te espiritual y niño prodigio tanto de la India como de Egipto, aunque se desarrolló por unas líneas bien diferentes.

Sabemos que Pitágoras, como Moisés, tras asimilar todo lo que sus maestros nativos podían aportarle, viajó a Egipto para afrontar su iniciación final antes de retornar y fundar en Crotona la gran escuela asociada a su nombre. Sabemos también, por el *Timeo* de Platón, cómo los aspirantes a la sabiduría mística visitaban Egipto para ser iniciados y los sacerdotes de Sais les decían “vosotros los griegos no sois más que niños” en la Doctrina Secreta. Pero no obstante se les otorgó una formación que los capacitaba para promover su propio avance espiritual. Sabemos por la correspondencia, registrada por Iámblico, entre Anebo y Porfirio, de las relaciones fraternales que existen entre las distintas escuelas o logias en los distintos países;

cómo sus miembros se visitaban, saludaban y ayudaban los unos a los otros en la ciencia secreta, viéndose obligado el más avanzado, al igual que todo iniciado lo es todavía cuando se le requiere, a *prestar asistencia e instrucción a sus hermanos de grados inferiores*. Y sabemos que en la Natividad —o mejor deberíamos decir la Instalación en este mundo— del Gran Maestro, vinieron a Él desde la lejanía Magos o Iniciados que habían visto Su estrella en el Este y deseaban saber de su inminente adviento y ofrecerle reverencia. En todos estos desplazamientos en una época en que la iniciación era un acontecimiento real, y no únicamente ceremonial como hoy en día, es de interés realzar la práctica a gran escala de las mismas costumbres y cortesías que todavía se observan, aunque por desgracia sin el debido conocimiento, por la Orden de hoy.

Debemos ahora hablar con más detenimiento de los Misterios y el Arco Real, tal y como eran concebidos por la Escuela Griega. Con los griegos adoptó la forma de una búsqueda filosófica, es decir, por la Sabiduría, por la Sofía, de la misma manera que en las escuelas hebreas y cristianas se revistió bajo la forma de la búsqueda de la Palabra Perdida. La finalidad era desde luego la misma en ambos casos, pero la aproximación se llevaba a cabo por distintos medios y, como veremos, ambos métodos se fusionaron en uno en una época posterior. La aproximación griega era fundamentalmente intelectual, por medio de lo que Spinoza denominó *Amor intellectualis Dei*. La aproximación cristiana era principalmente a través de los afectos y la adoración del corazón. Ambas perseguían lo que había sido perdido, pero una

buscaba el ideal perdido por la vía intelectual y la otra por la energía devocional.

La humanidad no puede ser educada si no es lentamente; “línea tras línea, precepto tras precepto, un poco de aquí y un poco de allá”, siendo desarrollada y entrenada una facultad tras otra hasta la remodelación en un organismo perfecto. Y si bien el sentido de la Sabiduría filosófica y el sentido de la Belleza perduraron como los principales pilares del sistema helénico, los griegos habían tomado conocimiento ya de un tercer pilar intermedio que sintetizaba y comprendía a ambos: el de la Fuerza o virtud suprema del Amor cuando es derramado por un corazón puro y perfecto hacia el objeto de todo deseo.

La búsqueda de la Sabiduría de los griegos era algo mucho más que un mero deseo de mayor información y un juicio más maduro en torno al lugar que el ser

humano ocupa en el Universo. El mero hecho de conocer ciertos hechos acerca del lado oculto de la vida no supone ningún provecho salvo que ese conocimiento pueda influir y modificar nuestra forma de vida conforme a las verdades desveladas. Entonces el conocimiento se transmuta en Sabiduría; el hombre se convierte en la verdad que ve, y la vida del hombre se convierte en verdad hecha sustancial y dinámica. Pero para llegar a este punto se debe ser primeramente informado sobre ello o iniciado a ciertos elementos de la verdad, y ser persuadido de que es la verdad antes de comenzar el trabajo que le lleve a convertirse en ello. El método griego, por lo tanto, comenzaba iniciando la mente en ciertas verdades acerca de la naturaleza de la propia alma, de su historia, destino y potencialidades, y entonces abandonaba al alumno para que prosi-

guiese su formación por medio de un curso de conducta en el que la enseñanza impartida se convertiría en segura convicción y poder viviente, mientras su progreso creciente en el arte le despertaría a verdades aún más profundas. Nunca se recalca en demasía que nadie puede aprender la ciencia espiritual, ya sea a través de la Masonería o de cualquier otro sistema que lo inculque, sin someterse a sus procesos y viviéndolos en la experiencia práctica. En este supremo estudio, saber depende enteramente de hacer; la comprensión está condicionada y es el corolario de la acción. “Aquel que haga la voluntad conocerá la doctrina”.

En esto tiene su origen el hecho de que en Masonería a un Maestro Instalado se le llame todavía “Maestro de Artes y Ciencias”, pues se supone que ha dominado el arte de vivir conforme a la gnosis o ciencia

que le ha sido impartida a lo largo de su progreso. El verdadero conocimiento masónico nunca se alcanza meramente por explicación oral, la escucha de lecturas o el estudio de libros. Todo esto puede ser útil para el comienzo del buscador sincero que necesita algo de guía para colocarse en ese sendero de práctica y experiencia personales donde pronto desarrollará una comprensión automática de la doctrina por sí mismo; para aquellos con un interés casual y caprichoso, la doctrina permanecerá velada y secreta. Por ejemplo, una cosa es escuchar la explicación de lo que significa estar despojado de dinero y metales en el sentido filosófico; pero es una cosa muy distinta volverse inmune a la atracción de estos intereses materiales y delicias sensoriales y ser conscientemente poseído por la sabiduría acumulada en esa experiencia. Puede ser interesante escu-

char por qué, en cierto estado de progreso, el candidato es comparado a una espiga junto al agua; pero la explicación será olvidada al día siguiente, a no ser que como resultado de su propio esfuerzo el oyente se haya vuelto personalmente consciente de un crecimiento sustancial interior, ya maduro y listo para ser recolectado de la tierra de su propio ser y que ha sido fertilizado por un alimento espiritual caído del cielo, como una lluvia amable, sobre su alma ardiente y necesitada.

De nuevo, puede ser instructivo saber que el gran ritual del Tercer Grado implica una muerte al pecado y al ego y un nuevo nacimiento a la virtud, pero ¿cómo aprovechará la información a aquellos que, sin embargo, continúan viviendo su antigua forma de vida, a aquellos que a cada momento niegan todo lo que el ritual implica?

Los Antiguos Misterios, pues, implicaban mucho más que unas meras nociones de filosofía. Exigían también un método filosófico de vida —o más bien de muerte. Pues como Sócrates dijo (en el *Fedón* de Platón, del que se ha extraído directamente mucha enseñanza masónica y que todo estudiante masónico debería estudiar profundamente) *el completo estudio del filósofo, o buscador de la verdad, no es más que morir y estar muerto*; una afirmación repetida por Plutarco, *iniciarse es morir*, y por el Apóstol Cristiano: *muero a diario*. Su método estaba dividido en dos partes, los Misterios Menores y los Misterios Mayores. Los Menores eran aquellos en los que se impartía la instrucción más elemental, de forma que los candidatos pudiesen comenzar la tarea de purificarse sin dilación y adaptar sus vidas a las verdades desveladas. Los Misterios Mayores hacían

referencia al desarrollo de la conciencia dentro de la misma alma, como resultado de la fidelidad a la regla de vida prescrita. Por poner una pobre analogía, los Misterios Menores tenían la misma relación con los Mayores que los Grados Simbólicos tienen con el Santo Arco Real.

Tratar adecuadamente de los sistemas místéricos implicaría un largo estudio. No obstante nos referiremos a uno de los más famosos de ellos, el Eleusino, que existió en Grecia y que durante varios siglos fue el punto focal de la religión y la filosofía, pues para la parte entonces civilizada de Europa “Eleusis” era sinónimo de Luz; y la iniciación a los Misterios de Eleusis, por lo tanto, implicaba por parte del aspirante un deseo de buscar la Luz, precisamente en el mismo sentido que el masón moderno declara que la Luz es el deseo predominante de su corazón. Ello significaba,

como debería significar hoy en día pero no es así, no únicamente luz en el sentido de recibir alguna información secreta que no se puede obtener en ninguna otra parte ni sobre ningún asunto de interés mundano, sino la apertura de toda la naturaleza espiritual e intelectual del candidato a la luz suprasensorial del Mundo Divino, elevándose él mismo a la Conciencia de Dios. El hombre ordinario y no iniciado no sabe nada de esa luz suprasensorial por su razón meramente natural; él solo es consciente del mundo exterior y de las cosas perceptibles por sus facultades naturales. En palabras de San Pablo *el hombre natural no percibe las cosas del espíritu de Dios, pues le resultan locura; ni puede conocerlas, pues se han de discernir espiritualmente*. La iniciación, por lo tanto, significa un proceso en el que el hombre natural se ve transformado en hombre espi-

ritual o ultra- natural, y para llevar esto a cabo es necesario cambiar su conciencia, mutarla a un nuevo y más elevado principio, y así hacer de él un nuevo hombre en el sentido de alcanzar una nueva forma de vida y una nueva visión del universo. *No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente*, dice el Apóstol, refiriéndose a este proceso. Como ha sido previamente mostrado en estos textos, la transferencia del símbolo de la Divina Presencia desde el techo al suelo de la logia indica cómo el Principio Vital e Inmortal del hombre puede ser extraído y traído desde su región psicológica más remota al interior de su organismo físico, y operar allí a través de su cuerpo y su cerebro, como si estuviese descomponiendo su mentalidad natural y superimponiéndose a ella para regenerarlo. Esta verdad es de nuevo repro-

ducida en el nombre *Lewis*, tradicionalmente asociado a la Masonería. *Lewis* es una moderna corrupción de Eleusis y de otros términos griegos y latinos asociados con la luz. En nuestras lecturas de instrucción se dice que designa al *hijo de un masón*⁴. No obstante, esto no hace referencia al parentesco humano ni a la condición filial. Se refiere al nacimiento místico de la Luz Divina en uno mismo; como un conocido texto de las Escrituras cita, *Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado*. Es el Divino Principio, la Sabiduría Divina, traída a nacer y operar dentro del organismo del hombre natural, que virtualmente se convierte en su padre. Es posteriormente descrito en nuestras lectu-

⁴ En castellano, la palabra que designa al hijo de un masón es *lobatón* o *lusetón*. La denominación de *lobatos* para los más jóvenes del escultismo también tiene este origen.

ras como algo que, cuando penetra en la piedra y se expande, se agarra a la piedra⁵, permitiendo a los masones elevar grandes pesos de forma sencilla y depositarlos en sus lugares correspondientes. Todo lo cual es una forma oculta de expresar el hecho de que, cuando la Luz Divina surge de las profundidades sumergidas del hombre y es firmemente unida o adherida a su organismo natural, él se convierte en capaz de combatir contra unas dificultades, problemas y cargas de toda clase que para el no regenerado resultarían insuperables, así como de percibir todas las cosas *sub specie oeternitatis* y en sus verdaderas relaciones, a diferencia del hombre mundano que únicamente las contempla *sub spe-*

⁵ En inglés, *lewis* también hace referencia a la cuña que se introduce en un sillar de piedra y que, una vez expandida en su interior, se ancla, permitiendo su elevación con poleas.

cie temporis y es consecuentemente incapaz de juzgar el valor real de las cosas y de *ubicarlas en su lugar correspondiente*.

En el tiempo en que los Misterios florecieron, todo hombre educado ingresaba en ellos de la misma manera que hoy se accede a la Universidad. Los Misterios eran la fuente reconocida de instrucción en lo único que realmente importaba, que era lo concerniente a la cultura del alma humana y a su educación en la Divina Ciencia. Los candidatos eran clasificados en grados conforme a su calidad moral y a su naturaleza intelectual y espiritual. Se sometían durante varios años a ejercicios de disciplina intelectual y ascetismo corporal, sometiéndose periódicamente a las pruebas convenientes, a veces auténticas ordalías, para determinar su adecuación a los procesos de iniciación real más serios, solemnes y terribles, que eran de carácter secre-

to y celosamente guardados. Su educación, que difería grandemente de los métodos escolásticos de una edad utilitarista como la nuestra, estaba encaminada únicamente al desarrollo de las *cuatro virtudes cardinales* y de las *siete artes y ciencias liberales* como cualificaciones y prerrequisitos para participar en el más alto orden de vida que la iniciación proporcionaba a los candidatos meritorios y convenientemente preparados. El desarrollo personal alcanzado en estas virtudes era mucho más avanzado de lo que las mentes modernas considerarían adecuado. Virtudes que suponían mucho más que abstracciones y sentimientos éticos; como la misma palabra conlleva, comportan valores positivos y virilidad de alma. La Templanza implicaba un control completo de la naturaleza pasional bajo cualquier circunstancia; la Fortaleza, el coraje que nin-

guna adversidad abatiría o desviaría del fin perseguido bajo ninguna circunstancia; la Prudencia, la profunda introspección que originaba la facultad de la profecía o *pro-videncia*; y la Justicia mantenía la honestidad de pensamiento y acción. Estas cuatro virtudes cardinales son mencionadas tanto en *Fedón* de Platón como en *El Libro de la Sabiduría* (capítulo VIII, 5 -7), mostrando la comunión de enseñanza entre las escuelas griega y hebrea. Las *artes y ciencias* eran denominadas *liberales* porque tendían a liberar al alma de defectos e ilusiones que habitualmente la esclavizaban, con lo que se diferenciaban totalmente de la ciencia en el sentido moderno, cuya tendencia es, como sabemos, materialista y ofuscadora del alma. La Gramática, la Lógica y la Retórica eran para los antiguos disciplinas de naturaleza moral, por medio de las cuales las tendencias irraccio-

nales del ser humano eran purgadas y el hombre era entrenado para ser un testigo vivo del Logos universal y un testimonio de la Divina Palabra. La Geometría y la Aritmética versaban sobre el espacio trascendental y la numeración (observando que, como puede leerse en nuestras propias escrituras, *Dios ha establecido todo en medida, número y peso*), cuya comprensión proporciona la clave, no sólo a los problemas del propio ser, sino también a los problemas filosóficos que resultan tan desconcertantes para los métodos inductivos de hoy en día. Para los antiguos la astronomía no requería telescopios, pues no trataba de las estrellas del cielo, sino que era la ciencia de las cuestiones metafísicas y de la comprensión de la distribución de las fuerzas latentes en los individuos, que determina el destino de los hombres, de las naciones y de la especie.

Finalmente la Música (o Armonía) no era para ellos de índole vocal o instrumental, sino que suponía la práctica viviente de la filosofía y el ajuste de la vida humana a la armonía con Dios, hasta que el alma personal se uniese a Él y participase de la Música de las Esferas. Tal y como Milton lo glosa:

Cuán amable es la Filosofía Divina
No es áspera ni difícil
Como los locos irreflexivos suponen
Sino musical como la cítara de Apolo
Y una perpetua fiesta de dulces de néctar
Donde no existe el burdo exceso

*How lovely is Divine Philosophy,
Not harsh and crabbed as dull fools suppose,
But musical as is Apollo's lute
And a perpetual feast of nectar'd sweets
Where no crude surfeit reigns*

Todo mecanismo disponible era empleado para entrenar la mente y alcanzar el dominio sobre las pasiones, así como para aflojar y deshacerse de las impresiones de los sentidos, para destruir las ilusiones y falsas imaginaciones bajo las que se actúa cuando no se usa más luz que la propia, y con el fin de cualificar al adepto para un método de cognición más elevado y para la recepción de la Verdad suprasensorial y la Luz del Mundo Divino. El idealismo de la arquitectura y la escultura griegas se debía por entero a ese mismo motivo, y tenía como fin elevar la imaginación más allá del nivel visible y de preparar la mente para aprehender la forma y belleza ultrafísicas. Incluso los ejercicios atléticos se realizaban para servir al mismo propósito; la lucha y las carreras no eran vulgares deportes; eran contemplados sacramentalmente, como el tipo de combates que el

alma debe librar contra los deseos de la carne. Y la corona de laurel u olivo que se imponía al vencedor era el emblema de la sabiduría e iluminación resultante en aquel cuyo espíritu derrota a la carne. De esta manera todo interés intelectual o físico se sometía a la idea de separar el alma de la atadura material y perseguía el objetivo de una naturaleza purificada o *catártica* que debería purgar los pensamientos y deseos del aspirante y blanquearlo por dentro y por fuera, de la misma manera que el candidato moderno a entrar en la Orden es vestido de blanco. Esta pureza interior de corazón y mente, unida a la posesión de las cuatro virtudes cardinales, era y es todavía un requisito absolutamente necesario para las ordalías de una verdadera iniciación, que de otro modo devolverían al candidato próximo a la locura y a obsesiones de las que no puede hacer-

se idea la mente moderna, en su ignorancia de lo que la iniciación implica. Aquellos que mostraban estar convenientemente preparados en su curriculum de los Misterios Menores eran finalmente admitidos a la iniciación en los Misterios Mayores. Aquellos que fracasaban eran apartados del avance. Al igual que ahora, el número de aspirantes verdaderamente serios y cualificados era únicamente un porcentaje del total de aquellos que entraban en los Misterios, pues en la vida espiritual, como en el mundo natural, prevalece la ley biológica de que el material bruto sobrepasa en mucho al perfeccionado. Cada año se plantan muchas más semillas y se ponen muchos más huevos de los que finalmente alcanzan la madurez y germinan o eclosionan, aunque cada semilla y huevo son potencialmente capaces de crecer y dar fruto.

Platón, hablando sobre los Misterios de sus propios días, cita a una autoridad aún más antigua que afirmaba que *los portadores de tirsos* (o candidatos a la iniciación) *son numerosos, pero los bacos* (o iniciados perfectos) son pocos. (El tirso o caduceo era un elaborado bastón portado por el candidato y de un profundo significado simbólico). La misma verdad es reescrita en palabras de los Evangelios: *muchos son los llamados, y pocos los elegidos*.

Una cualidad sobre todas era esencial para el aspirante, como lo es hoy en día: la humildad. La sabiduría en la que los Misterios y la Iniciación sumergen a un hombre es estupidez y locura para el mundo; es el reverso y revolución de todo lo ortodoxo y los estándares académicos. Para alcanzarla un hombre debe estar preparado para esa completa y voluntaria renuncia

de sí mismo, lo que puede implicar que descubra negadas todas las cosas que ha sostenido como verdaderas. Debe estar satisfecho de *convertirse en un loco a la salud del reino de los cielos* y de sufrir la adversidad, el ridículo y el escarnio si fuese preciso. Esta era una de las principales razones para el secretismo y uno — aunque no el único — de los orígenes de la tendencia masónica a la discreción. La sabiduría del mundo y la sabiduría a la que la iniciación admite son tan opuestas en su naturaleza que cualquier intrusión de esta última provocará inequívocamente rechazo por parte de la primera. Por ello está escrito *No entreguéis lo sagrado a los perros, ni arrojéis vuestras perlas a de los cerdos, no sea que las pisoteen, y los perros se vuelvan y os despedacen*. El silencio y el secretismo son, por lo tanto, deseables aunque solo lo fuesen por precau-

ción y defensa, y aunque haya otras razones; y la humildad siempre es indispensable. En las procesiones públicas de los Misterios Menores —para el público estaba permitido en ciertos festivales participar hasta cierto punto en algunos de los conocimientos más exotéricos— los símbolos sagrados y elementos eucarísticos empleados en los ritos eran portados con gran reverencia a lomos de un asno. Con la misma intención, se dice que uno de los grandes filósofos griegos siempre tenía un asno a su lado en la clase cuando instruía a sus alumnos. La explicación viene dada en las palabras de una de las viejas autoridades de la iniciación de la siguiente manera: *No hay criatura tan capaz de recibir la divinidad como un asno, y si no eres capaz de convertirte en asno, ninguna enseñanza te hará capaz de portar los Divinos Misterios.* A la luz de esto se

dilucida finalmente el significado simbólico del Maestro Cristiano entrando en Jerusalén sobre un asno.

Otro instrumento de gran proyección educativa empleado en los Misterios era el de instruir, ampliar y purificar la imaginación por medio de mitos que mostrasen de forma doctrinal, o ritualmente, las verdades del Mundo Divino y de la naturaleza del alma. La mente moderna, en su pasión por los hechos empíricamente constatables, alberga poca simpatía por un método de enseñanza que ignora los hechos demostrables y prefiere enunciar los principios eternos que subyacen bajo tales hechos y de los cuales esos mismos hechos no son sino la consecuencia y manifestación resultante. El positivismo científico tiende, en cualquier caso, a embotar la mente y paralizar la imaginación, como Darwin lamentaba en su propio caso. Los

Principios estimulan e iluminan la espiritualidad, y habilitan la mente para interpretar los hechos y evaluarlos en su adecuada relación. Los mitólogos griegos eran adictos a expresar las verdades cósmicas y filosóficas bajo la forma de fábulas que expresaban una enseñanza teosófica para el iniciado, al tiempo que la velaban para el ignorante y el despreocupado. Construir mitos era toda una ciencia, no un capricho o una ficción irresponsable, y por medio de la representación dramatizada los candidatos eran instruidos en las verdades fundamentales de la vida.

Uno de los mitos capitales y más conocidos era el de Deméter y su hija Perséfone, que era representado anualmente con gran ceremonial y elaboración en las Eleusinas, y en el que vale la pena detenerse brevemente: narra cómo la doncella Persé-

fone se extravió de la Arcadia (el cielo) y de su madre Démeter para coger flores en las praderas de Enna, y cómo el suelo se abrió y causó que Perséfone se precipitase en el oscuro inframundo del Hades, gobernado por Plutón. La desesperación de su madre por la pérdida llegó a los oídos de Zeus, el más grande de los dioses, con la consecuencia de que sentenció que, en caso de que Perséfone no hubiese comido los frutos del Hades, debería ser devuelta a su madre para siempre, pero si había probado esos frutos debería permanecer un tercio de cada año con Plutón y volver con Deméter para los otros dos tercios. Se demostró que Perséfone había comido una granada en el inframundo, con lo que la vuelta a su madre no pudo ser permanente, sino tan sólo periódica.

Este mito, y la gran importancia que se le concedía, son únicamente apreciados si se comprende su interpretación. Conciérne a las vicisitudes del alma y es de la misma naturaleza que el mito mosaico de Adán y Eva o la parábola del Hijo Pródigo. Ninguna de estas narraciones pretenden ser contempladas como históricamente ciertas, sino como ficción espiritual de hechos de naturaleza cósmica. Perséfone encarna el alma humana, generada a partir de esa



Templo de Démeter en Eleusis

madre tierra primordial e incorruptible que los griegos personificaban en Deméter, de idéntica manera a como el texto mosaico habla de Dios creando al hombre a partir del polvo del terreno. Su extravío de la Arcadia, hogar y madre celestial, para buscar flores (o experiencias frescas) por su propia cuenta en los campos de Enna, responde a las mismas premisas de deseo que llevaron a la desobediencia de Adán en el Edén y su caída a este mundo exterior, y *Enna* (que significa oscuridad y amargura) es la misma palabra que nos aparece en *Gehenna*. No obstante, se puede aprender de los propios errores. Son ellos los que hacen crecer la sabiduría, y son las riquezas de la sabiduría y la esperanza las que representa Plutón, el dios de las riquezas, en cuyo reino Perséfone cae. Tal y como decretó Zeus, desde allí hubiese podido retornar a su madre para siem-

pre de no haberse profanado a sí misma comiendo el fruto del inframundo, pero habiéndolo hecho, su restauración únicamente puede ser parcial y temporal. Esto alude al progresivo cambio terrenal experimentado por el alma y a la degradación por recrearse en los placeres de este plano inferior de realidad, el cual, como simboliza la granada, está repleto de semillas de ilusiones y vanidades. Hasta que estas falsas tendencias sean erradicadas, hasta que los deseos del corazón sean completamente insensibles a las delicias externas, no puede haber una restauración permanente del alma a su fuente, sino tan sólo el alivio periódico y el descanso que la muerte trae cuando arranca al alma del reino de Plutón para llevarla a los Cielos, tras lo cual sufrirá posteriores descensos a las limitaciones materiales y nuevas ascensio-

nes a la condición espiritual, hasta que resulte finalmente purgada y perfeccionada.

Por medio de este gran mito, pues, se impartía la enseñanza de la historia del alma, su destino y perspectivas, y se hacía énfasis en la doctrina de la reencarnación. *(Como esta doctrina no se imparte popularmente en Occidente, tal y como sucede en Oriente, y resultará novedosa e inaceptable para algunos lectores, no insistiremos aquí en su aceptación.)*

Hoy en día la Masonería sigue este método tradicional de instrucción por medio de mitos. Su canon de enseñanza en los grados simbólicos contiene dos mitos: uno es el de la construcción del Templo del Rey Salomón. El otro es el de la muerte y sepultura de Hiram Abiff narrado en el texto tradicional. El Arco Real contiene un tercer mito en la historia del retorno de la cautividad tras la destruc-

ción del Primer templo, el comienzo de la construcción del Segundo, y el descubrimiento que tiene lugar. Este tercer mito ha sido ya desarrollado en el capítulo dedicado al grado del Arco Real, de forma que ahora solo necesitamos tratar de los mitos correspondientes al simbolismo.



Ruinas del Templo de Démeter en Eleusis, hoy en día

Para la mente literalista, la construcción del Templo del Rey Salomón (que por su-

puesto se basa amplia, aunque no totalmente, en las Escrituras Hebreas) parece ser la historia de una verdadera estructura erigida por tres nobles orientales, uno de los cuales concibió la idea, otro proporcionó el material, y el tercero era el arquitecto y jefe de trabajos. Se dice que los dos primeros eran soberanos de dos pequeñas naciones adyacentes; el tercero no era de sangre real, sino aparentemente una persona sin dignidad social y un *hijo de la viuda*. Como se ha dicho anteriormente, estos detalles de una empresa acometida hace más de dos mil años no pueden tener valor alguno para nadie hoy en día, y si únicamente estuviesen relacionados con un hecho histórico, la moderna Masonería bien podría cerrar sus puertas y dejar de existir, pues no tendría nada que ofrecer a una mente seria y reflexiva. Pero si, por el contrario, el relato nunca pretendió dar

cuenta de un hecho histórico, sino ser un mito que envolviese verdades filosóficas concernientes a principios eternos, entonces debe ser interpretado con una perspectiva espiritual, y su análisis revelará un contenido verdaderamente notable. Por lo tanto, la leyenda de la construcción del Templo es un relato de instrucción filosófica, planteado de forma semihistórica, y relativo a la estructura del alma humana. Ese templo no es uno de ladrillo y sillares, sino de piedra sin labrar, el material bruto incorruptible con el que el Creador dio forma al organismo humano. La Jerusalén en que se construyó no era la Jerusalén geográfica de Palestina, sino la eterna *ciudad de paz* en los cielos; no, como dice San Pablo, la Jerusalén que ahora existe, sino la Jerusalén celestial, madre de todos nosotros, como la griega Deméter. Sus constructores no eran tres personajes

humanos residentes en el Levante, sino la Divina energía considerada en los tres principios constitutivos mencionados en nuestras lecturas de instrucción como Sabiduría, Fuerza y Belleza, que como pilares de Su trabajo impregnan y dan la dimensión filosófica a todas las cosas creadas. Estos tres principios metafísicos pueden ser definidos en términos modernos como la Esencia de la Vida (o espíritu sustancial de la Sabiduría); la Materia incorruptible, que sirve de molde, matriz o vehículo a esa Esencia de la Vida, para fijarla, darle forma y sentido (Fuerza); y finalmente el principio intelectual activo fabricante o Logos, que une los dos anteriores, haciendo del conjunto un instrumento funcionalmente efectivo e inteligente (Belleza). A partir de estos tres principios, o sobre estos tres pilares, el alma humana se originó y fue divinamente construida en el

mundo celestial. Y nuestras lecturas, por lo tanto, indican acertadamente que esos tres pilares *aluden también a Salomón, Rey de Israel; Hiram, Rey de Tiro; e Hiram Abiff*, pues esos nombres personifican la indisociable tríada constituyente de la Unidad Divina. (También aparecen inscritos sobre el altar central simbólico en el Grado del Arco Real, como testimonio posterior de esta construcción divina del alma humana). En cualquier caso, el templo del alma ya ha sido destruido y derribado, siendo su esplendor y grandeza cosa del pasado. La humanidad, en vez de ser un todo orgánico y unido, se ha desmenuzado en incontables fragmentos separados, sin que ni una sola piedra se mantenga sobre otra en este edificio arruinado. Ha perdido la conciencia de los genuinos secretos de su propio origen y naturaleza, y debe contentarse con el espurio

conocimiento sustitutivo que recoge a partir de impresiones en este mundo exterior. Como Perséfone, ha comido las granadas del oscuro reino de Plutón, prefiriéndolas a la ambrosía de la Arcadia, y hasta que ese veneno sea eliminado de su naturaleza no puede volver a gozar del estado de gracia, sino que debe someterse a un ritmo de muerte y renacimiento y a períodos de labor en este mundo y de descanso más allá de él. Pero puede purificarse; el templo puede ser reconstruido, y el alma de cada masón, convertida en una perfecta piedra cúbica por su trabajo sobre sí mismo, se convierte en una piedra más en el restaurado templo de los Cielos.

Es preciso dedicar unas palabras al significado oculto de Salomón y los dos Hiramés. Salomón personifica la Esencia de la Vida primordial o Sabiduría Divina encarnada, que es la esencia de base de nues-

tro ser. Es definida en el *Libro de la Sabiduría* (Cap. VII, 25- 27) como *una pura influencia que fluye desde la gloria del Todopoderoso; la brillantez de la Luz eterna, el espejo jamás contemplado de Dios e imagen de Su bondad*. Es presentada como “Rey” porque debe trascender inequívocamente, dominar y gobernar todo lo que es inferior a ella, y es descrita como “Rey de Israel” porque “Israel” por sí mismo significa “cooperando o gobernando con Dios”, estableciendo una clara distinción con la asociación a otros seres de un orden inferior al divino. Conjuntar la Esencia de la Vida trascendental con un vehículo que debería otorgarle fijeza y forma hacía precisa la asistencia de otro principio dominante o *regio*, personificado como Hiram, Rey de Tiro, que proporcionó el *material de construcción*. En tanto en cuanto estamos tratando con ideas pu-

ramente metafísicas, resultará obvio que la Tiro en cuestión no guarda relación con el puerto de mar levantino del mismo nombre. En hebreo, *tiro* significa *roca* y la fuerza, solidez y durabilidad que asociamos con la roca. Esa misma palabra aparece de forma recurrente en griego, *turos* , y latín como *Terra* , Tierra, y *durus* , duro. Por lo tanto, *Rey de Tiro* es interpretable como el principio cósmico que imprime solidez y forma a la Esencia de la Vida, de fluidez espiritual y sin forma, resultando como el líquido contenido en una copa. Salomón e Hiram de Tiro, pues, aportaron sus respectivas propiedades de Esencia de la Vida y *material de construcción* , forma duradera o sustrato del alma, unión que resulta funcionalmente efectiva por la adición de un tercer principio descrito como Hiram Abiff, el Hijo de la Viuda, que personifica el principio intelectual activo o

Logos. En resumen, Hiram Abiff es el *principio crístico* inmanente en cada alma; crucificado, muerto y sepultado en todos los que no son conscientes de su presencia, pero latente en todos como fuerza salvadora: *Cristo en mí. La esperanza de gloria*. Coherentemente a la humildad crística, Hiram Abiff (literalmente, *el Maestro procedente del Padre*) no es descrito como rey, tal y como lo son Salomón e Hiram de Tiro, sino como un hombre *sin reputación*, un *hijo de la viuda*; un hermoso toque de simbolismo gnóstico que hace referencia a la naturaleza en ruinas y viuda de la Divina Maternidad o Sofía, debida al extravío y abandono de la Sabiduría por parte de sus débiles hijos. De esos hijos, solo los que han vuelto o intentan volver son dignos de ser llamados *hijos de la viuda*, y es a aquellos que se han vuelto a unir a ella, o que se hallan con la frente empapada de

sangre y sudor por su angustia de Getsemaní en la ordalía, a quienes se aplica la tradicional petición: *¡A mí, hijos de la Viuda, pues yo soy hijo de la Viuda!*

El templo del alma humana, constituida primordialmente por los tres principios que acabamos de comentar en el debido equilibrio y proporción, y divinamente declarados *muy buenos*, se ha desviado de ese estado. Su caída ha sido causada por el abuso desproporcionado, desequilibrado, y por lo tanto, desordenado de sus poderes inherentes. De la misma manera que un hombre enfurecido se vuelve temporalmente desequilibrado y con tendencia a hacer lo que no haría en un momento de serenidad, así el alma ha desorganizado su naturaleza por completo. De los tres pilares que deberían sostener el alma humana, la Sabiduría (Gnosis) ha caído y ha sido reemplazada por una mínima herra-

mienta, flexible y veleidosa, de opinión especulativa. La Fuerza (energía dinámica divina) ha sido reemplazada por la fragilidad de la carne perecedera. La Belleza, la forma paradisiaca que debería adornar y asemejar el hombre a su Divino Creador, se ha visto reemplazada por la fealdad y la imperfección. El ser humano es ahora un templo en ruinas, sobre el que figura escrita la leyenda *¡Ichabod! ¡Ichabod! ¡La Gloria ha partido!* Desconectado de la interacción consciente con su Principio Vital e Inmortal, resulta prisionero y cautivo de él mismo y de su más primitiva naturaleza temporal. Le queda ahora retroceder sus pasos y reconstruir su templo, de forma que cese en su estado de esclavitud a los espejismos creados por él mismo y a las atracciones de las posesiones mundanas, y se convierta en un hombre libre y en un masón, comprometido en transformarse

en una piedra viva y preciosa apta para el templo cósmico de una Humanidad regenerada en la que, cuando esté perfeccionada y dedicada, la Deidad penetrará y habitará de nuevo.

Ser instalado en la silla del rey Salomón significa, en sentido estricto, recuperar una Sabiduría que hemos perdido y revivir en nosotros mismos la Divina Esencia de la Vida que es la base de nuestro ser. Al alcanzar esa Sabiduría se retoma igualmente todo lo comprendido en los términos Fuerza y Belleza, pues los tres pilares coexisten en asociación eterna y eterno equilibrio. No alcanzarla supone no revivir la Divina Esencia de la Vida durante nuestra estancia en este mundo, y perder la oportunidad que ofrece la vida en este mundo, pues la vida tras la muerte no consiste en realizar este trabajo, sino en descanso y solaz, donde no se lleva a cabo

verdadero progreso. La Iniciación, por lo tanto, fue instituida para impartir el arte de recuperar la Sabiduría y así elevar el alma del individuo a un nuevo orden de vida desde el que pueda proceder a trabajar por su propia salvación y desarrollar sus potencias inherentes por la verdadera senda de su destino y evolución. Pero, como enseñaban los Antiguos Misterios, el alma que no comienza su trabajo en este mundo no será capaz de comenzarlo en el siguiente, sino que permanecerá suspendida en los planos más tenues de esta realidad hasta que sea arrastrada de nuevo al torbellino de la generación por la rueda de la vida, siempre en perpetuo movimiento. Citando de nuevo a Platón, *aquellos que instituyeron los Misterios para nosotros nos enseñaron que quien quiera que descendiese al Hades (el estado tras la muerte) sin haber sido iniciado y sin tomar par-*

te en los Misterios, será arrojado al lodo y la oscuridad, pero quien quiera que llegue purificado e iniciado morará con los Dioses. Esta enseñanza es reproducida en la Masonería en referencia al Maestro Masón que es *admitido a las asamblea de los justos hechos perfectos*; esto implica que aquellos que no han alcanzado la aptitud necesaria y no son ni *justos* ni *perfectos* morarán en un nivel inferior en su existencia post mortem, pues hay incontables niveles en la vida suprafísica: *hay muchas mansiones en la casa de Mi Padre*, o, literalmente, lugares de descanso. Y tanto ellos como sus ocupantes están graduados en orden jerárquico conforme a su grado de eminencia espiritual. El desordenado mundo moderno, con sus perversos ideales democráticos de igualdad y uniformidad, ha perdido todo sentido del principio jerárquico, que puesto que es obtenido en

el mundo superior, debería verse reflejado en este.

El Orden es el primer mandamiento del Cielo,
y una vez dicho esto, algunos son,
y deben ser, más grandes que el resto.

*Order is Heaven's first law and,
that confessed, Some are,
and must be, greater than the rest.*

Pero la Masonería todavía observa esta graduación, así como la existencia de niveles de existencia separados en los Cielos, plasmada en la distribución simbólica de sus miembros más avanzados. Sobre las logias simbólicas se haya la Gran Logia Provincial, y por encima de ellas gobierna la Gran Logia de la nación. Teóricamente se halla por encima de todas estas el Capítulo del Arco Real, con el Capítulo Provin-

cial y el Gran capítulo elevándose sobre ellos. El estudiante avisado percibirá en la indumentaria simbólica portada por los miembros de estos grados la intención de otorgar la expresión adecuada a la verdad aquí consignada. El mandil masónico ha sido descrito en una lectura anterior como imagen de la corporeidad del alma: el cuerpo (no confundir con el grosero cuerpo físico) que soporta el alma y del que se desprenderá cuando pase a la otra vida. Su blanco puro está bordeado, en el caso de los hermanos menores, de una pálida sombra de ese azul que, incluso en la naturaleza física, es el color de los cielos. En el caso de los hermanos mayores en la Logia Provincial y en la Gran Logia este borde azul se ha intensificado al más profundo grado de ese color en correspondencia con su teórico desarrollo espiritual, mientras los adornos dorados de la indumenta-

ria representan lo que es referido en las palabras del salmista: *la hija del Rey* (el alma) *rebosa gloria en su interior; su vestimenta es de hilo de oro*; pues conforme la Esencia de la Vida o Sabiduría se vuelve progresivamente hilada o sustanciada en nosotros, se convierte en la corporeidad material del alma. En el Arco Real, el azul devocional se entremezcla con el rojo, el color del fuego o ardor espiritual, resultando la mezcla de ambos en ese púrpura que, tanto en Cielo como en Tierra, es prerrogativa de la realeza. De esta forma, por su regalía y vestimenta en los distintos grados, los miembros de la Masonería simbolizan en la Tierra los ángeles y arcángeles y toda la compañía de los Cielos. Algunos de ellos están revestidos de la luz como prenda, otros son ministros del fuego ardiente.

En un corto ensayo como este, nuestra referencia a los Antiguos Misterios es necesariamente breve y ha sido limitada al sistema griego eleusino. Desde luego, existieron muchos otros, y hay al respecto una literatura abundante, aunque dispersa, para aquellos que deseen profundizar en la materia y adentrarse en los sistemas egipcio, samotracio, caldeo, mitraico, gnóstico u otros. En sus respectivas épocas y localizaciones geográficas formaron centros de religión y filosofía, empleando estos términos como fases de una doctrina indivisible que hoy en día se ha separado en numerosas disciplinas teológicas y de filosofía especulativa de difícil conexión entre ellas. Lo que los antiguos autores publicaron sobre los Misterios evitaba discretamente la descripción de las verdades más profundas que impartían, así como la descripción de los procesos de iniciación. Es-

tos deben permanecer siempre como objeto de secreto, pero el lector perspicaz puede encontrar lo suficiente en esos relatos intencionadamente oscuros y en esas narraciones metafóricas para intuir lo que ocurría, así como el efecto que ejercía sobre el candidato. La Iniciación, ya hemos dicho, es algo que únicamente unos pocos están capacitados para recibir, incluso tras larga y rigurosa preparación, y menos aún son los competentes para impartir. Era una experiencia de la cual un autor ha escrito en referencia al candidato, *Vel invent sanctum, vel facit* (o lo encuentra santo o le hace tal). La descripción de Virgilio en la sexta *Eneida* de la iniciación de Eneas en el Eliseo (o luz sobrenatural), o la de Lucius (otro nombre que también implica iluminación) en *El Asno de Oro* de Apuleyo, cuando le fue permitido ver la luz a medianoche, son muestras instructivas.

También lo es la exclamación de Clemente de Alejandría, que había sido recibido en la escuela Gnóstica: *¡Oh, verdaderos Misterios sagrados! ¡Oh, pura luz! Por la luz de la antorcha soy guiado a la visión del Cielo y de Dios. Me santifico por la Iniciación. El Señor Mismo es el hierofante que, guiando al candidato a la Luz por la Iniciación, le sella y lo presenta al Padre para que sea preservado para siempre. Estos son los éxtasis de mis Misterios. Si lo deseas, ¡ven y sé tú también iniciado, y te unirás a la danza de los ángeles en torno al único Dios verdadero, no creado y eterno, con la Palabra de Dios compartiendo la Gloria!*

Los Misterios llegaron a su punto final como instituciones públicas en el siglo VI, cuando debido a consideraciones políticas tanto los Misterios como la enseñanza de la doctrina y filosofía secretas fueron

prohibidos por el gobierno romano, bajo Justiniano, que deseaba inaugurar una religión de estado uniforme en todo el territorio bajo su dominio. Consecuentemente, cuando el Imperio Romano declinó y se fragmentó, la Iglesia Católica Romana emergió de él y, como sabemos, ha condenado resueltamente a cualquier autoridad en materia de religión o filosofía, considerándola rival de sí misma, al tiempo que reclamaba la supremacía y jurisdicción también en asuntos temporales. Para el masón resulta muy instructivo el desenlace de esa conducta de la Iglesia. Pues cuando una autoridad competente en materia plenamente espiritual, y concerniente a un reino que no es de este mundo, reclama poder temporal y posesiones seculares, como la Iglesia Romana hizo, y todavía hace, de forma simultánea vicia y neutraliza su propia cualificación espiri-

tual. Queda infectada con el virus de las posesiones terrenales. Se carga de dinero y metales, de los que es esencial mantenerse limpio. El resultado ha sido que lo que podría haber sido, y todavía está concebido para ser, la mayor fuerza educativa espiritual en la historia del Mundo, se ha convertido en una institución materializada y ha ejercido una tiranía intelectual que ha estrangulado las mentes de millones de personas en materia de religión. Al igual que la esposa de Lot se petrificó en una columna de sal al volverse a mirar atrás por deseo de todo aquello a lo que había renunciado, así la Iglesia Romana, al intentar servir a Dios y a Mamón al mismo tiempo, ha fracasado en ambas tareas, y como resultado de los pasos en falso y abusos llevados a cabo durante siglos, el mundo es hoy en día un caos de sectas desunidas que imparten una enseñanza

religiosa popular de índole materialista. Es una pena, pues en su concepción y práctica originales pretendía servir como sistema de iniciación a una escala católica o universal, y absorber, superponerse y amplificar todo lo que había sido previamente enseñado, de forma más velada y para un público más restringido, en los Antiguos Misterios. No es posible aquí adentrarse en los aspectos, verdaderamente apasionantes, que atañen a la transición de la religión precristiana a la cristiana, ni explicar por qué y cómo los Misterios Cristianos resultan ser la eflorescencia de los anteriores, trascendiéndolos. En sus enseñanzas centrales, al igual que en los métodos filosóficos de vida que exigen, ambos métodos son idénticos. Las diferencias entre ellos radican únicamente en el número y extensión de la feligresía y en cuestiones formales. El Cristianismo no

vino a destruir, sino a llenar y a crecer. Ese cumplimiento y expansión fue consecuencia de un acontecimiento de importancia cósmica al que nos referimos como La Encarnación. En ese acontecimiento algo sucedió que afectó a la mismísima concepción de nuestro mundo y a cada miembro de la familia humana. La naturaleza de ese hecho y del cambio que acarreó es demasiado grande y profunda para desarrollarla ahora, pero por ilustrarla según el simbolismo masónico, fue un suceso equivalente a, y así es representado, la transferencia del símbolo sagrado del Gran Geómetra del Universo desde el techo, donde es colocado en los grados elementales, al suelo, donde aparece en el Grado del Arco Real rodeado de luces ardientes y de toda reverencia y santidad. ¿Cuántos masones hay en la Orden hoy en día que sean conscientes de que, en este elemento

simbólico, la Masonería está afirmando y prestando testimonio visual al mismo hecho que afirma el clérigo cuando recita en su credo las palabras *y descendió de los cielos, se encarnó y se hizo hombre?*

Por un acuerdo tácito y bastante injustificado, los miembros de la Masonería evitan mencionar en sus logias al Maestro Cristiano y limitan su lectura de las Escrituras y sus referencias casi exclusivamente al Antiguo Testamento. El motivo no es otro que un deseo de observar la norma de apartarse de toda discusión religiosa y prevenir una posible ofensa en aquellos hermanos que pueden no ser de fe cristiana. Esta razón está equivocada por completo, y ello queda de manifiesto por el hecho de que la mayor luz sobre la que todo miembro jura, y a la que se recomienda la mayor atención desde el momento de la admisión en la Orden, no es

únicamente el Antiguo Testamento, sino el Volumen de la Ley Sagrada en su totalidad. El Nuevo Testamento es tan esencial para la instrucción del masón como el Antiguo, no únicamente por su enseñanza moral, sino porque constituye el registro de los Misterios en su forma suprema y culminación histórica. Los mismos evangelios, como los grados masónicos, son un método de preparación e iluminación, que conduce a la ordalía de la muerte, seguida de un levantamiento de entre los muertos y el logro de la Maestría, y muestran el proceso de iniciación llevado al grado más alto concebible de cumplimiento. El Nuevo Testamento está lleno de pasajes expresados en terminología masónica, y resulta una gran ironía que los masones modernos fracasasen en reconocer su suprema importancia, así como la relevancia que tiene en los procedimientos de la logia, pues al

obrar así se asemejan a los obreros de los que está escrito que rechazaron la Piedra Angular. Llegarían a aprender que el Gran Maestro y paradigma de la Masonería, Hiram Abiff, no es más que un reflejo del Gran Maestro y Salvador del Mundo, el Divino Arquitecto por el que todas las cosas fueron hechas, sin el cual nada existiría, y cuya vida es la luz de los hombres. Si, en palabras del himno masónico, *Hiram el arquitecto, dirigió a todos los obreros, y les indicó cómo construir*, es igualmente verdad que el protagonista de las cristianas escrituras enseña también *cómo deberían construir* y reconstruir su propia naturaleza caída, y que el método de tal construcción incluye la cruz como su herramienta de trabajo y culmina en una muerte y resurrección de entre los muertos. Y, de aquellos que alcanzan su iniciación y maestría por ese método, ¿no está

acaso escrito que se convierten en la morada de Dios y construyen un templo espiritual que no está hecho con las manos, sino que es eterno y está en los Cielos, del cual Jesucristo es la piedra angular, siendo todo el edificio, delicadamente ensamblado, un templo santo y tabernáculo del Creador?

Ni los Antiguos Misterios ni la moderna Masonería, su descendiente, por lo tanto, pueden ser correctamente contemplados sin referencia a su relación con el evangelio cristiano, en el que las escuelas precristianas quedan comprendidas. La línea de sucesión y evolución desde los primeros al último es directa y orgánica. Con las diferencias debidas a la época, lugar y forma de expresión, ambos enseñaban exactamente las mismas verdades e inculcaban la necesidad de regeneración. En tal materia no puede haber diversidad de doctri-

na. La verdad que les concierne debe ser estática y uniforme en todos los períodos de la historia del mundo. Es por esto que San Agustín afirma que nunca ha existido más que una sola religión desde el comienzo del tiempo (refiriéndose por religión la ciencia de la re-uni6n del alma descompuesta con su fuente) y que esa religión comenz6 a ser denominada cristiana en el tiempo de los ap6stoles. Y en esto tiene tambi6n su origen que tanto la Iglesia Romana como la Masonería, aun tan divergentes en perspectiva y m6todo, tengan esto en com6n: que ambas declaren e insistan en que no es permisible ninguna alteraci6n de su doctrina central, y que queda fuera de derecho eliminar sus antiguos linderos o desviarse de estos. Ambas tienen raz6n en su insistencia, pues en el sistema de ambas est6 contenida la antiq6isima doctrina de la regeneraci6n y di-

vinización del alma humana, oscurecida en un caso por añadidos teológicos ajenos al propósito principal de la religión, y poco comprendida en el otro, cuyo simbolismo permanece pobremente interpretado. Para resumir y aclarar esto: las doctrinas masónica y cristiana son idénticas en intención aunque difieren en método. Una dice *Via Crucis*; la otra *Via Lucis*, aunque en realidad los dos caminos no son más que uno solo. La primera enseña por medio del oído, la segunda por medio del ojo e identificando al aspirante con la doctrina, haciéndole pasar dramáticamente a través de ritos simbólicos con la intención de que interiorice esos ritos como experiencia subjetiva. Como enseña la literatura patristica, el método primitivo de la Iglesia Cristiana no era el actual, en el que los oficios religiosos y las enseñanzas son administrados a todo el público de forma

idéntica y de una manera que implica un nivel de doctrina común y un poder de comprensión uniforme para todos los miembros de la congregación. Al contrario, era un método graduado de instrucción, semejante al sistema masónico de grados conferidos en razón del mérito y la capacidad. Por citar uno de los primeros tratados cristianos (Dionisio: *De la Jerarquía Eclesiástica*), con el que todo estudiante masónico debería familiarizarse, en él se descubre que la admisión en la Iglesia Primitiva se llevaba a cabo por medio de tres grados ceremoniales de intención absolutamente idéntica a los de la Masonería. *La santísima iniciación en los Ritos Místicos tiene como primer propósito Divino la santa purificación del iniciado; como segundo propósito, la instrucción ilustradora del purificado; y finalmente la plenitud del anterior, alcanzando la per-*

fección de aquellos instruidos en la ciencia. La orden de los Ministros de Primer Grado purifica al iniciado a través de los Ritos Místicos; los Ministros de Segundo Grado conducen al purificado a la Luz; y los más elevados y sublimes perfeccionan a aquellos que han participado de la Luz Divina por medio de la contemplación y de las iluminaciones experimentadas. Este breve pasaje basta para mostrar que la membresía original de la Iglesia Cristiana implicaba una secuencia de tres ritos iniciáticos idénticos en intención a los de la Masonería de hoy en día. Los nombres otorgados a aquellos que se habían cualificado en esos Ritos eran respectivamente *Catecúmenos, Leiturgoi o Ministros, y Sacerdotes o Presbíteros*; que son identificables con nuestros Aprendices Entrados, Compañeros y Maestros Masones. Su Primer Grado era el del renacimiento y

purificación del corazón; su Segundo Grado estaba relacionado con la iluminación e inteligencia; y su Tercer Grado lo estaba con una muerte total al pecado y un nuevo nacimiento a la virtud, en el que el candidato moría con Cristo en la Cruz, al igual que con nosotros el candidato imita la muerte de Hiram, y era levantado a ese elevado orden de vida que es la Maestría. Cuando la Cristiandad se convirtió en religión de estado y la Iglesia en un poder mundial, la materialización de su doctrina aconteció rápidamente y con el paso de los siglos esa condición se ha agravado. En lugar de convertirse en la fuerza unificadora que sus fundadores pretendieron, su asociación a las posesiones materiales la ha convertido en desintegradora. Los abusos conducen a cismas y sectarismo, y aunque el cuerpo principal, bajo la forma de Iglesia Romana e

Iglesia Griega, todavía poseen y guardan celosamente todas las credenciales originales, tradiciones y símbolos en su soberbia liturgia y en sus ritos, se concede más importancia al boato externo de su herencia que a su núcleo y espíritu, al tiempo que las comunidades Protestantes y las autodenominadas *iglesias libres* se han separado en buena parte de la tradición original y su ficticia libertad e independencia supone en realidad un cautiverio a manos de las ideas propias, perdiendo toda relación con la primitiva gnosis y renunciando a la comprensión de los Misterios que deben siempre yacer más profundamente que la religión popular exotérica en cualquier período dado. Hace mucho tiempo que la Regeneración, como ciencia, queda enteramente fuera de la consideración de la religión ortodoxa. La afirmación del Maestro Cristiano *Debes*

nacer de nuevo es contemplada como un pío consejo que propone una mejora indefinida de conducta y carácter, no como una referencia a una revolución científica y una reforma drástica del individuo a la manera contemplada por los ritos de iniciación prescritos en los Misterios. La religión popular no puede, bajo ningún concepto, producir *buenos hombres*, tal y como es el estándar de bondad mundano. No produce, y no puede producir, hombres divinizados con las cualidades de un Maestro, pues ignora la sabiduría tradicional y los métodos por los cuales ese fin puede ser conseguido.

Esa sabiduría y los métodos tradicionales de los Misterios, sin embargo, siempre han gozado de algún testigo viviente en el mundo, a pesar del celo y prohibiciones de la ortodoxia oficial. Desde la supresión de los Misterios en el siglo VI, su tradición

y enseñanza ha sido continuada en secreto y bajo distintas fachadas externas, y de esa continuidad surge nuestro actual sistema masónico. Como ya hemos comentado, la actual Masonería fue compilada entre dos y tres siglos atrás como expresión elemental de la antigua doctrina y método iniciático, por un grupo de mentes que estaban mucho más profundamente instruidos en la vieja tradición y ciencia secreta que los masones de hoy en día. Que permaneciesen en la sombra del anonimato, de forma que el estudiante no sea capaz hoy de identificarlos, es tan solo lo que cabía esperar, pues el verdadero iniciado nunca se proclama como tal y prefiere mantenerse al margen de toda notoriedad, sembrando su semilla para el bienestar de sus semejantes, dejando que sean otros quienes la rieguen y que sea Dios quien la haga crecer. Pero, dentro de los límites que se fija-

ron a sí mismos, realizaron su trabajo de forma correcta y honesta, como se ha demostrado en estas páginas, y compilaron un guión fiel al desarrollo y principios claves de la antigua enseñanza, así como de los ritos perfectivos de los Misterios filosóficos. Se ha dicho, de forma oportuna, que pusieron en marcha el sistema de Masonería especulativa como *un experimento en la mentalidad de la época*, y con la pretensión de mostrar al menos a una pequeña parte del público, en una época de gran oscuridad y materialismo, una evidencia de la doctrina de regeneración que pudiese servir como luz a aquellos que pudiesen valerse de ella. De ser esta teoría cierta, su intención podría aparecer a primera vista como falseada por el desarrollo posterior, en el curso del cual se ha erigido en una organización de dimensiones mundiales y amplia membresía, animada sin

duda por nobles ideales y cumpliendo con una cierta beneficencia, pero aún así fracasando por completo en su propósito original de promover la ciencia de la regeneración humana, e ignorando que por este fallo sus logros en otras direcciones resultan menores o despreciables. Sin embargo, una perspectiva más amplia y sabia de la situación sería la que, al tiempo que reconoce el empleo de un gran esfuerzo para alcanzar un pobre resultado en este objetivo, contempla también que, a largo plazo y con el correr del tiempo, esa energía no se pierde, sino que se conserva; y que, además de beneficiar a los miembros capaces de aprovechar verdaderamente la Orden, mantiene el testigo y preserva la luz ardiente de los Misterios perpetuos en una edad oscura. Al igual que la luz inextinguible del Maestro Masón, la luz de los Misterios nunca desaparece completamen-

te en los más oscuros días del mundo, y Dios y el camino que lleva a él no quedan sin testigo. Si, en comparación con otros testigos, la Masonería no es más que un rayo titilante en lugar de una poderosa fuente de luz, no por ello deja de ser una luz verdadera; una suave luz que surge de la llama del altar central del mundo, suficiente para guiar al menos a algunos de nosotros entre la niebla que nos rodea, hasta que la noche se haya ido. La Luz es otorgada en proporción al deseo de nuestros corazones, pero para la mayoría de los masones su Orden no arroja luz alguna sobre ellos, porque la luz no es su deseo, ni su iniciación es verdaderamente comprendida ni deseada. Se mueven entre símbolos y secretos sustitutivos sin comprenderlos y sin desear trasladarlos a la realidad. Parece que la Orden ha sido hecha para servir a fines sociales y fi-

lantrópicos ajenos a su propósito, o incluso para satisfacer el deseo de reconocimiento mundano externo. Pero como instrumento de regeneración resulta por completo ineficaz.

¿Es esta nesciencia, esta incapacidad y fracaso en comprender, realmente inútil? Quizá no. Todos vivimos en presencia de misterios naturales que somos incapaces de discernir o comprender, e incluso cuando el deseo de Sabiduría se ha despertado por fin, la educación del entendimiento es un largo proceso. La Naturaleza construye lentamente en todos los reinos, perfeccionando su intención a través de interminables repeticiones, y empleando, aparentemente, una gran cantidad de material que se desperdicia. Y en las cosas del reino que trasciende la Naturaleza, el mismo método prevalece. Las almas son llevadas muy lentamente hacia la luz, y su

perfeccionamiento y trasmutación en esa Luz es por lo general muy gradual. Pues mucho antes de ser capaz de distinguir la sombra de la sustancia, la Humanidad debe poner su mano de aprendiz sobre juguetes ilusorios y sustituciones de los verdaderos secretos o la Realidad. Pues antes de ser merecedora de la verdadera iniciación en el sendero que lleva a Dios, debe permitírsele realizar una serie de torpes ensayos de los procesos que ello conlleva. Las vías de acceso a los antiguos templos de los Misterios estaban flanqueadas por estatuas de los dioses, que no tenían valor por sí mismas, pero procuraban habituar las mentes de los neófitos a los conceptos espirituales y atributos divinos que aquellas estatuas pretendían encarnar, dándoles forma y rostro. Pero dentro del mismo templo, toda imagen, figura formal, símbolo y ceremonial cesaban; pues la

mente debía ser capaz de trabajar sin su ayuda y, a fuerza únicamente de su propia pureza y entendimiento, debía poder elevarse a la percepción nítida de sus prototipos sin forma y *ver al Innombrable de cien nombres*.

Conseguid conocimiento, seguid sabiduría; pero con todo lo que obtengáis, seguid entendimiento, exclama el viejo Maestro, en un consejo que bien puede aplicarse a la Fraternidad Masónica hoy en día, que tan poco comprende su propio sistema. Pero la comprensión depende del don de la Luz Sobrenatural, que se nos otorga según el ardor de nuestro deseo por ella. Si la Sabiduría de hoy en día resulta viuda, todos los masones son real o potencialmente hijos de la viuda, y tendrá razón de ser si sus hijos la buscan con afán y trabajo, como quien busca un tesoro escondido. Corresponde a la misma Maso-

nería decidir si hará honor a su propio pasado y se erigirá en sucesora lineal de los Antiguos Misterios y Maestra de la Sabiduría, o si, al fracasar en ello, sufrirá el inevitable destino de todo aquello en que prima la apariencia, pero cuyo espíritu original ha cesado de existir.



La diosa Ceres (Démeter)



EL TRADUCTOR

Nacido en Albacete
(España) en 1968,
Alberto Moreno
Moreno es Técnico en
Empresas y Actividades
Turísticas y traductor.
Reside actualmente en
Alfaz del Pi (Alicante), y es
miembro de las RR.: LL.:
SS.: Hiram Abiff N° 80, al
Oriente de Alicante, y
Oliva - La Safor N° 112, al
Oriente de Gandía,
pertenecientes a la Gran
Logia de España.

*Este libro terminó de componerse en las
colecciones de MASONICA.ES el día
21 de diciembre de 2009 (e.: v.:),
cuando el Sol se detiene
para que la Luz
empiece a
renacer*



El Significado de la Masonería

En El Significado de la Masonería, Walter L. Wilmshurst aborda el contenido de la Iniciación tal y como se concebía en los Antiguos Misterios, en toda su amplitud espiritual y mística. El masón moderno contempla la Iniciación como una vaga invitación a la mejora personal, pero desconoce el verdadero significado de esta ordalía cuando es llevada a sus últimas consecuencias espirituales. El autor analiza los grados de Aprendiz, Compañero y Maestro, así como la plenitud del proceso espiritual en el Santo Arco Real, trazando su genealogía desde los Antiguos Misterios y considerando el contenido simbólico y propósito de cada grado dentro del proceso de Regeneración. El Significado de la Masonería nos aproxima, en resumen, a la realidad de la genuina Iniciación.

Serie Azul



masonica.es